

Los alfareros de la cuenca del río Cachapoal

Catalina Paz Barrales Masías – María Eugenia Vergara Solari

FONDART 2007

Equipo de Investigación:

Investigadora principal: Catalina Paz Barrales Masías. Licenciada en Antropología Social, Universidad de Chile.

Coordinadora e investigadora asesora: María Eugenia Vergara Solari. Ceramista y Gestora Cultural.

Registro Audiovisual: Vania Cruces. Estudiante de Comunicación Audiovisual, DUOC UC.

Asistente: Eugenia Parra

Agradecimientos a: Carmen del Río Pereira, Museo Regional de Rancagua; Lorena Sanhueza, Arqueóloga; Celia Baros, Historiadora; Aixa Cataldo.

Agradecimientos a entrevistados:

Comuna de Machalí: *Victoria López, Celinda Bernaldes, Rosa Fernandoi, Luciana Gutiérrez, Gladys Macías, Lidia Muñoz, Lidia Pulgar, Miriam Cataldo (alfareras nuevas), Delfina Zamorano, José Enrique Devia Silva, Carmen Silva, Mario Muñoz, Clorinda Caviedes, Osvaldo Pérez, María Inés Caro, María Álvarez Caro, Silvia del Carmen Núñez, María Inés Castro, Andrés Cavieres*

Comuna de Doñihue: *Aquiles Carrasco, Albina Soto, Héctor, Regina Flores, Juana Díaz Valencia, Adriana Castro, Alberto Vergara, Edulia Galvez, Fernando Soto, Patricio Soto, Marta Dinamarca, Eugenia Dinamarca*

Comuna de Coinco: *Carmen Pinto, María Paz Rosas Marchant, Guillermo Marchant Padilla, Agustina Olguín Garay, María Inés Marchant, Leo Gilberto*

Comuna de San Vicente de Tagua Tagua: *Lugarda Rojas, Pastoriza Jofré, José Vidal, Rosa Palominos Jofré, Teresa Molina, Adriana Rojas, Ximena Molina*

El presente libro es un resumen de la investigación realizada durante el periodo junio-noviembre de 2007, en el marco de un proyecto FONDART, cuya finalidad fue revalorizar la práctica de la alfarería tradicional en la zona de la cuenca del río Cachapoal, VI región.

Durante este proceso tuvimos la posibilidad de conocer a personas provenientes de distintos sectores de la cuenca, que fueron partícipes del mundo donde se desarrolló este oficio -prácticamente extinto en la actualidad-, dando testimonio no sólo de las técnicas ocupadas, sino que también de las personas que están detrás de la producción de la cerámica, de los cerros y los cauces que brindaron sus elementos, de los campos y pueblos que dieron techo a los alfareros, del diario vivir que llevó sus lozas a la mesa campesina y popular...

...para todas y todos ellos están dedicadas estas páginas, pues son la Memoria viva de los Pueblos, atesorando con sus recuerdos, técnicas tradicionales y piezas cerámicas un fragmento de la verdadera Historia, la que se hace sintiendo y caminando desde aquí en el día a día.

Índice

Presentación.....	5
I. ¿Qué es la Alfarería?.....	9
II. Antecedentes de la cuenca del río Cachapoal	
1. Contexto Ambiental	
1.1. División Político-Administrativa.....	13
1.2. Hidrografía.....	14
1.3. Geomorfología.....	14
1.4. Clima y Vegetación.....	16
2. Historia	
2.1. Periodo Prehispánico.....	17
2.2. Periodo Histórico.....	32
2.3. Los últimos alfareros: 1866-2007.....	44
III. La Alfarería de la cuenca del río Cachapoal	
1. La Alfarería Prehispánica	
1.1. Aspectos estilísticos.....	58
1.2. Aspectos técnicos.....	62
2. La Alfarería Tradicional	
2.1. Aspectos estilísticos.....	65
2.2. Aspectos técnicos.....	72
3. Conclusiones del capítulo.....	88
IV. Los Alfareros.....	92
1. Aspectos sociales vinculados a la producción cerámica	
1.1. Distribución.....	93
1.2. División del trabajo.....	98
1.3. Transmisión del conocimiento.....	101
2. Tradición y cambio social.....	105
V. Nuevas Experiencias.....	110
VI. El Futuro de la Alfarería de la cuenca del río Cachapoal.....	113

Presentación

Ollas, librillos, tinajas y cántaros de greda fueron parte de las tecnologías de producción, consumo y conservación de alimentos del mundo campesino y popular chileno desde muy remotos orígenes. Las traían los españoles, pero también las había acá en América, donde la alfarería, el oficio de quienes producen objetos de arcilla, había alcanzado un alto grado de desarrollo y significación social, evidenciado en la diversidad de sus técnicas, de usos, diseños y vastos circuitos de intercambio o “comercialización”, llegando a constituir desde piezas de carácter utilitario –como las ollas- hasta delicadas piezas de carácter mágico-ritual, las cuales incluían formas escultóricas de diferentes tamaños (desde estatuillas femeninas hasta colosales esculturas en arcilla de dioses mesoamericanos)¹; y vasijas que poseían un sentido ritual (ánforas mortuorias, el *ketru metawe*, pucos con diseños de trinacrio, etc.)²; constituyéndose la alfarería entonces como uno de los más importantes elementos que plasmaban las identidades de los pueblos prehispánicos, al contener los símbolos que los identificaban; materializando formas de pensamiento y de vida propias de un mundo que la Conquista europea destruyó.

En el “Nuevo Mundo” que llamaron los conquistadores, continuó la producción cerámica, teniendo que adaptarse a nuevas necesidades; por lo cual sus técnicas, formas y diseños variaron en muchos casos, y en otros no tanto, dependiendo de la relación hispano-indígena que se diera en una localidad dada (de mestizaje, comercio, guerra, esclavitud, etc.), de la tecnología alimentaria existente (comidas crudas o cocidas, con o sin sistemas de conservación, etc.), y del tipo de pieza cerámica que se tratara (ritual o utilitaria); dando origen a una cerámica “mestiza”, la cual está abocada principalmente a la de tipo utilitario. Por esto, al conocer el desarrollo de la alfarería tradicional de un lugar determinado, estamos conociendo una de las tantas aristas de la historia de América, en este caso, la historia de la supervivencia de tecnologías indígenas dentro de comunidades campesinas de la zona de la cuenca del río Cachapoal, VI región.

¹ Para introducirse en estos temas, ver libros como *Los Primeros Americanos*, o *La Cerámica Precolombina en América*, en Bibliografía.

² Las ánforas mortuorias fueron ocupadas por los grupos Llolleo de Chile Central para los entierros de niños. El jarro pato o *ketru metawe* está presente en la región desde el Periodo Agroalfarero Temprano, y hasta hoy es usado en comunidades tradicionales mapuche con una función ritual (*Konchotun*). Los pucos son “platos hondos” o escudillas con un diseño ampliamente representado en la cerámica de entierros de los grupos Aconcagua de Chile Central, durante el Periodo Intermedio Tardío.

Dicha cuenca es una zona donde la alfarería ha existido por muchos años. Los registros de estas prácticas se remontan al periodo Prehispánico, cuya cerámica más temprana corresponde a un fragmento -de una pieza no identificable- encontrado en el sitio La Granja, fechado en el 135 d.C. (hace más de mil ochocientos años aproximadamente)³, encontrándose también restos cerámicos en lugares como Cuchipuy, Tagua-Tagua, Chuchunco, California, cerro Tren-tren, Coinco, Chanqueahue, Cipreses y Hacienda Cauquenes, entre otros. También hay registros de producción cerámica en las “Quentas” de los Protectores Naturales del Reino, que a comienzos del siglo XVII regulaban las actividades de intercambio entre pueblos de indios como Copequén, Malloa y Tagua-Tagua con los españoles; perdiéndose el hilo de su historia al irse consolidando el sistema hacendal, reapareciendo en escasas alusiones que la historia local de los pueblos ha efectuado sobre la presencia de estos “pueblitos” o “barrios” de alfareros, lugares que tradicionalmente son reconocidos como focos de producción cerámica: El Pantano de Machalí, Rinconada de Doñihue, Paradero 1 de Lo Miranda, La Vega de Copequén y Pueblo de Indios. La continuidad que muestra la práctica de la alfarería en la misma zona desde tiempos prehispánicos nos impulsó a indagar en el panorama de su práctica tradicional en la actualidad.

Durante la recopilación de antecedentes en terreno, al interior de las comunas de Machalí, Doñihue, Coinco y San Vicente de Tagua-Tagua⁴, se pudo observar tres situaciones significativas: por una parte, existía una gran similitud en las técnicas y procedimientos cerámicos – considerando que no existe relación alguna entre los alfareros de las localidades más distantes-; por otra, la complejidad y autenticidad del oficio, dado que sus diferentes etapas de elaboración requieren de un vasto conocimiento ambiental, producido desde la experiencia directa y transmitido de generación en generación. Finalmente, se observó la precaria condición del oficio, el cual prácticamente desaparece por falta de una generación de recambio que tome el saber tradicional que

³ *El sitio La Granja se encuentra al poniente de la ciudad de Rancagua, en la ribera norte del curso medio del río Cachapoal (Proyecto Fondecyt 1940457). El sitio corresponde a un asentamiento del período Alfarero Temprano, (...) en lugar abierto y cercano al río, y que comprende un sector definido como habitacional (...), con una alta incidencia de materiales particulares como lo son las pipas para fumar, que sugieren la ocurrencia de prácticas rituales en el pasado (Planella et al. 2004). Corresponde a un posible complejo ceremonial prehispánico, con evidencias cerámicas, líticas, y de vegetales carbonizados que las vinculan a grupos Llolleo (Sanhueza et al. 2006).*

⁴ Efectuada por la Ceramista María Eugenia Vergara Solari en sucesivas etapas durante los años 2004-2007.

poseen los alfareros, muchos de ellos enfermos o ya fallecidos; lo que conlleva una pérdida identitaria y de patrimonio local, como ya se manifiesta –entre otras cosas- en el reemplazo de la cerámica de la zona por la traída de Pomaire.

Debido a esta situación, nuestro estudio se enfocó en hacer un “rescate” de las técnicas y estilos cerámicos, de la Memoria histórica existente sobre sus cultores, y del sustrato indígena observado en tradiciones de la zona; estableciendo mediante el análisis una vinculación espacial y temporal de cada artesano, de cada caso particular en una trama mayor: **los desarrollos alfareros de la cuenca del río Cachapoal.**

Para ello se hizo necesario revisar bibliografía sobre lo que la Arqueología de Chile Central nos señala de las prácticas cerámicas prehispánicas: qué piezas hacían, cómo las hacían, y cómo eran los grupos humanos que las produjeron; contextualizar geográficamente la cuenca en función de sus potencialidades para el desarrollo de la producción cerámica; y revisar referencias históricas sobre la permanencia de asentamientos indígenas en la zona; y sobre las múltiples transformaciones sociales y culturales que convirtieron el territorio indígena en los campos, pueblos y ciudades que conocemos hoy.

La caracterización de la alfarería tradicional se realizó a través de una etnografía (investigación antropológica en terreno), efectuada entre los meses de julio y septiembre, con un recorrido por las localidades mencionadas donde se entrevistó a 38 personas, seleccionadas como informantes por ser alfareros o testigos de sus prácticas: parientes de alfareros, vecinos, amigos o compradores de sus productos; a quienes llegamos mediante un muestreo realizado previamente por María Eugenia, quien indagó la presencia de focos de alfarería tradicional a partir de cursos de cerámica que impartía a mujeres de la comuna de Machalí, quienes conocieron loceras cuyo legado se encontraba perdido. Las entrevistas arrojaron antecedentes sobre la existencia de 73 alfareros, de los cuales sólo 7 se encuentran vivos actualmente, y de ellos sólo 3 trabajando –esporádicamente- como alfareros. El cómo se llegó a esta condición es otro gran tema de análisis que abordamos en esta investigación: en qué contexto social una determinada tecnología mantiene su vigencia, o deja de usarse y su conocimiento no se sigue transmitiendo.

Para finalizar nuestro estudio, quisimos presentar el caso de las nuevas experiencias en alfarería con técnicas tradicionales, que mediante una

serie de entrevistas aporta una mirada sobre los anhelos, inquietudes y perspectivas laborales de un grupo de mujeres que, sin ser descendientes de alfareros, se entusiasmaron con proseguir su trabajo; dándonos pie a la interrogante respecto al futuro de la alfarería tradicional de la cuenca del río Cachapoal, tema a tratar en las conclusiones.

Esperamos que este libro ayude a rescatar la Memoria de la alfarería tradicional de la zona, constituyéndose como un primer paso, una instancia para seguir investigando y creando en torno al legado alfarero; uno de los muchos elementos que integran la Memoria Histórica y los Saberes Populares de la región, con una diversidad social y cultural que merece ser un referente para pensar la manera en que vivimos y nos relacionamos hoy.

I. ¿Qué es la Alfarería?

Este breve capítulo busca explicar una serie de conceptos asociados al oficio de la alfarería, de manera que puedan comprenderse cabalmente las comparaciones que se efectuarán en el Capítulo III, respecto a las técnicas y estilos de producción cerámica en pueblos prehispánicos y las distintas localidades con alfarería tradicional.

La arcilla es un mineral que tiene la característica de ser maneable y plástica al combinarse con agua, manteniendo al secarse la forma del modelado, por lo que se usa como materia principal en la fabricación de productos cerámicos.

Su origen se encuentra en la descomposición de rocas de tipo feldespático⁵, que durante millones de años fueron sometidas a distintos factores de fragmentación y desgaste (presión tectónica, diferencias de temperatura, erosión glaciaria, erosión fluvial, etc.), que provocaron la extracción de sus partes alcalinas y calcáreas, quedando solamente sus compuestos de Alúmina y Sílice, dando origen a la Caolinita o Silicato de Alúmina, presentes en diferentes proporciones en las arcillas y caolines. El Caolín y las arcillas refractarias contienen mayor cantidad de caolinita (óxido de aluminio combinado con sílice) que las arcillas comunes o rojas; esto se debe a su proceso de formación, que permite distinguir entre **Arcillas Primarias y Secundarias**. Las primeras son las que se han descompuesto en el mismo lugar de su formación, manteniendo sus partículas una ordenada estructura de cristales hexagonales; corresponde al Caolín, que es relativamente escaso. Las segundas son producto del transporte desde su lugar de origen a otro ubicado a menor altura, donde se depositan y sedimentan por efecto del arrastre de las aguas. Durante este proceso –de miles de años– hay un cambio en la estructura de la arcilla, que se convierte en partículas finas, organizadas de forma irregular junto a otros minerales e impurezas recogidos en su proceso de transporte⁶. Para el trabajo en cerámica, la cantidad normal de impurezas es de un 10%, que no afecta la plasticidad ni las condiciones cerámicas en general; esta cantidad se considera baja desde un 5-8% y elevadísima desde un 25-30%.

⁵ Constituido por cristales de diferentes tamaños y composición química, se encuentra en “rocas madre” de tipo Igneas, Metamórficas o Sedimentarias, como el Granito, el Gabro, la Obsidiana, la Riolita, el Basalto y la Dorilita.

⁶ Impurezas como Sílice, Mica, Óxido de Hierro, Carbonato de Calcio, Óxido de Titanio, Pirita y sales solubles; sustancias arcillosas como la montmorillonita e illita, y sustancias coloidales.

<i>Mineral</i>	<i>Elemento de erosión</i>	<i>Composición química</i>
Feldespato	Agua	Sílice, Alúmina y Alcalis
↓		
Caolín	Descomposición	Sílice, Alúmina, agua e impurezas
↓		
Arcilla	Arrastre	Sílice, Alúmina, agua, impurezas y otros minerales.

Existen innumerables tipos de arcillas, cada una de las cuales con propiedades particulares, tanto de color, plasticidad, porosidad o temperatura de cocción, que permiten englobarlas en 6 tipos de arcillas para la producción cerámica, ordenadas según su mayor grado de pureza:

a. Caolín y arcillas muy blancas: color blanco semitransparente y textura impermeable, se usan en la fabricación de porcelanas, con una temperatura de cocción de 1250°C (blandas) o 1400°C (duras).

b. Arcillas Refractarias: 35-40% de alúmina, se usan para productos refractarios (placas, crisoles y ladrillos de hornos cerámicos), son de color gris en crudo, y cocido sobre 1400°C da tonos amarillo-crema-café.

c. Arcillas Refractarias de Gres: 24-28% de alúmina, arcilla plástica poco porosa que sirve para modelar, son de color gris en crudo y cocida da tonos amarillo-rosado, café y castaño; su temperatura de cocción es de 1250°C (Gres blando) o 1300°C (Gres duro).

d. Arcillas de Loza: más de un 25% de alúmina, color blanco en crudo, no contienen hierro y son de textura porosa; cocidas dan tonos blancos, amarillo-rosados o grisáceos. Su temperatura de cocción es de 1000°C a 1150°C (loza blanda) o 1150°C a 1250°C (loza dura).

e. Arcillas comunes: 5-8% de óxido de hierro, su temperatura de cocción es baja, 1050°C (aprox.); tienen un color rojo o amarillento y su textura es porosa.

f. Tierras o barro arcillosos (greda): tienen muy baja alúmina y gran contenido de hierro, dan tonalidades rojas post cocción, cuya temperatura es de 800°C a 900°C. Sus yacimientos se ubican en depósitos fluviales, y con ella se fabrican ladrillos, baldosines y tejas. La alfarería es el oficio de quienes modelan estos dos últimos tipos de arcillas, las demás son trabajadas por los ceramistas y loceros.

Cabe señalar que si bien el material usado por los alfareros estudiados corresponde sólo al último tipo, es usual denominar su producción como "loza", y a los artesanos como "loceros", lo que en estricto sentido no corresponde; pero dado su extendido uso como sinónimo de "alfarería" o

“alfarero” por parte de los entrevistados, a lo largo del texto seguiremos usando estos términos.

Pastas Cerámicas: se preparan en base a arcillas, las que se van mezclando con otros componentes, como agua y *antiplástico* (o desgrasante). Este último permite hacer más maleable la arcilla. Puede ser de origen mineral (áridos de distintos orígenes, cuarzo, chamote, talco, dolomita, carbonato de calcio, concha molida o cerámica molida) u orgánico (pajitas, espículas de esponja de agua dulce y otros) (Sánchez 1988:126); en una proporción de un 70% de material arcilloso y un 30% de antiplástico para pastas de uso manual; debiendo rebajar los porcentajes si las arcillas ya contienen estos materiales. La mezcla de los componentes puede hacerse en seco o en húmedo.

Modelado: puede ser a mano o con máquinas como el *torno*, plataforma dotada de un mecanismo que la hace girar sobre su eje, permitiendo el modelado de una bola de pasta a partir de la presión manual combinada con la fuerza centrífuga ejercida al girar la plataforma. El modelado a mano se puede hacer a través de distintas técnicas, como la presión manual (palmoteo, rotación, golpeteo o aplastamiento, estrujado, pellizcado, etc.), placas o tiras, bloques o macizos (ahuecados con debastador), esculturas, o *adujado*, conocido como “rollos” o “lulos”, técnica que profundizaremos más adelante. También se pueden utilizar moldes de yeso para hacer piezas en serie, utilizando las técnicas de presión (placas hechas con rodillos) y colada (arcilla líquida en suspensión).

Decoración: hay técnicas para piezas en crudo (sin secar aún), o en seco. En crudo se les pueden agregar texturas a través del pastillaje, grabado (inciso) o estampados; en el primero se aplican pegotillos de arcilla con formas modeladas a la pieza (que puede ser vasija o escultura), el grabado consiste en hacer figuras incisas en la superficie de la pieza sin secar, mientras que en el estampado el diseño que se marca en la pieza se hace con sellos. En seco existen técnicas para aplicar colores, que son más ricas en porcelana, arcilla de loza y común, como los esmaltados (con terminaciones mate, satinadas o brillantes), los pigmentos metálicos (bajo cubierta, sobrecubierta y mayólica), los lustres metálicos y las terminaciones en oro. Para gres los esmaltes son más cenicientos, mientras que para arcillas rojas o gredas de baja temperatura los esmaltes contienen fritas o materiales calcinados. Otro esmalte de baja temperatura (900°C) es el Rakú. También está el engobe como técnica para dar coloración a las piezas (ver cap. III).

Buena parte de las técnicas cerámicas usadas hoy en día provienen de oriente (China y Japón), como el trabajo en la porcelana y gres (con sus respectivas técnicas decorativas), el esmaltado, Rakú, etc.; siendo desarrolladas posteriormente en Europa, a través de las rutas comerciales del siglo XVI. En Europa, por su parte, se desarrollaron las arcillas blancas de loza (mayólica), nuevos tipos de esmaltes, los vidriados, azulejos (hispano-árabe), etc.; siendo traídas a América, donde entraron en contacto con la alfarería indígena, que caracterizaremos más adelante.

Para describir las piezas, se hará uso de la siguiente clasificación, según 4 formas básicas: *Vasijas de Perfil Simple y Compuesto, Placas y Formas Escultóricas.*

a. Vasijas de Perfil Simple: son piezas de una forma geométrica básica (como los platos), en su mayoría de paredes abiertas (el diámetro de la boca es igual o mayor que la zona de más expansión de la “panza”), aunque también las hay cerradas (el diámetro de la boca es menor que la zona de más expansión de la “panza”).

b. Vasijas de perfil compuesto: son piezas que presentan una ruptura en el perfil (sus paredes tienen una determinada forma geométrica hasta un punto de quiebre, donde tienen otra), produciendo el angostamiento de la pieza. Se dividen a su vez en abiertas o cerradas.



Fig. n° 1. Vasija Abierta de Perfil Simple.

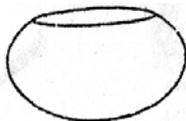


Fig. n° 2. Vasija Cerrada de Perfil Simple.



Fig. n° 3. Vasija Abierta de Perfil Compuesto.

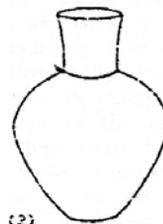


Fig. n° 4. Vasija Cerrada de Perfil Compuesto.

c. Formas escultóricas: figurillas o esculturas de diversos motivos (antropomorfo, zoomorfo, fitomorfo, etc.). Muchas veces las vasijas adoptan estas formas, o poseen aditamentos de partes modeladas escultóricamente, convirtiéndolas en piezas intermedias.

d. Placas: son piezas de arcilla cocida y alisada, planas. Pueden llevar decoración incisa, pastillaje, pintada o engobada.

II. Antecedentes de la cuenca del río Cachapoal

1. Contexto Ambiental

La Cuenca del río Cachapoal es un valle de la Zona Central de Chile, situado entre las cordilleras de la Costa y de Los Andes. Dicho valle se denomina comúnmente Cuenca de Rancagua, y está ubicado entre los paralelos 33° 51' y 34° 28' Sur y entre los meridianos 70° 02' y 71° 14' Oeste. Limita al norte con la región Metropolitana, en Angostura de Paine, y al sur con la Angostura de Pelequén, al este con la Cordillera de Los Andes y al oeste con la Cordillera de la Costa. Se formó hace millones de años, durante los cuales el río rellenó los bordes y terrazas con sedimentos, constituyendo un suelo fértil para la vida vegetal y animal.

1.1. División Política Administrativa

La zona en estudio pertenece a la Región del Libertador Bernardo O'Higgins Riquelme, que está integrada por tres provincias: Colchagua, Cardenal Caro y Cachapoal; correspondiendo a esta última el territorio de la cuenca. A su vez, la Provincia del Cachapoal está conformada por 17 comunas, de las cuales fueron investigadas Machalí, Doñihue, Coinco, y San Vicente de Tagua Tagua.



Fig. n° 5. Región del Libertador Bernardo O'Higgins, División Política-Administrativa. Dentro de las comunas enunciadas se distinguen las localidades estudiadas y su relación al río Cachapoal.

1.2. Hidrografía

La zona en estudio forma parte de la hoya hidrográfica del río Rapel, compuesta por la cuenca del río Cachapoal al norte, y la cuenca del río Tinguiririca al sur; teniendo una superficie de 14.177 km², una longitud de 240 km, y un caudal de 162 m³/seg. Son ríos de régimen mixto, en la cabecera de cada cuenca son de tipo *nival*, con crecidas durante el verano producto del deshielo, mientras que en la desembocadura es de tipo *pluvial*, con crecidas durante el invierno.

El río Cachapoal ocupa una superficie de 6.370 km², una longitud de 170 km, y un caudal de 60,3 m³/seg. Nace en la alta cordillera, a los pies de las cumbres del Pico Barroso y el Nevado de Piuquenes (4.446 m. de altura), además de un conjunto de ventisqueros; teniendo como afluentes a los ríos Las Leñas, Cortaderal, Los Cipreses, Pangal, Coya y Claro (de Cauquenes); todos ellos ríos de montaña, de aguas caudalosas, frías y muy oxigenadas, con pendientes fuertes. Es un río de régimen nival, de escurrimiento torrencial, con caudales mayores en verano (por el deshielo) y caudales menores en invierno. Su **Curso Medio** o caudal de escurrimiento, es el centro de la Cuenca del río, y es la zona de transporte de agua y materiales generados por la erosión del curso anterior. Dentro de éste se pueden distinguir dos áreas: río **Cachapoal Norte**, que comprende el valle central desde el sur del estero de Codegua hasta el valle del Estero La Cadena, formado por rellenos fluviales de gravas, arena y arcillas; y río **Cachapoal Sur**, que comprende el valle centro-sur del río, desde el sector norte de Requinoa hasta el afluente del río Claro, formado por materiales de relleno de diferente impermeabilidad. Finalmente se encuentra el **Curso Inferior o de deyección**, que corresponde a una zona de procesos de sedimentación de los materiales transportados en el curso medio, con una pendiente menor, desde Punta de Cortés a La Junta, lugar de la desembocadura en el embalse de Rapel. Estos llanos de sedimentación son de baja permeabilidad, y su régimen es pluvial.

Exceptuando a Hacienda Perales, ubicada en el Curso Superior del río, el resto de las localidades estudiadas pertenecen al Curso Medio de éste.

1.3. Geomorfología

La región contiene cuatro unidades morfoestructurales que se disponen en franjas orientadas de Este a Oeste: *Cordillera de los Andes*, *Precordillera*, *Depresión Intermedia*, *Cordillera de la Costa* y *planicies litorales*. Sólo profundizaremos las tres primeras por tener relevancia para la investigación.

En el periodo Paleozoico, entre 600 y 230 millones de años atrás, se produjo el ingreso del mar al antiguo suelo continental, llamado Basamento Cristalino Precámbrico (formado hace más de 600 millones de años), produciendo

sedimentaciones y formaciones de rocas marinas, que al emerger nuevamente a la superficie originan el territorio continental. Al quedar expuestas en la superficie, estas rocas sedimentarias se vieron afectadas por numerosos movimientos tectónicos (sismos) y magmáticos (erupciones volcánicas), ocurridos principalmente desde el periodo Paleozoico al Terciario (desde 600 a 65 millones de años), que causaron la configuración mineralógica del territorio nacional (mina El Teniente por ej.). Posteriormente, la acción del viento, el clima y la vegetación generaron las condiciones actuales de los suelos de la cuenca, caracterizados por su fertilidad, dado su alto contenido de cenizas volcánicas (hidrocineritas o eolocineritas), depositadas desde el periodo Cenozoico (65 millones de años atrás) (del Río y Tagle 2001:15-17).

La Cordillera de Los Andes tiene dos formaciones geológicas, la **Formación Coya Machalí** (Abanico) y la **Formación Farellones**. La primera está presente en gran parte de la cordillera principal de Chile Central, entre los paralelos 33°-34° latitud sur. Tiene una orientación NS, compuesto por dos franjas que se encuentran separadas por la Formación de Farellones. La Franja oriental del abanico corresponde a la alta cordillera andina, apoyada sobre estratos clásticos continentales del Cretácico⁷. La franja occidental se encuentra oculta bajo sedimentos del relleno de la Depresión Intermedia (Sellés D. 2000). La formación Farellones tiene de 10 a 20 millones de años de antigüedad y es de estructura calcoalcalina (Wall y Lara 2001). Destaca el caso de los depósitos de Colón-Coya, ligados a la pipa de postmineralización principal conocida como yacimiento El Teniente (Godoy 2002).

La Precordillera -que delimita con la depresión intermedia y la Cordillera de Los Andes-, es resultado de múltiples procesos que se acumulan en forma caótica el pie de la cordillera troncal. El río Cachapoal a la salida de la cordillera andina formó un sistema de conos superpuestos, los más antiguos de cenizas y morreras removidas (glaciovulcánicos), los más recientes de origen fluviovolcánico e hidrocineritas, que han obligado al sistema del río Peuco – Angostura a drenar en dirección de Santiago (Börgel 1983). En la cuenca de Rancagua la precordillera se encuentra en el sector inter fluvial del sistema Peuco – Codegua.

La comuna de Machalí ocupa la sección cordillerana y precordillerana de la zona de la cuenca, perteneciendo el lugar conocido como Hacienda Perales a su sección precordillerana (al menos la parte antiguamente habitada por los inquilinos).

⁷ Periodo geológico perteneciente a la era Mesozoica, ocurrido hace unos 140 millones de años (aprox.), caracterizado por la presencia de dinosaurios y otros reptiles, y la configuración de elementos geomorfológicos como la erosión de rocas sedimentarias marinas que posteriormente serían la base del suelo en el territorio.

La Depresión Intermedia se ubica inmediatamente después de la precordillera, y corresponde a la Cuenca de Rancagua para el sector del río Cachapoal⁸. Es una faja semiplana formada por sedimentos no consolidados de diversos orígenes: fluvial, glacial y volcánico (del Río y Tagle 2001), que presenta litografías de múltiples procesos sedimentarios que han contribuido a formar el relleno de la cuenca, asociados a eventos de la era Cuaternaria⁹, donde el movimiento de grandes glaciares desde la cordillera hacia el valle acarreó minerales que se depositaron en los llanos, culminando el largo proceso de meteorización de las rocas cordilleranas en la formación de suelos fértiles, ricos en nutrientes (suelos de origen volcánico en su mayoría) y ricos en arcillas, que son el estado de descomposición más avanzado de una roca, con un particulado fino y una estructura de singulares características, que le dan una plasticidad apta para el trabajo en alfarería. Estas arcillas, en tanto sedimentos de grano muy fino, fueron transportadas por los glaciares y ríos, siendo depositadas en los cerros que se encuentran dentro de la cuenca, en los cuales siguió acumulándose y filtrándose, generando afloramientos en sus laderas.

Las localidades de El Pantano, El Guindal, Barros Negros, Lo Miranda, Rinconada de Doñihue, La Vega de Copequén y Pueblo de Indios pertenecen a esta unidad geomorfológica.

1.4. Clima y Vegetación

El Clima de la Cuenca de Rancagua es *templado tipo mediterráneo con lluvias invernales (Csb)*, siendo templado, con una estación seca y calurosa que puede durar hasta siete meses, lluvias invernales con un promedio de 370 mm de agua caída al año (aprox.), con un promedio de 21,5°C en enero, y 9°C en junio. En la precordillera el clima es *templado frío con lluvias invernales (Csc)*, con un promedio de 15,5°C en enero y 4°C en junio. La Cordillera de la Costa actúa como un biombo climático, impidiendo el ingreso de elementos ambientales marinos a la cuenca.

La distribución y composición de las especies vegetales en la zona comprenden especies de alta y media montaña, cordillera de la costa, litoral, precordillera y depresión intermedia. Sólo nos referiremos a las dos últimas, por pertenecer al área de estudio. Las especies vegetales de la precordillera

⁸ Cuenca de Rancagua es prácticamente lo mismo que Cuenca del río Cachapoal, sólo que el primero se usa para describir la geomorfología de una parte de la Depresión Intermedia de la región; mientras que el último se usa para describir la hidrografía, pues abarca la zona cordillerana desde donde surge el río y su área de influencia.

⁹ Subdivisión de la era Cenozoica, siendo el periodo geológico más reciente del planeta. El Cuaternario comenzó hace unos 2 millones de años atrás, con un periodo de glaciaciones conocido como Pleistoceno, que hace 10.000 años atrás dio paso al Holoceno, periodo más cálido en que se encuentra el planeta hasta hoy.

corresponden a bosques y matorrales de tipo esclerófilo. Los estratos arbóreos son el litre (*Lithrea caustica*), peumo (*Cryptocarya alba*), bollén (*Kageneckia oblonga*), el quillay (*Quillaja saponaria*), el boldo (*Peumus boldus*), y el espino (*Acacia caven*), entre otros. Entre los 1.500 m. a 1.600 m. existen sólo quillay y bollén; bajo los 1.200 m hay bosquecillos de Arrayán (*Luma apiculata*), peumo, lilén (*Azara celastrina*), maitén (*Maytenus boaria*), maqui (*Aristotelia chilensis*) y canelo (*Drimys winteri*). Los estratos arbustivos son el crucero (*Colletia spinosissima*), retamilla (*Retamilla ephedra*), tomatillo (*Solanum ligustrinum*) y pichi (*Fabiana imbricata*), entre otros. El estrato inferior está compuesto por hierbas y arbustos enanos.

La depresión Intermedia es una zona intervenida por el hombre, tanto para usos agrícolas como para asentamientos humanos. Tiene suelos fértiles que son ocupados en policultivos y frutales, por lo que la flora y fauna nativa casi no existe, permitiendo sólo en algunos lugares el desarrollo de una estepa arbustiva de espinos y matorral abierto esclerófilo de boldos y peumos, además de especies nativas e introducidas que actúan como malezas. En los cerros de la zona destaca la presencia de especies como el cardón (*Puya berteroniana*).

La presencia de condiciones ambientales favorables para el desarrollo de la alfarería está dada por la existencia de numerosos yacimientos de buenas arcillas en la zona, disponibles en cerros aledaños a las localidades estudiadas, que permitieron el desarrollo de focos independientes de alfarería; sumado a un buen acceso a aguas, la presencia de fuentes de antiplástico, como la arena del río, y de combustibles, como cardones, ramas de arbustos y ramitas de árboles. El clima facilita las labores productivas en verano, ya que el secado es más rápido, aunque en invierno también se puede desarrollar la actividad, con el inconveniente del secado lento, escasez de combustible seco y el riesgo de enfermedades articulares, resfriados u otras asociadas al frío y la humedad.

2. Historia

2.1 Periodo Prehispánico

En la cuenca del río Cachapoal se han descubierto numerosos vestigios de la presencia aborigen, tales como artefactos líticos (puntas de proyectil, manos de moler, morteros, piedras horadadas), funebria (restos humanos asociados a elementos rituales), restos de vegetales carbonizados asociados a fogones, restos de animales faenados, improntas de edificaciones, murallas de piedra, conchales, y artefactos cerámicos; los cuales han aportado información de gran importancia para

comprender la forma en que vivieron los primeros habitantes de la zona, transformándose a través del tiempo en diversas expresiones locales.

Sin embargo, debido a que la mayoría de las investigaciones sistemáticas efectuadas por la Arqueología de Chile Central -que estudia el territorio comprendido entre el río Choapa (sur IV región), y los ríos Cachapoal/Maule- se ha enfocado principalmente en las regiones V y Metropolitana, lo que conocemos hoy como nuestro pasado prehispánico "regional" no ha surgido exclusivamente desde el estudio directo de sitios de la región, sino que a partir de las similitudes que presentan sus materiales con los sitios estudiados más al norte¹⁰. Por esto, nos guiaremos por la prehistoria de Chile Central para referir de manera general procesos ocurridos en cada periodo, pero tratando de ejemplificarlos en las evidencias de sitios que se han excavado en el territorio de la cuenca del Cachapoal (MOP 2006, del Río y Tagle 2001, Sanhueza et al. 2006). Éstos nos dan cuenta de largos periodos de tiempo en que las condiciones ambientales y formas de vivir mantuvieron ciertos rasgos en común, lo que permite agruparlos en *cronologías* o *periodificaciones culturales* con la siguiente secuencia: *Paleoindio* (9.380 a.C.), *Arcaico* (9.000 - 300 a.C.) y *Agroalfarero* (300 a.C. - 1541 d.C.)¹¹. Nos extenderemos más en el periodo Agroalfarero por resultar de mayor interés para nuestra investigación.

Periodo Paleoindio (9.380 a.C): uno de los más importantes sitios arqueológicos para investigar este periodo en Chile pertenece a la zona estudiada: San Vicente de Tagua-Tagua. Corresponde al antiguo borde de una laguna, que quedó al descubierto al ser drenada, permitiendo una serie de hallazgos en distintos puntos de él (sitios Tagua-Tagua en sus distintos niveles, Cuchipuy, El Salvador, La Muralla y Santa Inés), con vestigios de ocupaciones en diferentes periodos.

Este periodo se caracteriza por presentar vestigios de las primeras ocupaciones humanas en la zona, como parte de procesos de

¹⁰ Esto quiere decir que, a pesar de que se han efectuado numerosos hallazgos y excavaciones arqueológicas en la zona, en algunos casos sólo se recolectó, clasificó y conservó el material para futuras investigaciones, en otros -los más antiguos o más intervenidos- se recolectó el material sin contar con antecedentes sobre la manera en que estaban dispuestos en el sitio, ni a qué elementos del paisaje o entorno inmediato estaban asociados; quedando pocos casos donde el material recolectado haya sido estudiado posteriormente en función de alguna investigación arqueológica, que es lo que finalmente nos aporta una interpretación sobre los grupos humanos que dejaron sus vestigios.

¹¹ Son todas fechas aproximadas, los límites entre un periodo y otro no pueden ser precisos, pues son sólo categorías de análisis asignadas por los arqueólogos para describir mejor las cualidades de los sitios, que son susceptibles a modificarse por nuevos hallazgos.

exploración territorial que se estaban generando en todo el continente durante el Pleistoceno Superior¹², que hacen que todos los grupos paleoindios de América tengan características muy similares, basadas en un sustrato común que se fue desplazando continentalmente.

Hacia el 9.380 a.C., las condiciones ambientales de la zona eran más frías que las de hoy (similares a una tundra), donde el borde de la laguna Tagua-Tagua ofrecía un ambiente favorable para la subsistencia humana, dada la presencia de abundante megafauna –mastodontes, milodones, etc.-, además de especies menores como los ciervos y caballos nativos. A la fecha, el planeta ya se encontraba comenzando un periodo geológico más cálido, el Holoceno (que comenzó alrededor del 9.600 a.C. y perdura hasta hoy), sin embargo las condiciones ambientales en torno a la laguna y los restos más antiguos encontrados nos dan cuenta de una ocupación típica del periodo Paleoindio, *“donde los cazadores acecharon y mataron mastodontes, caballos americanos y ciervos que se encontraban ahí bebiendo agua, entrampándolos en el borde pantanoso. Para este propósito los cazadores utilizaron grandes bloques de piedra que arrojaron a los animales y lanzas armadas con filosas puntas de cuarzo cristalino finamente tallada. Una vez muertos los animales, fueron faenados en el mismo lugar, extrayéndoseles la carne, la grasa y algunos huesos, para lo cual se utilizaron cuchillos y raederas talladas en piedra, así como piedras con filos naturales cortantes. Finalmente, los cazadores se llevaron las presas menos voluminosas a otro sitio, el cual por ahora se desconoce, pero que debió ser el campamento donde habitaba el resto de la familia”* (Cornejo 2007).

Eran grupos con movilidad estacional, organizados en bandas (grupos familiares o linajes de alrededor de cincuenta personas), que desarrollaron métodos de caza especializados en megafauna, para lo cual elaboraban abundantes puntas de proyectil (del tipo Cola de Pescado); también hay evidencias del uso de cuchillos, raederas y lascas de piedra (piedras con filamentos sacados al percutirlas con otra piedra), que usaban para destazar (faenar) los animales. No existen vestigios del uso de cerámica ni del consumo de animales o vegetales domesticados (no en su estado silvestre); por lo cual su vida estaba marcada por la movilidad de las manadas de megafauna, en función de

¹² Más conocido como “Era Glaciar”, por ser el periodo geológico que concentra el mayor número de glaciaciones registradas en el planeta, se sitúa desde el año 100.000 hasta el 10.000 Antes de Cristo (a.C.) aproximadamente. Recién hacia el 20.000 a.C. estarían ocurriendo los primeros movimientos migratorios desde el estrecho de Bering hacia el continente (de Siberia a Alaska), lo que da inicio a la Prehistoria de América, con el Periodo Paleoindio.

cuya caza se organizaban espacial y socialmente, en grupos con *movilidad residencial*, bandas o grupos de familias que cambiaban su lugar de asentamiento según la estacionalidad de los recursos.

Ya avanzado el Holoceno, las condiciones ambientales del planeta se hacen progresivamente más cálidas, adoptando las condiciones climáticas actuales, lo cual genera una serie de cambios socio-ambientales que hacen que los grupos humanos adopten otras formas de vida, quedando mejor caracterizadas dentro de un nuevo periodo, el Arcaico.

Periodo Arcaico (9.000-300 a.C.): los sitios relacionados a este periodo en la zona son Cuchipuy, Almahue, Tagua-Tagua (en su nivel arcaico), Santa Inés y La Leonera; aunque existen más sitios en la región, en la costa y más al sur (Casa Pintada, Cahuil, Idahue-1, La Puntilla, La Puntilla Sur-2 y Paso las Conchas).

Este periodo se caracteriza por la adaptación de las tecnologías y formas de vida a las condiciones ambientales locales, con presencia de grupos cazadores de fauna moderna (guanacos, coipos, etc.), que exploran zonas no abarcadas del territorio, haciendo uso de una tecnología de caza de puntas para lanzas y estólicas (lanceoladas primero, después triangulares); apareciendo también los artefactos líticos de molienda, inicialmente asociados a pigmentos u otras sustancias no alimenticias, empezando a usarlos para moler vegetales hacia el final del periodo. Se piensa que la diferenciación respecto al modo de vida paleoindio comienza a generarse por la necesidad de diversificar las formas de subsistencia, dado un contexto de "stress ambiental", donde tanto el ser humano como la flora y fauna tuvieron que adaptarse a nuevas condiciones climáticas, privilegiándose las adaptaciones de especies animales de menor tamaño que la megafauna –cuyo tamaño y pelaje grueso facilitaban la conservación de calor-, la cual progresivamente se fue extinguiendo, dejando a los grupos paleoindios sin su principal fuente de alimento. Cabe recalcar que la laguna de Tagua-Tagua permitió la presencia de megafauna por más tiempo, por lo cual los grupos paleoindios que ahí vivían no se vieron forzados a cambiar de forma simultánea a otros grupos de la zona Norte y Central, lo que hace difusa la transición del Paleoindio al Arcaico, al existir de manera contemporánea en la zona central grupos de carácter paleoindio (asociados a la laguna de Tagua-Tagua) y grupos cazadores de fauna moderna en procesos de exploración cordillerana (Cajón del Maipo, reg. Metropolitana) o asentándose en el litoral (Cahuil-1).

Las formas de subsistencia se diversifican, al basarse en caza de fauna menor (guanacos, coipos, aves acuáticas y ranas), recolección de vegetales silvestres, algas y moluscos de agua dulce, lo que permitía una mayor permanencia de los asentamientos en cada ambiente, sumado a una reducción del tamaño de los grupos de caza; que potenció la división del trabajo dentro de cada grupo y el desarrollo de nuevas tecnologías, tales como puntas para proyectiles más livianos, y la aparición de los micromorteros o manos de moler, que permitían la molienda de granos o minerales, cuyo número y tamaño fue aumentando progresivamente a lo largo del periodo, indicando su creciente importancia en la forma de subsistencia, y el aumento de los grupos familiares para los cuales se utilizaba.

Destacan los vestigios de ritos mortuorios, como los del sitio de Cuchipuy. En su nivel 2, asociado al Arcaico III (con fechados desde el 6.000 al 3.700 a.C.), se encontró un enterratorio de cincuenta individuos en posición flectada, con montículos de piedras sobre ellos (túmulos), con presencia de pendientes y algunas piedras horadadas. *“Evidencias culturales similares se han encontrado en sitios que actualmente se investigan en las localidades de Santa Cruz, Almahue, El Huique. En todas ellas se han detectado enterratorios en túmulos de factura intencional de grandes dimensiones emplazados en ambientes de pantano, que obedecen a un patrón recurrente identificado hasta ahora en el área de influencia del río Tinguiririca y sus afluentes”* (del Río y Tagle, 2001:57).

Hacia el final del periodo se observa un cambio en los patrones de movilidad de los grupos, desde la *movilidad residencial* típica del Paleoindio (toda la familia se desplaza hacia la fuente de alimento) a una *movilidad logística*, donde la unidad residencial base (familiar) envía a distintos grupos a buscar recursos a otras partes, dando como resultado una intensa exploración del territorio, donde se incorporan recursos provenientes de diferentes ambientes (piedras de obsidiana, conchas, moluscos, animales, vegetales silvestres, etc.); como a su vez un incipiente proceso de sedentarización, al establecerse lugares donde la unidad residencial quedaba fija por un tiempo, en espera de los grupos de expedición.

Una vez que las adaptaciones ambientales se consolidan, y dada una primera fase de exploración y experimentación, los grupos arcaicos comienzan a presentar innovaciones tecnológicas, mejor descritas en un nuevo periodo.

Periodo Agroalfarero (300 a.C.- 1580 d.C.): es el periodo que cuenta con más investigación en la zona, al existir numerosas evidencias cerámicas en hallazgos incidentales y excavaciones, posibilitando una mejor base artefactual y contextual para interpretar los procesos sociales que se generaban en la zona. Se diferencian tres sub-periodos: *Periodo Agroalfarero Temprano* (PAT, 300 a.C. al 1000 d.C.), *Periodo Intermedio Tardío* (PIT, 1000-1400 d.C.), y *Periodo Tardío* (PT, 1400-1580 d.C.), que veremos a continuación:

Periodo Alfarero Temprano (PAT, 300 a.C. – 1000 d.C.): cuenta con registros en diferentes puntos del curso del río Cachapoal, o cercanos y asociados a él en algún afluente, como Cipreses (alero situado cerca de la confluencia del río Cipreses con el Cachapoal), El Peuco (cercano al Estero Peuco, afluente del Cachapoal), Caracoles Abierto, Caracoles Alero, Del Real, Caserón (alero), Escondrijos, Pangal-2, Quebrada Cerrillos de Pangal, La Granja (Rancagua), Puente Alta-1, Pob. D. Portales (Rancagua), California, Punta de Cortés, Chuchunco, Fundo La Cruz, El Encanto, Chanqueahue, Rosario Río, Las Coloradas, Requegua, Santa Inés, El Salvador, Cuchipuy y La Rosa.

Este periodo destaca por los procesos de adopción de nuevas tecnologías y modos de subsistencia: la alfarería y la horticultura; lo que supone la presencia de una serie de condiciones socioculturales favorables, que permiten adoptar invenciones generadas en otros grupos (del norte o trasandinos), y desarrollarlas para satisfacer necesidades locales, condiciones relacionadas con una mayor permanencia en los asentamientos, dado un progresivo *tránsito desde una vida nómada a una sedentaria* (del Río y Tagle, op.cit:60). Las principales características de este periodo son la *diversidad cultural, la contemporaneidad entre las distintas unidades y su interdigitación espacial* (Sanhueza et al. 2006).

La diversidad cultural se ve evidenciada por la detección de distintas unidades culturales compartiendo de manera contemporánea el territorio de Chile Central, tales como Bato, Lolloe y otras unidades sin especificar aún, por falta de registros que las delimiten claramente. Cabe destacar que *“en la cuenca de Rancagua, donde la presencia del componente Lolloe es muy fuerte, no parecen haber evidencias del componente Bato, aunque sí de otros grupos, con características distintas a las anteriormente mencionadas”* (Sanhueza et al. 2007).

“Si bien existen estos distingos sociales y culturales, las evidencias arqueológicas señalan que los grupos del PAT son todos hortícolas. Los

registros han mostrado que la quínoa (*Chenopodium quinoa*) está presente en contextos del período Arcaico IV (...). [H]acia el 500 d.C, las poblaciones de esta zona manejan una variedad de cultivos además de la quínoa, entre los que se incluyen maíz (*Zea mays*), zapallo (*Cucúrbita sp.*) y poroto (*Phaseolus vulgaris*)” (ibíd.). Se estima que los grupos Llolleo hicieron uso de pequeños campos de cultivo aledaños a cursos de agua, al no contar con técnicas de irrigación complejas (canalización, embalses, etc.). Sin embargo esto no es sinónimo de sedentarismo, pues son grupos recolectores y hortícolas, que no dependen exclusivamente de los cultivos, teniendo aún movilidad residencial, pero a un nivel menor que los grupos paleoindios o arcaicos.

Respecto a la ocupación del territorio visible en los sitios, “estos se distribuyen tanto al norte como al sur del Cachapoal y también están presentes en el área cordillerana, donde ocupan terrazas fluviales asociadas a quebradas menores o vertientes” (Sanhueza et al. 2006), destacando la presencia de una posible ruta hacia la vertiente trasandina, evidenciada por la proximidad de los sitios cordilleranos con el sitio El Indígena en Argentina, cercano al límite fronterizo por el paso Las Leñas (ibíd.). Muestran un patrón de asentamiento estrechamente vinculado a la existencia de determinados cursos de agua, “así, es posible definir cinco espacios relativamente independientes. Las áreas que concentran los asentamientos definen dos espacios relativamente pequeños en el Norte, uno en torno al estero Peuco y otro en torno al estero Codegua, en el sur un área de tamaño medio en torno al río Claro y una región muy amplia en el centro norte, en torno al estero La Cadena y el Río Cachapoal. Esta última localidad eventualmente puede subdividirse en dos, ya que existe un territorio sin asentamientos que divide los ubicados al norte y al sur de Lo Miranda (Sanhueza et al. 2007).

Se trataría de poblaciones que se organizan social y políticamente en torno a la *familia extendida*¹³, donde no hay evidencias de jerarquías mayores, aparte del rol de jefe de familia o jefe tribal circunstancial; su concentración en lugares asociados a cursos de agua no sólo se debe al desarrollo de la horticultura, también sería parte de un patrón de distribución socialmente determinado, que se evidencia tanto en el uso de bolones de río para denotar espacios de carácter ritual (sitio la Granja), como en la presencia de “espacios vacíos” donde existen condiciones para su habitabilidad: “los “espacios vacíos”, por su parte,

¹³ “Tipo de familia en la cual varias generaciones de parientes conviven en una misma casa o mantienen fuertes relaciones de parentesco” (Massimo y D’Emilio 1993:83)

sugieren la conformación de espacios limitados (en términos sociales más que medioambientales) que podrían aludir a una suerte de territorialidad. En este sentido las fronteras serían de índole social, en concordancia con las redes de parentesco y los linajes” (...) Los sitios representarían unidades corresidentiales de familias extendidas; en la medida en que esta unidad crece, a través de matrimonios y la reproducción, los grupos se fragmentan, generando nuevos asentamientos en las proximidades” (op.cit).

A pesar de ser unidades socio-territoriales independientes, que generaban sus recursos y tecnología a nivel doméstico, sin presencia de grandes centros productores, los diversos grupos del PAT se caracterizan por su *interdigitación espacial* (op.cit), o sea, la existencia de unidades en continua interacción, haciendo uso de los distintos paisajes del territorio. *“En las sociedades del PAT la unidad básica de organización debería ser la familia extendida. No obstante, estas familias no se encuentran aisladas, sino se relacionan unas con otras a partir principalmente de relaciones de parentesco y sugerimos que estas agrupaciones de asentamientos podrían estar reflejando estas unidades mayores (unidades socio-territoriales), compuestas por varias familias relacionadas entre sí” (op.cit).*

La presencia de un posible centro ceremonial en el sitio La Granja, lugar asociado a ceremonias de fertilidad de las tierras de cultivo y al agua¹⁴, también nos da cuenta de la interacción social en la época, donde grupos que poseían elementos comunes y distintivos (en la cerámica, ajuar funerario, adornos, etc.) circulaban por el territorio e incluso se reunían en complejos fumatorios, donde destaca el uso de pipas con forma de T, con dos tubos perforados, hechas en su mayoría de cerámica, utilizadas para el consumo de alucinógenos en un contexto ritual. La tradición de las pipas de fumar para uso ritual ha sido ampliamente registrada en toda el Área Sur Andina (desde el sur de Perú hasta el seno del Reloncaví en Chile), tanto en vestigios arqueológicos como en registros etnográficos sobre ritos indígenas americanos (Falabella et al. 2001), dando cuenta del alto grado de interacción existente entre los grupos prehispánicos, que sin mediar relaciones de dominación o dependencia entre las distintas unidades –al menos para

¹⁴ Evidenciado en las disposiciones intencionales de bolones de río depositados en un pozo, asociado a pipas, artefactos de molienda, cuentas de collar, falanges de camélidos, roedores, aves, peces y moluscos marinos y de agua dulce; además de un mayor porcentaje de fragmentos de jarros que otros sitios habitacionales, los que han sido vinculados a actividades de congregación social y ritual; y su mayor cantidad y variedad de fragmentos decorados, característicos de la cerámica ritual (Falabella y Sanhueza 2006).

Chile Central en este periodo- lograban mantener cierto grado de comunicación, para el cual era imprescindible el manejo de algunos códigos comunes, elementos que les permitieran entenderse a pesar de toda la diversidad que poseían; es aquí donde la cerámica jugó un rol trascendental.

En este contexto la cerámica hace su aparición, con registros en el 135 d.C. para la cuenca, en el sitio La Granja. No hay evidencias sobre la presencia de Comunidades Alfareras Iniciales¹⁵ en la cuenca, por lo que se considera que **la cerámica no fue una invención independiente en esta zona**, la técnica fue aprendida a partir del contacto con otros grupos.

La alfarería debió trabajarse dentro de los espacios de cada unidad socio-territorial, asociados al espacio doméstico, lo que significa que no existirían grandes centros de producción cerámica, que permitieran una mayor especialización en las técnicas y suponianer una mayor interdependencia entre los diversos grupos de la zona; pudiendo distinguirse dentro de cada unidad la presencia de dos tipos de cerámica: **una asociada a lo utilitario, y otra asociada a lo social-ritual**, determinando así entonces sus características formales. La primera es la que presenta mayor porcentaje de producción en los sitios, al utilizarse en un contexto doméstico, el procesamiento de recursos de subsistencia, para transformación –por cocción-, almacenamiento y consumo (servir líquidos u otros), formalizándose ciertos tipos de vasijas según su uso (para conocer sus características técnicas y morfológicas, ver cap. III).

La cerámica de función social-ritual aparece asociada a contextos de funebria y espacios de interacción grupal (La Granja), donde estaría funcionando como un *“vehículo de comunicación social que transmite, a través de las formas o diseños, algunas características de los usuarios o del contexto de uso”* (Falabella et al. 1989:57); por tanto, presenta diseños y decoración distinta a la cerámica utilitaria, al ser *“piezas con un grado de visibilidad importante, objetos culturales que funcionan como bienes simbólicos (ofertorio fúnebre), contextos públicos y capaces de operar en circuitos sociales de mayor envergadura”* (Correa, 2006). Uno de los usos rituales de esta cerámica detectados durante el PAT se encuentran en el uso de urnas cerámicas para enterratorios de niños, y la costumbre de perforar o quebrar intencionalmente piezas cerámicas

¹⁵ Comunidades donde la cerámica presenta rasgos de una fase de experimentación en técnicas y diseños, como en otros sitios de Chile Central: Punta Curaumilla 1 y 2, Radio Estación Naval, Lonquén y Valle Verde. Sin embargo, es probable que ahí tampoco haya sido una invención local.

antes de depositarlas en los entierros, uso que hasta hoy se observa en rituales indígenas del área andina, *“aquí la cerámica puede estar actuando como un vehículo “adivinatorio” y “simbólico” en relación al difunto”* (Falabella et al. 1989:56). Fernanda Falabella también destaca la formalización del “jarro pato” (*ketru metawe*), presente hasta nuestros días en la producción alfarera mapuche, asociado a la ceremonia del Konchotun¹⁶.

Las unidades del PAT, una vez superada la primera etapa de adaptación de su estructura social a las condiciones ambientales del Holoceno, presentan un alto grado de estabilidad, visible en la falta de especialización de su producción cerámica, su patrón dietético y su comportamiento ritual, donde no se presentaron impulsos para buscar otras estrategias de producción -tales como las presiones demográficas o agotamiento de los recursos-, lo que devino en que sus unidades permanecieran en un nivel de sociedades simples, hasta que hacia el 1.000 d.C. se presentara el reemplazo de su cerámica por la Aconcagua.

Periodo Intermedio Tardío (PIT, 1.000 – 1.400 d.C.): si bien se han encontrado una serie de sitios en la zona, los estudios sistemáticos respecto a este periodo se han desarrollado principalmente en base a sitios de las regiones V y Metropolitana (cuenca de Santiago y curso medio del Maipo), donde la influencia de las culturas del Norte era mayor que la evidenciada en la zona, por lo que el conocimiento sobre este periodo en la cuenca es mucho menor, y por tanto será tratado con menor profundidad. Los sitios correspondientes a la zona son: Hacienda Cauquenes (ribera sur del río Cachapoal), La Rosa (Peumo), cerro de La Compañía (Graneros), Cailloma, Rengo, Malloa, Las Juntas, Cerrillos de Pangal, El Milagro (nor-poniente de Rancagua) y Plaza de Armas de Rancagua. También se encontraron ceramios vinculados a este periodo en Codegua, Coinco y Pelequén (Latcham, 1928), sin embargo no cuentan con el contexto del sitio, al ser piezas pertenecientes a colecciones privadas, por lo que no prestan mayor utilidad para investigar el periodo.

Este periodo se caracteriza por un cambio completo respecto al registro del PAT, generalizado en toda el Área Sur Andina, donde se observan diferencias en la funebria, apareciendo nuevos adornos (pendientes de

¹⁶ *“El ketru metawe cumple un papel fundamental al representar, a través de la mujer, a toda la familia. Durante el Konchotun -ceremonia que permite el fortalecimiento de la amistad en forma recíproca entre dos familias o personas, con el fin de sellar la amistad a perpetuidad- las familias sacrifican animales como ofrenda, intercambian prendas de vestir y joyas, y comparten alimentos en un ketru metawe”* (Urizar, 2007).

cobre) y nuevas disposiciones de los entierros, con distinciones de género y edad, y elementos de dualidad¹⁷; aparecen las clavas de piedra (artefactos asociados al poder); desaparecen las pipas, que son reemplazadas por cucharas, espátulas y tubos para el consumo de alucinógenos en rituales; además se presentan notorios cambios en la alfarería, donde la de tipo utilitario no muestra cambios aparentes, pero la de uso ritual-social muestra nuevos estilos, bien definidos a partir del uso de pastas cerámicas de diferente color y tipos decorativos y formales nuevos (ver cap. III), denotando un cambio en la visualidad de las piezas, que como aludimos para el periodo anterior, implica la forma en que se presentan públicamente los grupos que la producen. Al parecer, hacia el sur de la cuenca de Santiago se presentarían más persistencias de tipos cerámicos del PAT (jarros asimétricos), que los vinculan más a la órbita mapuche (El Vergel y Pitrén).

En los modos de subsistencia, cobra más importancia el consumo de maíz, junto a una mayor dependencia de los cultivos para obtener recursos, que sin embargo se mantienen en un nivel tecnológico de horticultura (más simple que la agricultura); a su vez, el consumo de guanaco cobra más importancia, encontrándose en los sitios restos del animal completo. El territorio ocupado varía en algunos sitios respecto al PAT, mientras que en otros se mantiene en los mismos lugares; destacando la vinculación de sus asentamientos en terrazas próximas a ríos, y la práctica desaparición de las ocupaciones cordilleranas, quedando sólo las que tienen salida al plano (Falabella y Sanhueza 2006).

Todos estos cambios hacen considerar que los grupos del PIT pertenecen a otra unidad: la **cultura Aconcagua**, situada entre el río Aconcagua (V región) y el río Cachapoal, cuyo principal elemento diagnóstico es la cerámica del tipo Aconcagua Salmón, y un símbolo denominado Trinacrio, que en sus múltiples formas efectúa la tripartición de un espacio circular (cara interna de un puco). Frente al drástico cambio observado respecto a los grupos PAT en este periodo, existen tres hipótesis: el reemplazo de la población por grupos provenientes de

¹⁷ El ajuar funerario, la disposición de los cuerpos en la urna y la disposición diferencial de los cuerpos dentro del cementerio dan cuenta de distinciones entre la forma de enterrar a hombres adultos, mujeres, niños y hombres mayores, donde los primeros denotan mejor posición social (presentan ofrendas de cerámica con rotura intencional y se entierran individualmente en espacios más grandes). La organización del espacio dentro de los túmulos evidencia un posible dualismo conceptual, con cementerios divididos en dos sectores, uno para los hombres adultos, y otro para mujeres, niños y hombres mayores (Falabella y Sanhueza, 2006).

más al norte; un proceso de “andinización”; o un fuerte cambio ideológico dentro de las mismas poblaciones, que hizo que rechazaran los elementos que marcaban su identidad.

En el 1.172 d.C. se produce la caída de la cultura Tiwanaku, sociedad compleja (con organización de Estado) cuyo centro se encontraba en el sureste de lago Titicaca (Bolivia), teniendo un radio de influencia desde Bolivia, Perú, norte de Argentina hasta el Norte Grande de Chile. Al decaer su poderío, se generaron cambios importantes en su radio de influencia, que de manera indirecta afectaron a Chile Central; dándose la posibilidad de que existieran movimientos migratorios hacia el sur, que empujaran a la población del Norte Chico hacia la Zona Central, o bien desde el Noroeste Argentino, hipótesis que no se ha podido comprobar por no existir estudios de ADN. Los procesos de “andinización” o incorporación de la cultura Aconcagua al radio de influencia de las culturas andinas, se relacionan con la aparición de elementos de la Cultura Diaguita (IV región), pero *“es casi imposible encontrar elementos culturales Aconcagua fuera de su territorio nuclear, salvo unos pocos fragmentos de alfarería recolectados en sitios precordilleranos de la Provincia de Cuyo, en Argentina. Del mismo modo, es posible advertir la presencia sólo de algunas pocas influencias procedentes de las culturas Diaguita y Animas del Norte Chico, las que se presentan muy localizadamente”* (Cornejo 2007). Otra hipótesis es la que supone una rebelión contra el orden establecido, donde por algún motivo que se desconoce, dentro de las mismas poblaciones del PAT se produce un cambio radical en sus formas de expresión social, rechazándolas y reestructurando su sociedad en torno a elementos unificadores, donde la diversidad de identidades mostrada en el periodo anterior se reduce a una sola identidad.

Esto tendría coherencia con la data arqueológica, donde se observan profundos cambios en las facetas públicas de los grupos PIT (cerámica ritual, funebria), que sin embargo no transforman los patrones básicos de extracción de recursos (tienen la misma tecnología doméstica, sólo que ahora dependen más de los cultivos). *“Este cambio súbito puede haber comenzado con la llegada de nuevas ideas y tecnologías, probablemente provenientes del norte, las cuales habrían sido tomadas y adaptadas rápidamente por una parte importante de la población”* (Cornejo 2007). La idea del cambio cíclico radical está presente en la Zona Sur Andina a partir de registros arqueológicos del periodo hasta tiempos actuales, donde el concepto de *Pachakuti*, “vuelta de mundo”, o catástrofe cíclica -

propio de la *cosmovisión*¹⁸ andina- explicaría procesos de rebelión y cambio social: *“en la visión de su pasado el pueblo aymara cuenta el mito del fin de una era anterior y el comienzo de la época del sol (...) Se trata de un mundo o universo –Pacha significa universo tanto espacial como temporal, tanto mundo como era- que se renueva constante y cíclicamente, que por tanto es radicalmente ahistórico, pero a la vez sujeto a kuti, o “vuelco” del mundo actual y abierto a un mundo nuevo por aparecer, y simbolizado en la figura del “Hijo Mayor” que atenta contra “el Padre”* (van Kessel 1996: 180-186).

Hacia el 1.250 d.C. surge en Perú la cultura Inca. Ya en el 1.380-1.400 d.C. entra en su fase imperial, abarcando vastos territorios bajo diferentes formas de dominio, desde el norte de Ecuador hasta el río Cachapoal (más hacia el sur su dominio se vuelve discutible), viéndose claramente afectados los grupos de Chile Central, determinando entonces el comienzo de un nuevo periodo, el último antes de la llegada de los conquistadores a Chile.

Periodo Tardío (PT, 1400-1541 d.C.): la investigación arqueológica para la zona ha sido escasa, si bien se cuenta con excavaciones en sitios como Rengo, Cerro Tren Tren, la Fortaleza del cerro Grande de La Compañía y La Muralla.

Corresponde a la fase de dominación Inca en la zona (que habría durado hasta 1530 aprox., comenzando pocos años después la Conquista europea), visible principalmente en el aspecto simbólico, pues se trataría de los mismos grupos Aconcagua, que manteniendo sus principales formas de vida doméstica, establecen una relación con el Estado Inca que hace cambiar sus manifestaciones social-rituales: *“si bien se pueden encontrar ciertas evidencias que hablan de la estadía en estos territorios de personas venidas directamente del núcleo central del imperio, aparentemente la mayor parte del trabajo de conquista, así como la posterior ocupación y administración, estuvo en manos de miembros de poblaciones que habían sido en su momento también conquistadas por los incas, especialmente los Diaguitas de los valles del Norte Chico* (Cornejo 2007). Esta relación tenía un carácter desigual, pues el Inca, valiéndose de su poderío económico, pero especialmente de su aparatage simbólico (materializado en su ritualidad, cerámica, adornos, textiles, arquitectura, etc.), entablaba relaciones económicas y de

¹⁸ Conjunto de creencias propias de una cultura, *“lo que los individuos de esa cultura piensan que es el mundo que los rodea. Incluye ideas sobre el origen de la sociedad, la descripción de la realidad natural, espiritual, etc”*. (Massimo y D'Emilio 1993:23).

parentesco (alianzas o matrimonios) con sociedades simples (sin Estado) de la zona, quedando estas últimas en continuo estado de “deuda” con el Inca, debiendo cancelar tributos para mantener las relaciones en equilibrio: *“las poblaciones locales debieron pagar impuestos al Tawantinsuyo, en la forma de bienes, especialmente minerales, y por medio de la destinación de mano de obra para las empresas emprendidas por los cuzqueños* (op.cit). Tal sería el caso del curacazgo de Copequén, centro que administraba la producción de oro en Alhué y una serie de industrias alimentarias y artesanales en los alrededores, en lugares como Doñihue, probable colonia de mitimaes traídos por el Inca como centro especializado de producción artesanal (Contreras 2004).

En la cuenca del Cachapoal, la influencia Inca se observa tanto en la cerámica, donde junto a los estilos locales aparecen estilos incas, como los *aríbalos*, platos y *aizanas*¹⁹; en la presencia de los *pukaras* o los Santuarios de Altura localizados en cerros del sector; o en la presencia de tambos. En el caso de los *pukaras*, se trata de fortalezas defensivas hechas en piedra, situadas en la cima de cerros, construidas por los grupos PIT para protegerse de las incursiones militares Incas (fortaleza de La Muralla), que posteriormente presentan vestigios de ocupación Inca (cerro Grande de La Compañía); en el segundo caso, se trata de ofrendas de clara connotación Inca, con elementos como el uso de cerámica tanto Inca como local, locación de las ofrendas en cuevas o *machai* del cerro, y la presencia de sacrificios de niños, como se muestra en el cerro Tren-tren, de Doñihue: *“En él se encontraron en el año 1989, en un farellón rocoso conocido como “Piedra Larga”, “Casa de Piedra de don Ponce” o “Casa de Cabras”, a 400 metros sobre el nivel del valle y en la ladera suroriente de dicho cerro, restos óseos de cuatro niños de edades estimadas entre 9 meses y 9 años de edad, con una ofrenda que consistía en 10 vasijas de greda, conchas, tejido animal, cordelería, cuentas de collar, textiles y vegetales, que muestran influencias de origen incaico y de tradición indígena tardía local”* (del Río y Tagle, op.cit:69).

Los Santuarios de Altura funcionaban como demarcaciones geográficas de hitos relevantes para el Inca, donde a través de la ofrenda de objetos valiosos y de sacrificios rituales se “sacralizaba” el cerro, quedando consagrado a los dioses. Este sentido divino que adquiría el lugar

¹⁹ Vasijas de índole social-ritual, debido más a su forma que a su decoración, pues su forma se vincula directamente a su función: los aríbalos (“botellones” con asas en los costados) se usaban para guardar chicha, vinculada a actividades sociales-rituales; mientras que los platos y aizanas (jarras con asa diagonal) tenían un uso ritual.

permitía al Inca reafirmar su condición de dominio sobre las culturas que vivían en las proximidades del cerro, al ser ellos los portadores de los símbolos y ritos con los cuales se accedía a las deidades, actuando como mediadores entre los dioses y las culturas dominadas.

Los *tambos* corresponden a otro vestigio de la ocupación incaica en la zona, que si bien se han encontrado como ruinas de edificaciones hasta la cuenca de Santiago principalmente, presentan claras evidencias de haber continuado hasta el Cachapoal, a través de una cadena de antiguas aldeas que corría por el valle central, hoy conocida como parte del Camino Real La Frontera, donde se formaron localidades como La Punta (Codegua), Copequén (Coinco), Malloa, Peumo, Tagua-Tagua, etc. Estos *tambos* forman parte del límite sur del Camino del Inca, *“red vial que saliendo desde el Cuzco recorría toda las tierras bajo el mando del Inca reinante. Esta red permitía administrar en forma eficiente uno de los Imperios más extensos del mundo, ya que por él viajaban rápidamente las noticias, se desplazaban los ejércitos y servía para el movimiento expedito de los recursos económicos. Este camino contaba con una serie de *tambos* o posadas, cuya función era prestar asistencia a los mensajeros y caravanas que circulaban entre los diversos puntos del Imperio* (Cornejo 2007). Se ubicaban cada 20 km aproximadamente, siendo el sitio La Muralla (noreste de laguna Tagua-Tagua) el más austral encontrado a la fecha. Hacia el sur las evidencias del dominio incaico se hacen más difusas, representando el río Cachapoal su límite sur más claramente delimitado.

Hacia el año 1.541, las huestes españolas ya habían llegado a Santiago, comenzando los primeros episodios del encuentro entre el mundo aborigen americano y el mundo cristiano occidental. Culminaba una larga etapa para el desarrollo humano en la zona, con vestigios de hace más de 11.000 años atrás, donde se consolidaron una serie de elementos - tecnológicos, simbólicos, políticos, etc.- que entraron en pugna con los de los conquistadores, resultando del encuentro un doloroso pasaje de la historia local, que en pocos años literalmente destruyó el mundo indígena, quedándonos sólo con fragmentos de él en las tradiciones contemporáneas, despojados de su sentido profundo original.

Como se pudo observar en esta sección, la alfarería en los pueblos prehispánicos no sólo jugó un rol relevante como tecnología de transformación, conservación y consumo de recursos, sino que también tuvo un papel trascendental como marcador de identidades sociales, tanto para comunicarse entre los diversos grupos que interactuaban en

la zona, como para establecer puentes hacia lo divino y trascendente, una de las más antiguas aspiraciones del ser humano.

2.2 Periodo Histórico

¿Cómo entender la existencia de tecnologías de origen prehispánico en la actualidad si el mundo indígena fue destruido a la llegada de los españoles?. Al revisar la historia de Chile Central se hace recurrente la visión del indígena extinto o mestizado al transcurrir poco tiempo de la conquista; también es usual señalar que los aborígenes locales no ofrecieron mayor resistencia al dominio español, planteando con esto un panorama histórico regional de escasa diversidad étnica-cultural²⁰, al negar el aporte de elementos indígenas que conforman hoy nuestra cultura campesina, negando a su vez la posibilidad de ver al indígena como un ente capaz de reaccionar ante la opresión y explotación del sistema colonial, de buscar nuevas formas de seguir existiendo.

Por esto, y en busca de una explicación sobre la presencia de técnicas de origen indígena en la alfarería de la cuenca –pues la historia oficial no lo explica–, plantearemos que **los indígenas de la Zona Central no desaparecieron, sino que su cultura se desestructuró**, vale decir, que más que extinguirse o perderse en una indistinguible masa campesina, el sujeto indígena perdió el sentido que daba unidad a cada uno de los elementos de su cultura (como la forma en que producían sus objetos de subsistencia y uso simbólico, se organizaban, se relacionaban como grupo, entre grupos y con lo divino), reproduciendo luego, bajo el dominio europeo, sólo fragmentos aislados de su cultura; fragmentos asociados a lo cotidiano y popular, que es precisamente lo que la historia oficial (la más conocida, porque se enseña en los colegios) no aborda en profundidad, al enfocarse más en la historia de las elites y los “grandes sucesos históricos” vinculados a los grupos de poder. *“En Chile Central, la historia posee muchas zonas oscuras en lo relativo a los pueblos indígenas, a pesar de que en los últimos veinte años se ha desarrollado el interés por estudiar y comprender los modos de vida y relaciones socioeconómicas de sus habitantes más antiguos”* (Quinteros 2004:145).

²⁰ El concepto de *etnia* o de *grupos étnicos* reemplaza hoy al concepto de *raza*, que poseía una connotación impositiva y discriminatoria, al no provenir de los grupos étnicos mismos, y asumir que una determinada apariencia física anticipaba el modo de pensar y actuar de una persona. Etnia alude a la manera en que los propios grupos humanos se autodefinen como diferentes a otros, debido a características culturales especiales (lenguaje, religión, experiencia histórica, aislamiento geográfico, parentesco o raza), que los hacen sentirse y reconocerse como parte de un grupo y no de otros.

La llamada “cultura criolla” que define la identidad regional, si bien alude al mestizaje, no reconoce ni valora la presencia de elementos tradicionales de carácter eminentemente indígenas, tales como el uso de cultivos como el maíz, la papa, el poroto, el ají y la quínoa (que aún se cultiva en zonas del secano costero), y de tecnologías como las casas de quincha (paredes de ramas de coligües u otras recubiertas por barro, con techo de coirón u otro), las pircas para dividir terrenos (incaico), los morteros y manos de moler de piedra, el uso del telar y la alfarería (del Río y Tagle 2001). Además es necesario señalar que los asentamientos hispanos se ubicaron en localidades donde ya existían caseríos indígenas, dando origen a los “primeros poblados” en base a las redes viales y patrones de asentamiento aborígenes, usando tanto sus conocimientos ambientales como sus rutas por valles y montañas.

Bajo la premisa de la desestructuración cultural es posible entender entonces la supervivencia de elementos del mundo indígena en las tradiciones contemporáneas de la zona, a pesar de no contar en la actualidad con pueblos originarios locales, como los *Mapuche* en el sur, o los *Aymara*, *Collas* y *Lican Antai* (Atacameños) en el norte. Tal como veremos más adelante, al revisar la alfarería de la cuenca, el mundo indígena está presente en las tradiciones regionales, pero desprovisto de su faceta social y simbólica, que es lo que lo hacía más reconocible como expresión originaria. Está, pero de manera subterránea, en los cimientos de los pueblos, en formas tradicionales de hacer y producir, está en lo cotidiano, alejado de los elementos “típicos” que cuentan con mayor prestigio en la zona: las tradiciones hispánicas asociadas al uso del caballo (rodeos, domaduras, aperos, huasos, etc.). La historia oficial nos muestra más del mundo hispánico, al resaltar las formas de vida y sucesión de bienes dentro de las elites formadas a partir de las regalías otorgadas a los conquistadores; dejándonos una visión incompleta sobre la cultura criolla, que no permite acercarnos al sujeto indígena y su vinculación con el mundo popular. Por ello, esta revisión histórica será acotada a explicar los mecanismos de la desestructuración y reconfiguración social y territorial que deriva en los pueblos a presentar; el cómo los sectores donde se estudió la alfarería derivan de una larga transformación de los asentamientos indígenas, a través de su paso como encomiendas o pueblos de indios, estancias, haciendas, fundos, y finalmente pueblos donde fragmentos del mundo indígena persisten hoy.

a. La ocupación colonial: la llegada de Pedro de Valdivia a Santiago en 1541 representó un encuentro –o choque– entre dos mundos que generó múltiples reacciones entre los indígenas de la zona: desde el enfrentamiento bélico, la huida a territorios no ocupados por los

españoles, el abandono de la forma de vida sedentaria para convertirse en recolectores²¹, hasta la organización productiva bajo un cacicazgo que tributara al conquistador a cambio de vivir en aldeas organizadas comunitariamente (*pueblos de indios*). También hubo esclavitud y destrucción de los grupos indígenas locales, al incorporarlos como mano de obra en extensas *encomiendas*, por donde los hacían circular de un extremo a otro para labores extractivas de oro y otras faenas; a pesar de lo cual no se puede negar que durante la colonia las encomiendas –que luego constituyeron las típicas haciendas del campo chileno- estaban conformadas principalmente por indígenas, con toda la carga de conocimientos y tradiciones que debieron seguirse reproduciendo al interior del territorio dominado por la cultura hispana.

Luego de los primeros 15 años de enfrentamiento bélico en Chile Central, que desencadenaron la derrota de los aborígenes locales, tanto por *“la desmovilización económica, la migración hacia el sur y la caída demográfica provocadas por la guerra”* (Leonardo León, en Quinteros et al. 2004:148), el territorio que logró controlar el dominio español fue reorganizado por la Iglesia y el Reino de España –con sus huestes militares-, dando origen a diversas formas de cumplir sus propósitos con el indígena, sea a través de *doctrinas* y *curatos* para el fin de evangelizarlo en la religión católica, o a través de las *encomiendas*, *mercedes de tierras*, *haciendas*, *estancias*, *cacicazgos* y *pueblos de indios* para el fin de hacerlo producir tributos para el Reino y sus emisarios, objetivo que era camuflado bajo el de la evangelización.

La *encomienda* fue la primera forma de organización territorial, donde *“el gobernador, en nombre del Rey estaba facultado para repartir, entre sus connacionales las tierras conquistadas y los indios que en ellas habitaban, para que las trabajaran en su beneficio (...) el Rey le “encomendaba” al favorecido evangelizar a los indios y protegerlos, a cambio de que estos pagaran un tributo a sus protectores en bienes o en trabajo”* (Moraga 2002:47). Así, la superficie de terreno a otorgar estaba dada por la densidad poblacional del sector, pues cada indígena inscrito en la encomienda debía rendir un tributo a cambio de la “labor civilizatoria” del encomendero, siendo este último dueño del indio y su descendencia. La primera asignación fue hecha por Pedro de Valdivia en 1544, donde entre una serie de beneficiados, Pedro de Miranda recibió la encomienda de Copequén, que abarcaba una extensa zona, que

²¹ Ver Leonardo León, La merma de la sociedad indígena en Chile central y la última guerra de los Promaucaes. 1541-1558.

comprendía el actual Doñihue y Lo Miranda también²². Otra asignación eran las *mercedes de tierras*, que correspondían menores superficies de terreno, que “a diferencia de las encomiendas, se concedían a título perpetuo transfiriendo su dominio y propiedad” (op.cit.:49). Estas conformaron un poder basado en la tenencia heredable de la tierra y no de indios, que con el correr de la colonia se constituyeron como la más importante fuente laboral de la época, a través de la estancia y la hacienda.

Una institución estrechamente ligada a la encomienda fueron los pueblos de indios, reducciones creadas para “organizar su buen vivir, incentivarlos a llevar una vida más civilizada y procurar su adoctrinamiento a la fe católica” (Quinteros et al. 2004:156), pero que tenía otra intención: “facilitar el cobro de tributos; y aún más, crear las posibilidades y condiciones para que el indio produjese lo necesario para satisfacer ese impuesto que debía pagar al encomendero” (ibíd.). En ellos se otorgaban propiedades a indígenas, tanto a título personal como comunitario, siendo reconocidos como vasallos libres de la Corona de Castilla. Sin embargo, el encomendero seguía ejerciendo propiedad sobre ellos, sea por prestación de servicios personales como tributos, lo que no los hacía libres, quedando más bien “encerrados” dentro del territorio que se les había asignado como propio. De todas formas destaca la posibilidad de organizarse comunitariamente al interior de estas reducciones, con el fin de cumplir sus obligaciones con el reino, incluso produciendo excedentes que permitieran a los indígenas “preservar su autonomía económica, base material de su independencia cultural” (Cepa et al. 2004:14). Tal sería el caso dado a comienzos del siglo XVII (1614-1618), donde pueblos de indios como Rancagua, Copequén, Malloa, Peomo, Pichidegua y Taguataguas –entre otros– “lejos de constituir una economía dependiente, subordinada o rudimentaria, el modo de producción de los naturales aparece como una entidad compleja y refinada que se reproduce entregando frutos, bienes, manufacturas y tributos, a cambio de herramientas, materias primas, ropas, manufacturas y dinero” (ibíd.); logrando así, al interior de espacios creados por disposiciones hispanas, seguir existiendo como grupo. Cabe observar que la zona estudiada presenta una gravitante presencia de pueblos de indios, que son el espacio de dominio hispano que permitía una mayor preservación de tecnologías tradicionales, al dejar a los

²² Lo Miranda tendría su origen en el año 1577, cuando Pedro de Miranda y Rueda, hijo del encomendero Pedro de Miranda traslada su residencia hacia la vereda norte del Cachapoal, producto de la resistencia que generaba entre los indígenas su establecimiento como encomendero (Contreras 2004).

grupos indígenas asentados en un espacio de producción comunitaria, donde lo importante era que entregaran su tributo y se declararan católicos; mientras que la encomienda constituía un espacio de mayor desestructuración, pues mezclaba indígenas provenientes de distintas partes y los movilizaba por todo el territorio según la faena de turno. Localidades como Pueblo de Indios y Copequén poseen una filiación directa con el sistema pueblos de indios.

Vinculado a las encomiendas y pueblos de indios se encuentran los cacicazgos. Estos corresponden a la única autoridad étnica dentro del sistema colonial, una nueva forma de autoridad dentro del mundo indígena, que fue legitimada por la Corona en la medida que ésta lo nombraba, de acuerdo a criterios como *“su educación cristiana e instrucción política, que eran acreditadas por testigos españoles. Las pruebas de sangre, filiación y derechos al cargo también eran importantes y en ella se admitía la prueba testimonial de indígenas (...) gobernar el pueblo en obediencia al rey”* (Carlos Aldunate en Quinteros et al. 2004:160); por lo que se constituyeron en el único interlocutor válido entre las formas de organización indígena y el sistema colonial, que sólo permitía vivir en paz al indio si se sometía a los dos sistemas anteriormente enunciados: *“las autoridades hispanas fomentaron los antagonismos entre los grupos indígenas, a fin de terminar con su poderío, pues ponía en peligro los asentamientos y propiedades hispano-criollas. Aparecieron los caudillos que aglutinaban guerreros de diversos linajes con la promesa de compartir un botín. Como consecuencia, el grupo de parentesco perdió importancia y emergió el «cacique», situación que se aprecia especialmente en el siglo XVIII (Silva, 1998) (...) De esta manera, el cacicazgo (...) contribuyó a reorganizar la comunidad indígena, a establecer un lazo de comunicación y a entregar un tributo al conquistador (Cabeza y Stehberg, 1984)”* (del Río y Tagle 2001).

Paralelamente, y en estrecho vínculo con esta institucionalidad, se desenvolvía la empresa evangelizadora en América, para lo cual fue necesario organizar los contingentes de sacerdotes y misioneros que venían desde Europa, a través de la creación de divisiones socio-territoriales que facilitarían la destinación de sacerdotes según la cantidad de indios, éstas son las *Doctrinas de Indios* y *Curatos*. Las primeras eran *“aquellas comunidades recién convertidas al evangelio cristiano y en las cuales aún no se establecía parroquia o curato”* (Moraga 2002:44). Se situaban donde existían asentamientos indígenas preexistentes y ya conquistados, para asegurar una población fija a la cual evangelizar, pues los sacerdotes solían quejarse de abarcar muchos puntos alejados.

Hacia 1580, ya aparecían doctrinas como Copequén, *Peomo* y *Puchodegua* –entre otras- en las cartas enviadas por el Obispo de Santiago al rey Felipe II de España, sumándose nuevas doctrinas en la medida que la conquista se afianzaba. Recién a fines del siglo XIX aparece el Curato de Machalí y la Encomienda de Cavieres, lo que hace presumir que hubo un asentamiento indígena en dicha zona, incorporado a una doctrina denominada según otro sector, que al ir consolidando su masa de fieles pudo constituirse en una unidad con parroquia y sacerdotes establecidos en un curato.

El surgimiento de la estancia y la hacienda tiene que ver con otros modos de relacionarse con el indígena. Mientras que en la encomienda el indio estaba sujeto a la tierra que era propiedad del encomendero –al ser un bien más dentro de ella- y en los pueblos de indios el deber de pagar tributos los dejaba adscritos a sus tierras, en aquellas el indígena podía movilizarse como trabajador, recibiendo un “pago” por sus prestaciones de servicios. La estancia, que proliferó a partir del s. XVII, se abocaba a labores de ganadería, mientras que la hacienda, más propia de fines del s. XVII en adelante, se abocó a la producción agrícola.

Esto se debe a la evolución histórica de la economía colonial, que hasta el desastre de Curalaba -en 1598- se enfocó en los lavaderos de oro en distintos puntos del país, *“sin embargo, su sobreexplotación y las dificultades que causaba la guerra en el sur, llevó a un pronto colapso de la economía aurífera”* (Quinteros et al. 2004:149), la cual demandaba gran cantidad de mano de obra, obtenida de indígenas forzados por la encomienda, el yanaconaje (traer indios de la zona andino peruana) y la esclavitud de indios “capturados en guerra”. Estos factores, sumados al alzamiento general mapuche, que hizo que los españoles perdieran las tierras al sur del Bío Bío, los obligó a reorganizar sus actividades económicas, generando presiones por los recursos de la zona central, al tener que otorgar regalías a los españoles que huyeron del sur; por lo que se redujo la superficie territorial de los pueblos de indios y las extensas encomiendas, al presentar una drástica pérdida de población aborígen. *“Es así como a finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, la economía chilena se orienta hacia las actividades ganaderas, produciendo mercancías para ser exportadas hacia el Perú”* (ibíd.); los productos exportados eran los cueros y cordobanes, el sebo y el charqui; *“de esta manera comienza a constituirse la gran propiedad rural (...) A su vez, las actividades pecuarias se adaptaban de buena manera a las condiciones de una mano de obra indígena que se encontraba en franca disminución”* (op.cit:150), pues las labores de marcaje y matanza eran de temporada (verano) y el resto del año era sólo pastoreo.

Hacia 1650, la encomienda ya era una institución en decadencia, agudizándose a partir de 1687, cuando un terremoto en Perú –capital del Virreinato español- y sucesivas pestes, hizo que su sistema agrario entrara en crisis, presentando la oportunidad para exportar trigo hacia Perú, volcando progresivamente la economía chilena hacia la explotación agrícola, manteniendo también su vocación ganadera. La hacienda significó una nueva irrupción en el espacio indígena, pues requería de extensos territorios que se intervenían de manera permanente, no como las tierras de pastoreo de la estancia, donde el indígena tenía acceso a una diversidad de productos y materias primas, base de un modo de subsistencia que hacía un *aprovechamiento múltiple del ambiente natural* (ibíd.). Así, los pueblos de indios conservaron sólo los territorios con muestras visibles de ocupación (obras de regadío, viviendas, cultivos, presencia de ganado, etc.), perdiendo los destinados a recolección y caza, parte integral de un modelo cultural autóctono de subsistencia, que había sobrevivido la destructiva relación con la cultura hispana. Ya a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, los pueblos de indios se encuentran en decadencia, debido a la reducción de su población, que muchas veces era trasladada a la haciendas de encomenderos, perdiendo superficie sus territorios - que eran otorgados según el número de población indígena-, provocando el ingreso de población mestiza, española o de peones migrantes mapuches (no encomendables) a los espacios vacantes. Al correr el tiempo, la base sobre la cual se asentó el campesinado de la zona central fue la hacienda.

De la evolución de estas instituciones coloniales podemos efectuar una serie de observaciones respecto a la persistencia de la cultura indígena en la zona, que se relacionan con la pérdida de etnicidad y la consiguiente *invisibilización del indígena* desde fines de la colonia en adelante, vale decir, *nuestra* incapacidad de ver al sujeto indígena como parte integral de la conformación histórica e identitaria de la zona central.

Los llamados *promaucaes* –denominación incaica que significa “rebeldía” o “barbarie”- se vieron enfrentados a un duro proceso de desestructuración cultural, como pudimos apreciar anteriormente, donde las opciones no violentas de seguir habitando el territorio se redujeron al sometimiento a la violencia del sistema hispano, que no respetó sus formas de organización socio-territorial (el lof y sus redes de parentesco asentados de manera dispersa) ni sus formas de subsistencia y ritualidad. Sin embargo, el territorio era extenso y por ende difícil de controlar. Además, lo que los conquistadores requerían del indígena era una masa trabajadora, por lo que su desestructuración se centró en los elementos

que fortalecían su autonomía: sus redes de parentesco, su control territorial y su ritualidad, no teniendo mayor relevancia intervenir facetas más cotidianas de su cultura, como sus tecnologías de subsistencia, las que se vieron indirectamente afectadas, al perder la libertad de decidir para quien, cómo y qué producir. En este contexto fue desapareciendo el auto-reconocimiento del indio como perteneciente a alguna etnia²³, no sólo por el sistemático esfuerzo hispano por disolverlos como grupo, sino que también porque no era conveniente declararse indígena, al quedar expuestos a ser adscritos al territorio de una encomienda o pueblo de indios, siendo más conveniente, durante la colonia, ser mestizo.

Sin restar valor a los numerosos estudios de mestizaje en la zona central, es necesario resaltar que lo que hace que un sujeto se reconozca como parte de una cultura, reproduciendo sus elementos como “representativos” a través del tiempo, va más allá de ser hijo o no de españoles e indios, es una categoría social, que se determina según el contexto histórico. Si comprendemos que el ser indígena es una categoría *étnica*, una manera de autodefinirse como parte de un grupo y no de otros, podemos ver que en la zona central la visión del mestizaje acelerado tendría más que ver con la inconveniencia de reconocerse indio bajo el sistema colonial que con una efectiva pérdida de elementos culturales; sumado al hecho de que las fuentes de la historia colonial son documentos emitidos por el agente dominador, a quien no le importaba reconocer la diversidad étnica de la zona, asignando uniformemente el apelativo de *Promaucae* a los aborígenes del territorio, exceptuando a los indios *Taguataguas*, que era la única autodenominación registrada, pues los demás indígenas sólo reconocían sus antepasados hasta 3 generaciones atrás y de dónde provenían originariamente –aunque hubieran nacido dentro de encomiendas- (del Río y Tagle 2001). Hacia el siglo XVII pierde uso el término *Promaucae*, siendo reemplazado por el de *Picunche* a partir del siglo XVIII, denominando los grupos indígenas según la encomienda o pueblo de indios de donde venían.

Las posibilidades de supervivencia de elementos culturales originarios entrando ya al periodo republicano también se ven respaldadas por evidencias de dos casos que escapaban al sistema colonial: la presencia de los indios cordilleranos o *Chiquillanes*, y los *sujetos indígenas*

²³ En Chile Central, no así más al sur, donde en el siglo XVIII se consolida un proceso de etnificación, donde diversos grupos indígenas, que compartían un sustrato cultural común, se unieron social y políticamente bajo la autodenominación de *Mapu che*, “gente de la tierra”. Ver **Boccaro, Etnogénesis Mapuche: Resistencia y Reestructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVII-XVIII)**. En *Hispanic American Historical Review*.-- Vol. 79, n 3 (aug. 1999).

autónomos. Los primeros corresponden a grupos que *“se asentaban en la región del río Diamante, en Argentina frente al nacimiento del Maipo, Cachapoal y Tinguiririca (...) Incursionaban por los pasos cordilleranos hacia la vertiente occidental donde fueron vistos por los cronistas que los describieron”* (Madrid, en del Río y Tagle 2001). En ellos destaca la posibilidad de subsistir al margen de los centros de dominio europeo, valiéndose de su recabado conocimiento ambiental. Los indígenas autónomos también se encontraban fuera del sistema de encomiendas y de pueblos de indios, *“eran sujetos que se habían fugado de los pueblos de indios, que se encontraban evadiendo el tributo a los encomenderos o que rehusaban el servicio personal. Estos sujetos desarrollaban actividades económicas de manera independiente, que se desenvolvían al margen del trabajo de las haciendas, y no se pensaban a sí mismos como parte de las reservas del ejército de mano de obra errante”* (Quinteros et al. 2004:155), habían arrendado tierras a españoles, generando y heredando recursos sin tributar al régimen hispano. Aparecen registrados en pleitos defendidos por el Protector de Naturales del Reino ante la Real Audiencia durante el siglo XVIII –muchos de ellos de la encomienda de Tagua Tagua-, donde los encomenderos exigían su propiedad, mientras los imputados alegaban *“ser habido y reputado por hombre libre y no sujeto a servidumbre alguna”* (op.cit:183), incluso declarándose mestizos para conservar su libertad, pues *“renunciaron a su condición de indio sujeto que el estatuto jurídico de la monarquía definía para ellos, para dedicarse a desarrollar sus vidas como mejor les pareciera, aunque por ello sufrieran palos y cárcel (...) podemos afirmar que la tendencia a fugarse de los pueblos, y la resistencia a ser sometidos a encomienda, es una opción deliberada y conciente, donde juegan un papel importante estas actividades económicas que permiten a los hombres y mujeres indígenas sustentar su vida, relacionándose con las estructuras económicas y sociales, ya no como sujetos subordinados, sino como hombres económicamente autónomos”* (op.cit:181).

b. La República de Chile: como es bien sabido, a partir de 1810 se inicia la larga lucha por la independencia de Chile respecto al Imperio español, lo cual devino en sacar del poder a la elite hispana, para ser ocupada por la incipiente elite criolla –que debemos recordar era de procedencia hispana, pero nacida en territorio americano-. En todo el tiempo que lleva la historia de Chile como país independiente, con sus innumerables cambios políticos, sociales y culturales, los eventos que efectivamente produjeron grandes transformaciones en la forma de vivir y trabajar en los campos de la zona central fueron dos: la Reforma Agraria (1962) y la Nueva Ruralidad (1973-1990 en adelante).

En lo sustancial, la forma en que se organizaba el territorio de la cuenca no cambió mayormente, la antigua encomienda fue abolida en 1791, dando paso a subdivisiones en las que quedaban a la fecha, reagrupándose en nuevas propiedades muchas veces, que sumándose a las subdivisiones producidas durante la colonia, dieron origen al sistema de latifundio y minifundio, donde para el primero el sistema de trabajo fue básicamente el mismo que el de la estancia y hacienda, mientras que para el segundo el sistema fue similar al del pueblo de indios (producción de múltiples recursos para autoconsumo, además del desarrollo de pequeñas industrias artesanales). Aquí se consolida el sistema de inquilinaje, que se constituye en un rasgo característico de la historia de América Latina hasta mediados del siglo XX (aprox.), que en términos simples era un sistema cuasi feudal, donde el hacendado ofrece la concesión de una vivienda y otras regalías (pagos monetarios, préstamos, tierras para cultivo u otros recursos) a cambio de mano de obra en las distintas faenas propias del quehacer agrícola tradicional. El inquilino formaba su familia en los fundos, destinando su descendencia tanto al cumplimiento de labores para el patrón, como en una economía de subsistencia que complementara el exiguo ingreso del jefe de hogar.

Reforma Agraria: al terminar el dominio hispano en Chile, la situación de extrema desigualdad no cambió, pues se había formado una clase terrateniente que concentraba la mayor parte de la tierra, quedando una inmensa mayoría de personas sin acceso a ella, obligada por tanto a emplearse en los latifundios, en las incipientes ciudades y posteriormente en los campamentos mineros o las escasas industrias nacionales. La situación de desigualdad en el campo generaba condiciones de suma pobreza, que el minifundio tampoco podía paliar, pues constituía más bien núcleos de producción familiar, que no podía dar empleos a los muchos campesinos sin tierra.

Durante el siglo XX, especialmente desde la década de los 20 en adelante, los movimientos migratorios desde el campo a la ciudad se hacen masivos, en busca de mejores condiciones de vida; lo que paradójicamente ocasionó graves problemas de marginalidad urbana, que cíclicamente rompía en conflictos sociales demandando por mejores condiciones laborales, de vivienda, alimentación y salud, situación que se suscitaba en diversos puntos del planeta, producto de la transición de sociedades tradicionales a un modelo de capitalismo industrializado, haciendo ploriferar el descontento social y movimientos que propugnaban distintas maneras de transformar la situación; dentro de las cuales se encontraba la expropiación de la gran propiedad agrícola para incorporarla a un sistema estatal, que distribuyera equitativamente tanto

trabajo como riqueza (movimiento Maoísta de los años 60' por ej.). Ante este panorama, fueron muchos los países de occidente que buscaron una salida no revolucionaria a los previsibles conflictos que podían ocurrir en sus respectivos países, postulando entonces la necesidad de realizar un proceso de redistribución de tierras para superar las tensiones y conflictos, sólo que guiado por el propio estado, no por la sociedad civil, garantizando que se hiciera de forma paulatina y parcial; en el fondo sin desintegrar por completo el tejido de la propiedad rural desigual, sino que sólo hasta un punto que permitiera apaciguar a los campesinos en conflicto.

En Chile, el año 1962, durante el Gobierno de Jorge Alessandri se inicia este histórico paso, con la Ley N° 15.020 de 1962 y la Ley N° 16.640 de 1967 (Frei Montalva), que crea la Corporación para la Reforma Agraria (CORA), comenzando a expropiar terrenos de fundos considerados excesivamente grandes, apoyándose en el argumento de que no estaban siendo aprovechados eficientemente por sus propietarios, afectando la economía agrícola nacional; que proyectaban mejorar a través de la asignación de tierras a distintos campesinos, quienes las harían productivas con el apoyo financiero del también creado por ley Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), que fomentaba el desarrollo tecnológico del campesinado chileno. La expropiación de tierras desestabilizó aún más la situación del campo, produciéndose a la par de las expropiaciones, numerosas parcelaciones y ventas de fundos, los que prontamente fueron incorporados al desarrollo urbano local, obras viales, o quedando disponibles para futuros compradores.

Dentro del clima en la época de los 60-70, donde las presiones por solucionar problemas de vivienda y tenencia de tierras eran crecientes, generándose tomas de terrenos para la edificación de poblaciones para la siempre creciente cantidad de campesinos que migraban desde sus haciendas de origen a pueblos y ciudades; la vida del minifundio no parece mostrar mayores transformaciones, salvo su creciente subdivisión para dar cabida a familiares de su núcleo más directo, conformando pueblos y poblaciones en sectores antiguamente rurales, reduciendo la superficie productiva de sus predios, viéndose los hombres muchas veces obligados a trabajar como asalariados en fundos aledaños, sin la concesión de vivienda dentro del fundo por inquilinaje, manteniendo entonces su propiedad y desarrollando su familia labores que complementen o en algunos casos constituyan el ingreso familiar, tales como las típicas industrias artesanales de alimentos (chicha, chacolí, higos secos, quesos, etc.) u otros (telar, talabartería, zapatería, alfarería, cestería, cantería, etc.).

A partir del Golpe de Estado de 1973, el proceso de Reforma Agraria es paralizado y los organismos estatales encargados de su ejecución son desmantelados, restituyendo en muchos casos las tierras a hacendados expropiados anteriormente (contrarreforma), permitiendo la concentración de tierras a grandes inversionistas nacionales o extranjeros, y reorganizando INDAP. Durante este periodo, el país explícitamente se abre paso a un nuevo modelo económico, el Neoliberalismo, que propugna derribar las barreras estatales al Libre Comercio (producción sin subvenciones estatales de ningún tipo, entrada de capitales extranjeros para actividades productivas en Chile) para lograr el desarrollo económico; lo que se traduce en un sistema estatal que poco a poco va restando todas las garantías sociales (de salud, vivienda, condiciones laborales, equilibrio del medio ambiente, etc.) para lograr abaratar costos de producción y hacerse atractivo para la inversión extranjera; también al ir privatizándose las numerosas empresas controladas por el estado éste queda sin recursos para desarrollar planes sociales adecuados, dejando en manos de privados la obtención de recursos y servicios básicos para la población. La apertura del país a los mercados internacionales, desde el Régimen Militar en adelante, significa su entrada a la era de la Globalización del Capital: la concentración de la riqueza en conglomerados económicos transnacionales, pertenecientes a las potencias del “Primer Mundo”, quienes controlan lo que debe producir el resto del mundo; suscitando entre otros cambios, desde la década de los 80 hasta estos días, el escenario de la Nueva Ruralidad²⁴ en el campo chileno.

Nueva Ruralidad: En la zona estudiada se da el giro desde una agricultura tradicional de hortalizas, cereales y leguminosas hacia una *“orientada a la producción de rubros hortofrutícola de exportación, utilizando tecnologías de punta que requieren escasa y calificada mano de obra, basada en relaciones laborales de carácter temporal y con un fuerte componente de feminización”* (Hernández, 2005). Esto plantea una nueva dinámica para las zona estudiada, en su mayoría formando parte de pueblos surgidos a partir de la pequeña propiedad rural, donde el polo de desarrollo económico ya no se encuentra dentro de sus predios, ni en fundos que dan trabajo a los hombres, sino que en grandes industrias agroalimentarias (viñas y frutales pertenecientes a conglomerados transnacionales) donde las mujeres pueden emplearse por temporadas,

²⁴ Este concepto alude a las múltiples transformaciones del mundo rural que en distintos puntos del planeta se están generando a partir de la Globalización, que varían según condiciones específicas de las localidades, y de la manera en que irrumpe en ellas el capital.

lo que desincentiva la producción de cualquier industria casera, dependiendo ahora de la rentabilidad de la producción tradicional realizada la decisión de seguir practicándola o buscar otras alternativas laborales, cambiando el panorama de la conformación familiar y del trabajo doméstico. Junto a esto, la transformación de sociedades tradicionales según los numerosos estímulos (ideológicos, comerciales, etc.) que ofrece el nuevo contexto –fuertemente permeado por los medios de comunicación- hace difícil conocer en la actualidad las motivaciones que los habitantes de estas localidades en general tengan respecto a seguir reproduciendo sus conocimientos tradicionales, pues lo local ya se encuentra fundido con lo global. Los poseedores de saberes que por años se reprodujeron al interior de la pequeña propiedad rural se encuentran en una encrucijada: o reproducen elementos culturales propios de un modo de vida que ya no existe, o dejan de practicarlos para dedicarse a otras labores, borrándolos de sus vidas conforme el tiempo pasa y practicarlos se hace económicamente insostenible, ¿pueden haber otros motivos para seguir reproduciendo sus tradiciones?.

2.3 Los últimos alfareros: 1863-2007

Esta sección está dedicada a presentar a los últimos alfareros de los que se tiene registro en la cuenca del río Cachapoal²⁵, dando cuenta -a partir de los relatos de nuestros entrevistados- del contexto social y económico de las localidades a las cuales pertenecen o pertenecían. En el resto del libro se trabajarán los diferentes aspectos del oficio (técnicas, estilos y aspectos sociales relativos a la producción cerámica) de manera general, pues permite dar una visión unificadora de la gran cantidad de información obtenida; por lo cual corresponde aquí dar cuenta del alfarero en su dimensión personal, haciendo visibles a los creadores de las lozas que estudiamos. No contamos con antecedentes biográficos sobre todos ellos, pues algunos tenían una menor cercanía espacial y de parentesco con nuestros entrevistados, por lo cual el énfasis en alusiones de unos en desmedro de otros será compensado con la contextualización del escenario social del sector donde se desarrollaron indistintamente todos los alfareros, usando sólo como ejemplos los antecedentes biográficos existentes.

²⁵ Durante la investigación hubo alusiones a alfareros que no se encontraban en nuestra muestra y que no pudimos incorporar, por lo cual –tal como lo comentamos en la presentación-, los casos estudiados no representan a la totalidad de alfareros existentes en la zona, pudiendo complementarse este primer estudio con futuras investigaciones. Las alusiones corresponden a tres alfareras de Coya (sector Hacienda Perales, Chacayes y Manzanar), una de Hacienda Coligües, alfareros de otro sector de Copequén (Coinco) y a ollas grandes y tinajas provenientes de Malloa y Pichidegua.

El orden en que presentaremos las localidades está dado por la altura en que éstas se encuentren ubicadas respecto al curso del río Cachapoal, que es el orden del camino que siguen las arcillas, acumulándose y filtrándose por los cerros hasta alcanzar variados puntos de la cuenca.

Machali²⁶

Sector	Nombre	Fecha nac.-def.
El Pantano	Cavieres Domitila	1863-1953
El Pantano	Cavieres Sabina	1954
El Pantano	Cerda Moreno Amelia Rosa	1954
El Pantano	Devía Silva José Enrique	<i>con vida</i>
El Pantano	Gutierrez Dora	s/r
El Pantano	Gutiérrez Matilde	1990
Hacienda Perales	López Peña María de la Cruz	1892-1947
Hacienda Sanfuentes	Matilde	1945 (aprox.)
El Pantano	Moreno Vargas Beatriz María	1866-1966
El Pantano	Moreno Elvira	s/r
El Pantano	Moreno Raquel	1975
Pob. Santa Teresa	Pozo Ana ²⁷	1976
El Pantano	Silva Silva Consolatriz	1865-1955
El Pantano, Barros Negros, El Guindal	Silva Tránsito	1891-1978

Tabla n° 1. Total Alfareros (tradicionales): 13. En letra remarcada el único alfarero con vida de la comuna. En la mayoría de los casos sólo se obtuvo la fecha de defunción, pudiendo hacerse aproximaciones de fecha de nacimiento gracias a datos aportados sobre la edad de los alfareros o los entrevistados en relación al alfarero. S/r significa que no se encontraron referencias.

Los sectores donde se hizo alusión a la presencia de alfareros tradicionales son Hacienda Perales, El Pantano, Hacienda Sanfuentes, Barros Negros y El Guindal, donde los dos primeros corresponden a verdaderos focos de producción, pues las alusiones a Barros Negros y El Guindal corresponden a una sola alfarera con sus hijos, Tránsito Silva, quien aprendió el oficio en El Pantano ya de adulta; mientras que en la Hacienda Sanfuentes sólo vivía una locera, Matilde, de quien no se tienen mayores referencias y al parecer no dejó alfareras trabajando en el sector, por lo cual empezaremos hablando de los 2 principales focos de alfarería para la comuna:

²⁶ Se agradece a la historiadora Celia Baros por su aporte investigativo sobre la comuna.

²⁷ Para efectos de esta investigación no se utilizaron datos referentes a Ana Pozo, pues a pesar de insertarse plenamente dentro de los rasgos técnicos y estilísticos descritos, a través de las entrevistas supimos que no era originaria de la zona, había llegado desde Los Andes siendo ya anciana, por lo cual se excluye de nuestra muestra. De todas formas fue incorporada al recuadro junto a los demás por representar otro referente de alfarería con técnicas tradicionales de tipo indígena.

La Hacienda Perales –parte de ella conocida hoy como Fundo Santa Magdalena- se ubicaba en Coya, abarcando en su territorio paisajes precordilleranos y de cordillera, algunos “potrereros” que hoy en día conforman el espacio del pueblo de Coya, en lugares como la Población El Álamo y Bellavista, y espacios cordilleranos que llegaban hasta el límite con Argentina. El fundo diversificaba su producción en diferentes rubros, desde la producción de miel en colmenares, la ganadería de vacunos y corderos, la producción de leche, y los frutales como manzanos, perales y nogales; para lo cual organizaba el trabajo bajo el típico modo de producción hacendal: con familias de inquilinos que pagaban con mano de obra de uno de sus miembros el derecho a cuarto de tierra en el fundo, recibiendo además regalías como un sueldo mensual y raciones diarias de comida, tal como se relata a continuación:

“[A]ntes no se usaba mucho la comida, porque la comida la iba a dejar el cantinero; el cantinero era una casita que la llevaban con bueyes, y ahí le llevaban hecho el poroto, porque todos los días le llevaban porotos a la gente, entonces iba el cantinero, y la gente salía con sus ollitas, recibían su comidita, se sentaban, ponían ahí sus tachitos, porque tomaban té” (Victoria López, Coya).

Como el salario que recibían era muy bajo, la economía familiar debía complementarse con otros trabajos realizados dentro del núcleo doméstico, como la horticultura y ganadería de autoconsumo, o alguna otra labor especializada o esporádica, como la preparación de comidas y bebidas, el lavado de ropa para terceros, alojamiento de pensionados, o la confección artesanal de tejidos, aperos o utensilios de cocina. Es en este mundo donde María de la Cruz López Peña (1892-1947), oriunda de Machalí, llega desde Sewell con su esposo Juan Zamorano Tamayo, quien al llegar al fundo se desempeñó en labores esporádicas de cuidado de colmenas, construcción de pircas y confección de carbón vegetal. María López trabajó como cocinera del fundo, en telar y alfarería; esto último lo aprendió de una mujer -de nombre desconocido- que habitaba en la hacienda, zona donde se relata que existían más alfareras, en el sector Manzanar y Chacayes, cuyo número era tan escaso que no alcanzaba a darse competencia para comercializar sus productos. Las piezas que producía eran exclusivamente utilitarias, correspondiendo a la tecnología antiguamente usada en el campo para cocinar: platos, callanas para tostar harina, ollas para los porotos y charquicanes, fuentes pasteleras, y librillos para cocinar o lavar loza; los que iban a buscar a su casa desde diferentes rincones del interior y exterior de la hacienda, generalmente por compra directa, cuando no mediante intercambio por harina y verduras o fiados hasta el día de pago mensual

de la hacienda, fecha donde se encontraban todos los inquilinos, se abastecían y se cancelaban deudas.

María López falleció a los 55 años, sin que ninguno de sus hijos siguiera el oficio; pocos años después comenzó la decadencia del fundo, que luego de una serie de sucesiones y administraciones desastrosas, se fue subdividiendo para ser vendido por potreros o arrendado para fines metalúrgicos o de talaje para ganaderos, perdiéndose sus labores productivas, forzando a sus inquilinos a emigrar. Actualmente no existen indicios sobre la práctica de alfarería tradicional en algún otro punto del sector, perdiéndose por lo tanto hacia el año 1947 el registro del oficio para Coya.

El Pantano es un sector situado en el pueblo de Machalí, en el lado sur, a un costado del camino que lleva al sector El Cajón. Lo atraviesa un canal cuyas recurrentes crecidas inundaban sus calles, originando su nombre en los barriales que ahí se formaban:

“Pantanito era un barrio, igual que ver esa foto ahí (pintura de paisaje rural) con álamos en toda la calle hasta el final allá arriba, y de tierra, las acequias eran abiertas, si por algo se llamaba Pantanito, porque la acequia tenía salida de los sitios, salían a la calle, pasaban las carretas, los carretones, todo eso, entonces el agua, con las acequias se juntaba el barro, así que uno tenía que ir saltando las piedrecitas, por la orilla de las zarzamoras pa no embarrarse, si por algo le llamaban Pantanito, si era todo un barrial (...) y era todo un moral” (María Inés Castro, El Pantano).

Los registros biográficos más antiguos respecto a los alfareros hunden sus raíces a fines del siglo XIX, periodo en el cual Machalí era una pequeña aldea basada en el comercio de abarrotes y la práctica de la agricultura de cereales y hortalizas a pequeña escala, regadas a través de un sistema de canales (Aránguiz et al. 1991). La zona combinaba la presencia de gran propiedad hacendal en espacios circundantes al pueblo, y la pequeña propiedad al interior de éste, como es el caso del sector El Pantano, donde se desarrollaban actividades de agricultura de autoconsumo (hortalizas, trigo, maíz, papas) y producción de chicha, chacolí y aceitunas (autoconsumo y venta). El periodo de máximo auge registrado en la alfarería de la zona corresponde a los años 1930-1960, coincidiendo con un periodo de gran auge económico a nivel comunal, debido a los aportes a las arcas municipales que debía efectuar la minera cuprífera privada Braden Cooper & Co., y a la duplicación del número de pobladores en la comuna, dado por el asentamiento minero de Sewell, lo cual le dio un dinamismo socioeconómico inusitado al pueblo, al constituirse como un importante centro recreacional para

visitantes de Sewell, Rancagua y Santiago incluso, contando con un cerro para dar paseos, una piscina, hoteles, un generador local de luz eléctrica (antes del año 1944, cuando se instala la central de Endesa en Sauzal), y hasta una “zona de tolerancia” a los pies del Cerro San Juan.

Dentro de este contexto El Pantano era un sector muy pobre, de “gente antigua” que vivía en casas de quincha. Al parecer este era un barrio de loceras, donde algunas de sus familias venían desarrollando el oficio por generaciones “*había muchas señoras que trabajaban en eso, otras veían la suerte*” (Silvia Núñez, El Pantano). “*Ellas aprendieron a hacer la loza (...) aquí, en esta parte, en este barrio, nunca vino una persona más inteligente o una persona mayor a enseñarles, aprendieron entre la familia*” (Andrés Caviedes, El Pantano). Destacan las hermanas Domitila y Sabina Cavieres Cavieres (1863-1953 y 1954 respectivamente), quienes -como era la usanza entre los vecinos el trabajar en la calle- cocían su loza ahí “*en el callejón, en una esquina pública*” (Andrés Caviedes). Otra familia de loceras originaria del sector, era la de Beatriz Moreno (1866-1966 aprox.), madre de Raquel Moreno (1975), Elvira Moreno (s/r), y Amelia Cerda (1954); quien fue muy longeva y además enseñó a gente del sector. La primera de las hijas se fue a Caletones al casarse, dejando de joven el oficio, las demás continuaron, pero sus hijos prefirieron otras opciones laborales, empleándose incluso en otras ciudades, como Silvia Núñez, hija de Amelia Cerda, quien siendo muy joven prefirió migrar a Santiago a trabajar.

Hubo otras alfareras en la zona, de quienes se tienen referencias incompletas, como la señora Dora Gutiérrez, de El Pantano, o la señora Matilde, ancianita del sector Hacienda Sanfuentes, de quien se relata hacía jarros con forma de pato, estimando que vivió hasta el año 1945 (aprox.). Otra familia alfarera del barrio fue la de Consolatriz Silva (1955), oriunda de la hacienda de San Joaquín de Los Mayos, quien aprendió el oficio ya siendo adulta, al llegar al vivir a El Pantano, transmitiéndolo a su hija Tránsito Silva (1891-1978), quien siendo oriunda de San Joaquín de los Mayos, efectuó un largo recorrido por distintos lugares de la comuna, pasando por Caletones, Tejas Verdes, Gultro, El Pantano, Barros Negros, El Cajón y El Guindal, lugar donde finalmente se estableció con una casa propia, obtenida gracias a una toma de terrenos efectuada por familias campesinas, que migraban de sus haciendas de origen durante los años 70'. Tránsito Silva aprendió la alfarería durante su estadía en El Pantano, llevando el oficio consigo por los demás lugares donde vivió, junto a otras dos habilidades que desarrolló paralelamente, la de partera y santiguadora; famosa por esta última, siendo buscada desde distintos lugares para labores como “quebrar el empacho”:

“[E]lla les ponía ceniza en la cola y después les tiraba el pellejo pa arriba, y si les sonaba es que estaba empachado, y si no, es que no estaba empachado (...) santiguaba, era partera, hacía trabajos de greda” (Luciana Gutiérrez, sobrina-nieta de Tránsito Silva).

Como muchas de las alfareras estudiadas, cargaba además con el cuidado de sus ocho hijos, de los cuales fallecieron cinco siendo niños, llegando a adultos sólo José Devia (hijo de su primer esposo Orlando Devia Cabezas), Víctor Tejeda (hijo de Manuel Tejeda, posterior pareja con quien vivió en Barros Negros) y Juan Jaque. Es José Devia el último alfarero con vida a la fecha en la comuna de Machalí, quien a pesar de colaborar activamente con el trabajo de su madre, no aprendió a trabajar en loza hasta que era adulto, cuando producto de un accidente estuvo un tiempo sin poder trabajar como albañil, enseñándole entonces su madre la alfarería. Actualmente vive con su esposa en la calle La Higuera, camino al Cajón de Machalí, produciendo piezas como tinajas y maceteros grandes, pues señala son los únicos que se venden en estos tiempos; su esposa se ve recurrentemente en las ferias costumbristas de la región, comercializando los productos de su esposo, pero aparte de ella, no cuenta con más ayudantes en su trabajo, por lo que no hay herederos del oficio en su línea familiar.

Doñihue

Sector	Nombre	Fecha nac.-def.
Paradero 1, Lo Miranda	Achurra Suárez Luis	1989
Rinconada	Carrera María	1967
Rinconada	Cruz	s/r
Paradero 1, Lo Miranda	Díaz Lobos Dominga	1879-1959 1974
Paradero 1, Lo Miranda	Fuentes Filomena	1885-1960 (aprox)
Rinconada	Jaña Rosa	1977
Paradero 1, Lo Miranda	Lobos Jesús	1918
Paradero 1, Lo Miranda	Padilla Elena	s/r
Rinconada	Pérez Clara	1963
Rinconada	Soto Elisa	1946
Rinconada	Soto María Hortensia	1961
Paradero 1, Lo Miranda	Valencia Ester	1918-1992

Tabla n° 2. Total alfareros: 12. Ninguno se encuentra con vida a la fecha.

En esta comuna se reseñaron dos focos de producción alfarera: Rinconada de Doñihue y el pasaje Juana Reyes, a la altura del Paradero 1 de Lo Miranda, sectores donde independientemente se desarrolló el oficio. En ambos casos se trata de localidades de pequeña propiedad rural, donde los alfareros eran dueños de las tierras, tal como lo habían sido por generaciones sus familias; desempeñándose sus habitantes

principalmente en las haciendas aledañas, en comunas como Coltauco, Coinco o Alhué, además de la horticultura de autoconsumo en sus predios, y la producción casera de chichas, chacolí, aguardiente, aceitunas, u otras confecciones artesanales, como la alfarería, la cual vendían desde su domicilio o a comerciantes mayoristas de Rancagua y Doñihue. El centro de Doñihue era un sector de gran dinamismo económico para toda la zona, punto neurálgico de abastecimiento de abarrotes y todo tipo de especies para las haciendas de las comunas colindantes, además de un visitado centro recreacional tanto para gente de las haciendas como para los rancagüinos de la época:

“[P]ucha, tan solo con los tragos que se hacían, ¡buuuu!, Rancagua se vaciaba aquí los sábados y domingo, se quedaban hasta a alojar, a campo lindo porque se curaban todos (...) el negocio era grande, bombas de bencina de la Esso, bencina, parafina, petróleo y todos los aceites para los arados, para los tractores, para los autos y para los camiones que siempre hubo acá en Doñihue, porque en la calle, era la casa principal; el fierro, pernos, chapas, martillos, herramientas, abarrotes por mayor, por menor; tienda, porque era representante de varias fábricas; repuestos de vehículos, así que era más o menos importante el negocio” (Aquilés Carrasco, comerciante de Doñihue).

En este contexto, que mezclaba una agitada vida económica en el centro, con zonas menos dinámicas, donde si bien existía la tenencia de tierra, sus propietarios tenían que dirigirse a otros polos de desarrollo para trabajar, se heredó el oficio de alfarero, viviendo muchos de ellos en condiciones de suma pobreza. En Lo Miranda, si bien todos -excepto Luis Achurra- pertenecen a antiguas familias del sector, sólo se detectó una familia que originalmente trabajó en el oficio, la de Jesús Lobos (1918), cuya hija Dominga Díaz Lobos (1879-1959) alentaba a sus vecinas a aprender alfarería como una fuente laboral, pasando largas tardes trabajando en su compañía; de ellas, siguieron haciendo loza las señoras Elena Padilla (s/r), Ester Valencia (1918-1992) y Filomena Fuentes (1885-1960), cuyos hijos no aprendieron. A pesar de que la señora Dominga tuvo 13 hijos en su matrimonio, ninguno de ellos siguió en alfarería, siendo uno de sus hijos adoptados quien prosiguió el oficio, Luis Achurra, traído de niño desde Rancagua en uno de los numerosos viajes que hacía la señora Dominga para comercializar loza, huevos, frutas y flores por la ciudad; quedándose a vivir con ella y posteriormente solo, pues no formó familia, era alcohólico y murió joven:

“[Y]o estuve varias veces ahí con ese loquito, que era, no sé como tenía tanto talento ese hombre, haberse dedicado, le daba un tono maravilloso,

ese negro, ¡curao!, vendía montones, dos o tres meses, y el resto otros dos o tres meses tomando, si no comía él” (Aquiles Carrasco, Doñihue).

A juzgar por los relatos de nuestros entrevistados y la observación directa de algunas de sus piezas, podemos afirmar que la más loza más finamente trabajada de toda la zona estudiada es la de Luis Achurra, tanto en su confección -de paredes delgadas y regulares-, como en la calidad del pulido en engobe rojo, hecho por el cual su afamada producción era solicitada por comerciantes mayoristas que la compraban en camionadas. Destaca además, por el hecho de ser un alfarero hombre y por no ser originario de la zona. Más allá de su alcoholismo, se le recuerda como un hombre alegre, cuyo trabajo concitaba curiosidad para los niños y vecinos del sector, *“era bien conversador, era bien alegre, lo único que no le gustaba enseñar”* (Alberto Vergara, Lo Miranda). Murió en 1989, sin dejar nuevos cultores; ya en 1992 se terminó la producción alfarera del sector Lo Miranda, con la muerte de Ester Valencia (1918-1992), vecina que aprendió el oficio para mantener a sus diez hijos, de los cuales ninguno quiso seguirlo.

Aledaño al centro de Doñihue se encuentra Rinconada, antiguo sector de pequeña propiedad rural, donde se señalan tres familias que poseerían originalmente el conocimiento, y luego lo transmitieron a vecinas y niños: Elisa y María Hortensia Soto (1946 y 1961 respectivamente), la señora Cruz (s/r) y María Carrera (1967). Cruz, habría enseñado a su hija Clara Pérez (1963), y posiblemente a Rosa Jaña (1977), mientras que María Carrera era llevada a la escuela del sector a enseñar alfarería a los niños, desconociéndose si alguno de ellos prosiguió en el oficio. Ella desarrolló otras dos habilidades junto a la alfarería, la de poeta popular y partera:

“[E]ra analfabeta esa señora, totalmente, y era poeta, y era matrona, múltiple, de los grandes ahí, matrona y alfarera, (...) pero era impresionante esa señora, llegaba y me decía “oiga, usted que es leído, léame algo que quiero saber del nacimiento de Jesús, la vida, los reyes magos y todas esas cosas”, buscábamos la Biblia y leíamos, “ya, ahora sí, que me leyó todo me toca a mí” –decía la señora-, y me decía de inmediato versos con métrica y con rima pero ¡lindos!, pero con palabras de campo eso sí (...) ese canto solo es un canto muy latigudo, aburridor, cansador, pero bueno, a ellas les encantaba, a lo Divino, cantaban en los funerales de las guagüitas, cuando tenían fiesta, en las misas, esas ceremonias de ellos, los cumpleaños, todas esas cosas” (Aquiles Carrasco).

Las piezas que producían las loceras formaban parte de los artefactos de cocina típicos del campo: callanas para tostar harina y hacer cabritas,

fuentes, se usaban tinajas para preparar el chacolí, también para guardar cosechas de granos, ollas para hacer porotos y charquicanes, para desaguar aceitunas. También producían piezas de tipo decorativo, como figurillas de animales, de personas o de utensilios domésticos, como la “cocina moderna”: *“la María Carrera me trajo en alguna oportunidad la cocinita moderna que a ellos les llamaba mucho la atención, con las ollitas chicas, todo de greda, pero precioso”* (Aguiles Carrasco).

Hacia los años 70 la producción cerámica en toda la zona decae, lo que según sus habitantes es relacionado con la muerte de las loceras, la competencia con el plástico, e incluso las frecuentes salidas del río Cachapoal en sus crecidas, que inundaba los predios con lodo y rocas, afectando las casas, que solían ser de quincha o adobe, afectando a su vez la afluencia de visitantes. Otra visión aduce que con la llegada del Régimen Militar la situación económica del sector se deprimió, por lo que mucha gente se vio forzada a buscar trabajo en otros lugares, perdiéndose entonces la sucesión en el oficio (Alberto Vergara), lo cual adquiere sentido si consideramos que la generación que debió heredar el oficio corresponde a los jóvenes de esa época, y que la faceta turística de Doñihue se vio afectada –entre otras cosas- por los toques de queda.

Coinco

Sector	Nombre	Fecha nac.-def.
La Vega (Copequén)	Costel Agustina	1855-1955
La Vega (Copequén)	Garay Ruz María del Carmen	1911-2004
La Vega (Copequén)	Gilberto Lidia	1915-2005
La Vega (Copequén)	González Adela Rosa	1984
La Vega (Copequén)	González Primitiva	1949
La Vega (Copequén)	Guaquiante María Jesús	1987
La Vega (Copequén)	Guaquiante Margarita	1987
La Vega (Copequén)	Guzmán González Adela	s/r
La Vega (Copequén)	Guzmán Manuela	1933-1994
La Vega (Copequén)	Madrid Carmen	1960
La Vega (Copequén)	Marchant Luz	2005 (aprox.)
La Vega (Copequén)	Milla Rosa	1952
La Vega (Copequén)	Olguín Garay Juana	1997
La Vega (Copequén)	Olguín Manuela	1977
La Vega (Copequén)	Padilla Miranda María	2004
La Vega (Copequén)	Pardo Eloísa	1877-1977
La Vega (Copequén)	Pinto Carmen	<i>con vida</i>
La Vega (Copequén)	Pinto Eugenia	1995
La Vega (Copequén)	Pinto Magdalena	1907-1987 (aprox.)
La Vega (Copequén)	Pinto María Magdalena	2007
La Vega (Copequén)	Ruz Juana	1934-1948 (aprox.)

Tabla nº 3. Total alfareros: 21. En letra remarcada la única alfarera tradicional con vida del sector.

La Vega comprende sólo un sector de la localidad de Copequén, y corresponde a un largo callejón por donde se ubican las viviendas, compartiendo estos antiguos minifundios el espacio con fundos colindantes. Como se observó en los antecedentes históricos, Copequén es un antiguo asentamiento de origen prehispánico, por lo que prontamente fue ocupado como asiento de trabajo en encomiendas, constituyéndose luego como pueblo de indios. Es este el rasgo que tempranamente define la vocación alfarera del pueblo, al ser una labor propia de la reducción indígena el tributo en especies como el vino, que debía guardarse en tinajas. La loza del sector jugaba un rol protagónico en la mesa familiar:

“En esos tiempos éramos más pobres, así que usábamos ollas para las comidas, teteras, no teteras, eran unos “patos” que le llamaban, con forma de pato, con alitas, el piquito, todo, entonces eso se ponía a hervir ahí; y los cantaritos para el café; antes no, era todo, (...) nosotros en tazas tomábamos, en tazas de greda, en platos de greda, lo único con que no comíamos era con la cuchara” (Agustina Olguín, hija de María Garay).

De los relatos de nuestros entrevistados, se rescata en algunos de ellos la memoria del pasado indígena, sin que por esto se auto-reconozcan como tales: *“Margarita Guaquiante, Jesús Guaquiante, ¡hasta el apellido indígena!, Huallilén, todas trabajaban aquí, imagínese, todo falleció”* (Carmen Pinto). Es aquí donde la memoria sobre la producción alfarera se pierde en el tiempo, no habiendo “linajes fundadores” como en otros sectores se pudo consignar, pues este era un oficio muy recurrente entre las mujeres, dándose casos de alfareras que tenían tanto por lado materno como de la abuela paterna linaje de alfareros, como Juana Olguín Garay (fallecida en 1997), hija de María del Carmen Garay Ruz (1911-2004), y nieta de las alfareras Juana Ruz (1934-1948) y Agustina Costel (1855-1955 aprox.).

Era usual que los hombres se emplearan en fundos aledaños o en la producción de una agricultura de autoconsumo, pero también había hombres abocados a labores artesanales, como el tejido de esteras de totora y sillas de mimbre, materias primas que salían en abundancia por la zona. Tal es el caso del nieto de Margarita Guaquiante (1987) o del esposo de Adela González (1984), quien comercializaba sus productos de mimbre en Rancagua, mientras que ella vendía su loza mayoritariamente desde su tienda en casa, logrando así los dos obtener ingresos para mantener a sus seis hijos. Punto aparte es el matrimonio conformado por María Padilla (2004) y Raúl Marchant González, de quienes se puede afirmar que eran una “pequeña empresa” familiar,

pues si bien en la mayoría de los casos vistos existía el aporte familiar al trabajo de la alfarera, en este caso era él quien desarrollaba todas las etapas de trabajo, menos el modelado de las piezas –que era la especialidad de la esposa-, actuando como un facilitador de su labor en todo momento, hasta en la comercialización, que hacían juntos en carreta o en ferias costumbristas, motivo por el cual en 1988 ambos recibieron un diploma como “personaje típico de la Comuna de Coinco”.

Las loceras de La Vega fueron tan afamadas que recibían múltiples encargos de comerciantes mayoristas de distintos puntos del país, siendo invitadas a ferias costumbristas o muestras de artesanía, visitadas por investigadores del Museo Regional de Rancagua o escolares, e invitadas a dar clases de alfarería en distintos lugares. Destaca la visita de Don Francisco a la localidad, hecho recordado alegremente por todos los entrevistados, que relatan se encontraba haciendo una nota para la sección “la cámara viajera” de su conocido programa Sábados Gigantes: *“si era chica yo, mi hermano tiene el papel, la hoja del diario, tiene todas esas cosas (...) claro, se subió arriba de un macetero y ahí le sacaron una foto, arriba de un macetero, se subió con los dos pies arriba, y los vio, bien cociditos”* (María Inés Marchant, hija de Adela Rosa González y nieta de Primitiva González).

Actualmente, el sector cuenta con agua potable, luz y camino pavimentado, gracias a una serie de programas gubernamentales de desarrollo para zonas rurales, ejecutados desde los 90, donde la subdivisión de los terrenos ha dado origen a una pequeña población. Sin embargo, la práctica de las industrias artesanales del mimbre y la alfarería se encuentran prácticamente extintas, aún habiendo personas que conocen las técnicas cerámicas, pues de niños fueron ayudantes de sus parientes alfareras, y aún valorando positivamente el trabajo hecho por sus antecesoras; lo que explican por la necesidad de desempeñarse en algo que asegure su subsistencia, pues el comercio de loza hace aproximadamente unos 20 años entró en decadencia, por los artefactos plásticos, la competencia de loza de Pomaire, problemas de acceso a las vetas de arcilla y la falta de apoyo gubernamental para paliar la situación.

La última alfarera con vida a la fecha es la connotada Carmen Pinto, miembro de un extenso linaje de alfareras, como su abuela Eloísa Pardo (1877-1977 aprox.), su madre Magdalena Pinto (1907-1987), su hermana María Magdalena Pinto (2007) y su sobrina Eugenia Pinto (1995). Participó por más de 30 años en la feria costumbrista de la Semana Coicana, donde compartió con artesanos de la región, ha sido entrevistada para numerosas investigaciones de colegios, universidades,

del Museo Regional y reportajes filmados. Una artrosis que la aqueja la ha obligado a dejar el oficio, aunque es enfática en señalar que a pesar de esto llevará la alfarería en sí hasta el final de sus días:

“Uno muere con la rutina de uno en la mente, eso nunca muere, la rutina de uno no muere, porque mi mamá, yo tenía una pisada de greda lista para trabajar, y mi mamá se levantó y en ese mismo momento me la llevé al hospital a morir, murió en el camino, mi mamá pasó y vio la pisada de greda ahí y dijo, y le pasó el dedo, dijo “hija, que está rica esta greda” y la manoseaba con la mano, cuando se quedó en la cama, me gritan las chiquillas “¡tía, tía!, la abuelita se está muriendo” (...) yo tapo la greda y me voy con ella, en la mitad del camino se me murió, ¡imagínese que murió con la idea de la greda!” (Carmen Pinto, Coinco).

San Vicente de Tagua-Tagua

Sector	Nombre	Fecha de nac.-def.
Pueblo de Indios	Abarca Olga	1991
Pueblo de Indios	Cabello Pérez Eulogia de las Mercedes	1976
Pueblo de Indios	Ceballos Rosa	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Contreras Felicinda	s/r
Pueblo de Indios	Cornejo Lucila	1945
Pueblo de Indios	Cornejo Molina María Inés	1980 (aprox.)
Pueblo de Indios	Cornejo Molina Teresa de las Mercedes	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Donoso Ximena (o Fidela)	1893-1973
Pueblo de Indios	González Leuteria	1931
Pueblo de Indios	Guajardo Felicidad	s/r
Pueblo de Indios	Jofré González Elcira del Carmen	1970
Pueblo de Indios	Jofré González Felicita	s/r
Pueblo de Indios	Jofré González Corina	s/r
Pueblo de Indios	Jofré Pastoriza	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Molina Espinoza Ximena	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Molina Tobar Edelmira	1997
Pueblo de Indios	Morales Lugarda	1956
Pueblo de Indios	Muñoz Alegría Rosa del Carmen	2002
La Puntilla	Muñoz Clara	2006
La Puntilla	Muñoz María	s/r
Pueblo de Indios	Olguín Rebeca	s/r
Pueblo de Indios	Palominos Rosa	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Peña Rubio Delicia	1957
Pueblo de Indios	Rojas Adriana	<i>con vida</i>
Pueblo de Indios	Rojas Tránsito	1944
Pueblo de Indios	Salas Rosa	s/r
Pueblo de Indios	Vidal José	<i>con vida</i>

Tabla n° 4. Total alfareros: 27. Con vida a la fecha: 7.

En esta comuna se estudió la alfarería del sector Pueblo de Indios, pero a través de las entrevistas surgió información relevante sobre la actividad en el sector La Puntilla, situado un poco más al sur. Pueblo de Indios se ubica a 4 km de San Vicente de Tagua-Tagua, en las faldas del cerro Punta Alta (629 m de altitud) quedando bajo la influencia del río Claro, que unos kilómetros más al oeste se encuentra con el Cachapoal. Su nombre se origina en el traslado de indígenas que habitaban la Hijuela del Alto a esta localidad, donde *“se encuentran varios caseríos a lo largo de su vía principal que llega hasta el cementerio parroquial de San Vicente de Tagua Tagua y el cementerio Parque San Vicente. Es uno de los lugares más poblados de la comuna debido a que existen varias poblaciones construidas después de los 80, posee una escuela básica, organizaciones deportivas y vecinales”* (Espinoza 2005:65).

Al igual que en Coinco, los linajes de alfareros se pierden en el tiempo, siendo el oficio aprendido de manera paralela al interior de sus respectivas familias, destacando entonces las antiguas alfareras Tránsito Rojas (1944) y Leuteria González (1930), quienes enseñaron a sus hijas Lugarda Morales (1956) y Adriana Rojas (con vida); y sus hijas Felicita, Corina y Elcira Jofré (1970, Madre de Rosa Palominos), respectivamente. En esos tiempos el trabajo se repartía entre los hombres que acudían diariamente a fundos aledaños como peones, mientras que las mujeres se desempeñaban en alfarería, complementándose con la producción de olivos y agricultura para auto-subsistencia. Desde los 80' en adelante también es recurrente la producción de ladrillos de albañilería.

Antiguamente el sector era una calle en cuyos márgenes se ubicaban las viviendas, pero con la construcción de poblaciones esta localidad ha pasado de poseer un carácter de pequeña propiedad rural a una localidad semi-urbana, que mezcla las antiguas casas de sus habitantes originales con un complejo poblacional del cual sus antiguos habitantes también han sacado provecho, al instalarse a vivir ahí. Tal es el caso de Teresa Cornejo, alfarera que aún se desempeña como tal, teniendo una provisión de ollas, librillos, pailas y fuentes con forma de pajaritos, que comercializa esporádicamente desde su casa-tienda, pues las ventas han disminuido notablemente. Pertenece a un linaje de alfareras, dentro del cual se encontraba su hermana María Inés Cornejo (1980 aprox.), su prima Lucila Cornejo (1945) y su madre Edelmira Molina Tobar (1997).

Esta también fue una reconocida e localidad alfarera, que contaba con clientes provenientes desde distintos puntos del país, que encargaban piezas tanto utilitarias como decorativas, como las pilas, lámparas o platos para pintar; permitiendo asegurar una fuente de ingresos y

autonomía a sus cultoras, quienes muchas veces no contaban con apoyo económico por parte de sus cónyuges, o bien eran madres que criaban solas a sus hijos, valiéndose de los espacios laborales disponibles en la época para subsistir:

“[Y]o llegaba a llorar cuando dejé de trabajar, le diré que lloré harto por mi trabajo, porque fue una cosa que, como que me corté las manos, porque una que estaba acostumbrada a mi trabajo, recibir mi plata, era dueña de hacer lo que yo quería con mi plata, comer lo que yo quería y darle a mis hijos” (Adriana Rojas).

Hace más de 20 años atrás la comercialización de sus lozas comienza a declinar, lo que es atribuido a una serie de factores, entre los que se cuenta la invasión de productos plásticos, problemas para acceder a recursos (combustible), y la continua amenaza de multas por parte de los funcionarios del Servicio de Impuestos Internos (SII) desde los años 80'; pero el hecho más apuntado como culpable del decaimiento de la venta de alfarería en el sector es la competencia con Pomaire, que terminó por llevarse sus clientes revendedores de loza. En el nuevo contexto, las mujeres migran de la localidad o se emplean en trabajos temporales, transformándola en una suerte de “población-dormitorio”: *“a mi misma no me gustó que mis hijas trabajaran en esto (...) así que mis hijas, todas se iban jovencitas a trabajar” (Rosa Palominos).*

Con todo, Pueblo de Indios presenta la mayor cantidad de alfareros con vida a la fecha, contando tanto con loceras retiradas por la edad y enfermedades (Rosa Palominos, Rosa Ceballos y Adriana Rojas), como con alfareros que se encuentran en edad de trabajar, pero que por diferentes motivos no se siguen desempeñando como tales. Ximena Molina, quien aprendió ya siendo adulta de su cuñada María Inés Cornejo, señala que la gente no está dispuesta a pagar un precio digno por su loza, al pretender que valga lo mismo que valen los artefactos plásticos; mientras que Pastoriza Jofré y su hijo José Vidal, quienes llegaron a vivir ahí desde la cercana localidad de El Tambo, aprendiendo el oficio mediante la observación y recomendaciones de los propios revendedores de loza, ya no se desempeñan en el oficio, aduciendo motivos similares, aún así Pastoriza efectúa trabajos por encargo de vez en cuando, mientras que José Vidal se encuentra abocado a labores clericales en una parroquia anglicana del sector.

En todas las comunas estudiadas se observa esta situación de declive, que conduce a la alfarería tradicional a un proceso hasta ahora irrefrenable de extinción.

III. La Alfarería de la cuenca del río Cachapoal

1. La Alfarería Prehispánica

1.1 Aspectos Estilísticos²⁸

Se deben diferenciar los tipos cerámicos según periodo de la prehistoria de Chile Central, correspondiéndose con su unidad cultural característica: grupos *Lolleo* y otros (PAT), *Aconcagua* (PIT) y *Aconcagua-Inca* (PT). Como fue mencionado anteriormente, la cerámica variaba sus diseños dependiendo de si era para uso social-ritual o utilitario, observándose claramente en la primera la presencia de diferentes técnicas decorativas y diseños que van modificándose en el tiempo; mientras que la de tipo utilitario presenta menos elementos decorativos (generalmente son sólo piezas alisadas, a veces llevan líneas incisas en el asa) y conserva por más tiempo sus características, tal como se observa en el tipo cerámico *Aconcagua Desgrasante Vegetal*, tradición presente desde el PAT en adelante, de la cual se han encontrado sólo fragmentos. Otro tipo cerámico utilitario es el *Aconcagua Pardo Alisado*, “*vasijas de superficies alisadas, de color pardo, sin decoración, de paredes entre 3 y 15 mm, con pastas ricas en hematita, poco homogéneas, de granos gruesos a medianos de arenas (con feldespato, cuarzo y mica) cuyas formas características serían ollas de cuerpo globular a subglobular, tazas y jarros de cuello tronco cónico y cuerpo globular (con o sin asas cinta), pucos hemisféricos de paredes curvas y excepcionalmente pucos de paredes rectas o con un asa puente*” (Massone, en Baudet 2004), asociado a sitios habitacionales y a un uso en procesamiento y cocción de alimentos durante el PIT y PT (ibíd.).



Fig. n° 6. Olla perteneciente a grupos Lolleo (Latcham 1928: lámina XXVII).

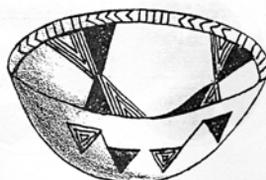


Fig. n° 7. Pucos de forma hemisférica con decoración típica del PIT y PT. En el caso de la cerámica utilitaria, no llevaba dibujos, era sólo alisado (Latcham 1928: lámina XXIX).

²⁸ Basado en Baudet 2004, Correa 2006, Falabella y Sanhueza 2006, Falabella y Planella 1989, Latcham 1928 (en Bibliografía).

Se hace difícil establecer una tipología según función de cada pieza, por lo cual la única distinción que utilizaremos es la de función social-ritual y utilitaria. Exceptuando la cerámica Aconcagua Pardo Alisado, los tipos cerámicos de las tablas a continuación corresponden sólo a la primera función.

Tipología según forma:

Las siguientes imágenes ejemplifican algunas de las formas que aparecerán en la tabla a continuación:



Fig. n° 8: Aribalo encontrado en Santiago, vasija típica del periodo de dominación incaica (Latcham 1928: lámina XXVIII).

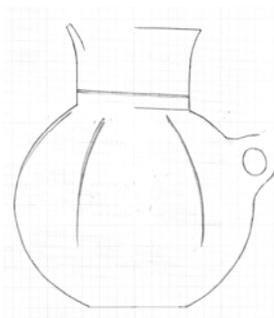


Fig. n° 9: jarro globular con incisos, apariencia de calabaza (Correa 2006.).



Fig. n° 10: olla monocroma con reticulado oblicuo inciso en el cuello (Latcham 1928: lám. XXVII).

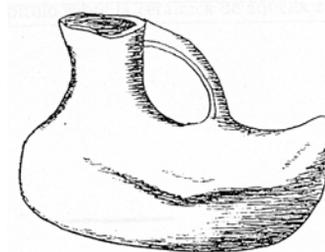
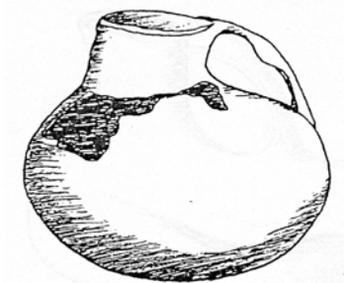


Fig. n° 11 y 12: Jarros pato. Engobado rojo proveniente de Peralillo (izq.) y alisado proveniente de El Huique (der.) (Latcham 1928: 185-186).

Tipo		Pieza	Descripción	Periodo
Vasija perfil simple		Aconcagua Salmón	"plato" (pucos y escudillas) con Trinacrio pintado	PIT
		Aconcagua Pardo Alisado	tazas y pucos hemisféricos, de paredes curvas y pucos de paredes rectas o con un asa puente. Sin decoración	PIT y PT
		Urnas	alisadas, ollas globulares grandes, con dos asas y cuello de labio reforzado, o sin asas y forma de vasija	PAT
Vasija perfil compuesto	abiertas	Olla	con decorado inciso en el cuello (reticulado oblicuo y zig-zag)	PAT
		Aconcagua Pardo Alisado	ollas de cuerpo globular a subglobular	PIT
	cerradas	Ornitomorfa	jarro pato	PAT, PIT y PT
		Zoomorfa no identificada	jarro asimétrico con modelado de partes de animal	PAT
		Fitomorfa	jarro asimétrico abultado e inciso, con forma de calabaza	PAT
		Antropomorfa	jarro asimétrico, con modelado de caritas al final de los dos puntos basales del asa. También puede llevar una cara o ser de cuerpo entero.	PAT
		Monocromo Inciso	ollas con dos asas que llevan reticulado oblicuo inciso en el cuello	PAT
		Aconcagua Pardo Alisado	jarros de cuello tronco cónico y cuerpo globular (con o sin asas cinta)	PIT y PT
Aribalo	cuerpo ovoide invertido y cuello, dos asas en su parte alta	PT		
Formas escultóricas	Pipas	de dos boquillas o más	PAT	
	Tabletas y tubos	para aspirar alucinógenos placa con decoración	PIT	

Tabla n° 5. Destaca la abundancia de referencias sobre pucos y jarros, esto se debe a la disposición de descripciones más abundantes, en tanto sus tipos decorativos son más diversos. En desmedro de esto, existen menos descripciones de piezas sin decoración, como ollas por ejemplo, asociadas a lo utilitario, por lo cual el protagonismo observado en jarros y pucos se debe más bien a una mayor investigación y descripción de sus tipos, no a la ausencia de otras formas.

Tipología según decoración:

Técnica	Descripción	Periodo
En verde (pieza sin secar)	alisado	Aconcagua Pardo Alisado (vajilla doméstica), sin decoración PIT
	pastillaje	jarro antropomorfo, antropomorfo dual (en ambos se modelan cejas/nariz continuas y ojos en forma de granos de café), jarro asimétrico zoomorfo, ornitomorfo PAT
	inciso, punteado	jarro asimétrico de apariencia fitomorfa (líneas de la calabaza), jarro asimétrico con dos anillos en base de un cuello abultado, jarros asimétricos con diseños geométricos punteados o incisos PAT
		líneas en asa mamelonar PIT
	oligisto	superficie que presenta brillos minerales con diseño estrellado y zig-zag en negativo PAT
	pulido	no especificado, los engobes van pulidos
En seco	ahumado	jarro asimétrico (cualquiera de sus tipos) con ennegrecido total PAT
	engobe	jarro asimétrico (cualquiera de sus tipos) completamente rojo PAT
		Pintado Rojo sobre Café, sobre color de fondo se pintan sectores estrellados o franjas PAT
		Aconcagua Rojo Engobado (puco completamente rojo o roja por fuera), diseño cuatripartito PIT
		Aconcagua Salmón Tricromo, puco con engobe blanco, que puede ser dentro y fuera, el lado no engobado (color salmón) lleva un diseño de Trinacrio PT
pintura	no especificado	

Tabla n° 6. Basado en análisis de fragmentos cerámicos, que no siempre da antecedentes sobre las formas de las piezas. Además existen tipos decorativos que perduraron en el periodo siguiente, como el uso de pasta color salmón en piezas del PIT y PT.

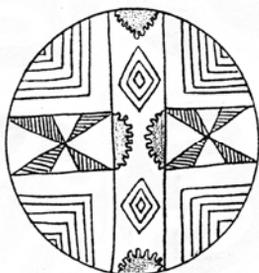


Fig. n° 13 y 14: pucos decorados con campos geométricos (vista de su cara interna), proveniente de Pelequén (izq.) y Coinco (der.). (Latham 1928: lám. XXIX).



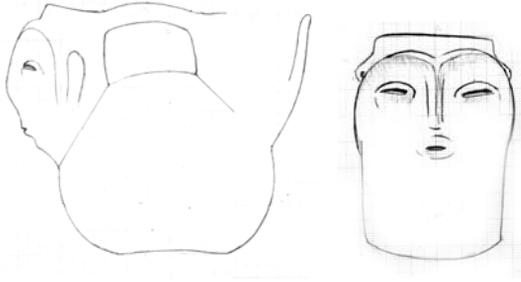


Fig. n° 15 y 16: jarro asimétrico antropomorfo encontrado en La Granja, detalle de la cara (Correa 2006).

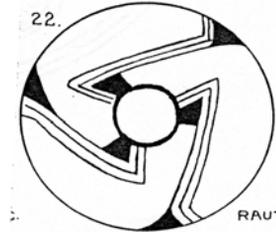


Fig. n° 17: Trinacrio en cara interna de puco (Latcham 1928: lám. XXXI).

1.2 Aspectos Técnicos

A pesar de la abundancia de evidencias sobre la práctica de la alfarería en comunidades prehispánicas de la zona, es poco el material a partir del cual se puede conocer la manera en que ésta se producía, dada la escasez de evidencias que se han conservado hasta hoy sobre sus talleres; limitándose generalmente la interpretación arqueológica (para este aspecto) al análisis de las pastas cerámicas, y la inferencia de las técnicas a partir de las características formales que presentan las piezas; pero recientemente se ha excavado un sitio en la localidad de Chuchunco, a los pies del cerro Tren Tren de la comuna de Doñihue (660-1.010 años DC), cuyo análisis da cuenta de algunos de los procesos que involucra la confección de la cerámica en la zona (Latorre et al. 2006).

Las técnicas para la alfarería tradicional (más adelante) han sido descritas bajo el siguiente orden: a. Obtención de Materia Prima, b. Confección Piezas y c. Cocción Piezas, además de la descripción de los talleres y herramientas; por lo que para la alfarería prehispánica describiremos los aspectos posibles de referenciar bajo el mismo orden:

a. Obtención de Materia Prima: las arcillas corresponderían a zonas relativamente aledañas a cada asentamiento, al no detectarse un tipo exclusivo de arcillas en las pastas analizadas de la zona, que nos podría dar cuenta de la preferencia por arcillas de un solo lugar. En Chuchunco, *“la arcilla fresca recuperada del pozo es de al menos cinco colores distintos: naranja (8.990 gr), rosada (428 gr), morada (80 gr), amarilla (8 gr) y negra (6 gr). Se realizaron placas experimentales con las tres más*

abundantes, que mostraron tener una plasticidad adecuada. Estas fueron cocidas a distintas temperaturas y los colores post cocción son similares a la cerámica arqueológica recuperada del sitio” (ibíd.).

Respecto al antiplástico o desgrasante, se mencionó el uso de desgrasante vegetal (no especificado, posiblemente pajitas) para cierto tipo de cerámica utilitaria (Aconcagua Desgrasante Vegetal), en el resto de los casos, los antiplásticos predominantes son los áridos de origen granítico o volcánico. En Chuchunco *“un 46,8 % de las cerámicas estudiadas posee pastas con áridos graníticos, y además presentan hierro oligisto (32,9 % de los decorados lo presentan, ya sea sólo o en combinación con otras técnicas)” (ibíd.).*

Otro material del cual se evidencia su uso es el comúnmente denominado *colo*, arcilla de grano más fino que la usada para modelar, y que se impregna como pintura sobre las piezas sin secar, resultando de su cocción la fusión de las arcillas en la pasta, dando un tono rojo, crema, ocre o blanco de manera indeleble. Es profusamente usada para la mayoría de los tipos cerámicos que tienen decoración pintada.

Preparación de las pastas: en Chuchunco se encontró un posible pozo de almacenaje o mezcla de pasta cerámica: *“consiste en un pozo artificial de ca. 120 cm de diámetro y 120 cm de profundidad que tenía su fondo cubierto por arcilla fresca (sin cocer). Este se encontró relleno de basura secundaria, compuesta por cerámica, lítico, muchos carbones y nódulos de arcilla, tanto fresca como cocida. Creemos que la función primaria de este pozo pudo haber estado relacionada con el almacenamiento o procesamiento de arcilla, debido a la gran cantidad de arcilla fresca recuperada y su disposición primaria en el fondo de éste” (ibíd.).* La pasta cerámica preparada -con arcilla y antiplástico- quedaría así disponible para su uso en el modelado de las piezas.

b. Confección de las Piezas: Modelado. Existen evidencias del uso de rodetes (lulos) para subir las piezas, lo que hace pensar que la técnica de modelado es la de bola y rodetes -o adujado-, descrita en detalle para la alfarería tradicional. Esto se deduce tanto a partir de las improntas que deja su uso al analizar fragmentos cerámicos, como en el hallazgo de un rodete de arcilla sin cocer y numerosos nódulos de arcilla cocidos en el sitio Chuchunco (op.cit). Otro elemento característico son las paredes delgadas que presentan las piezas, dando cuenta de la destreza de sus productores. Cabe destacar que la técnica del adujado permite ir más allá de las formas redondas o cilíndricas (que son las que permite la técnica del torno, por ejemplo), dando paso a la producción de piezas de

perfiles complejos, como los jarros asimétricos, además de una profusa utilización de aplicaciones o modelados de figuras en las piezas, que no habrían sido posibles de reproducir a escala doméstica en diferentes focos de no ser por el manejo de una habilidad técnica que no depende de tecnologías sofisticadas, sino que de la destreza manual de los alfareros.

Decoración: como se mencionó en Aspectos Estilísticos, la decoración hace uso de las técnicas de inciso, pastillaje, puntos, engobe, oligisto, aplicaciones y modelado de figuras. El primero era principalmente usado para el diseño de reticulado oblicuo inciso (fig. n° 10), o formando anillos alrededor del cuello de jarros; mientras que el pastillaje servía para agregar caras modeladas u otros elementos, y el punteado servía para componer campos geométricos en sectores de las piezas. El engobe y el oligisto eran tratamientos a la pasta de la superficie de la pieza, el hierro oligisto es un compuesto mineral que *“se aplica sobre superficies bien alisadas, pulidas o bruñidas, de ceramios de paredes medianas y delgadas. Con él se cubren ya sea sectores amplios del ceramio o espacios delimitados formando bandas y otros motivos”* (Falabella y Planella 1989:53), quedando fijos a la pieza luego de la cocción.

Taller: para sociedades simples –como el PAT- *“la producción alfarera se daría principalmente a nivel doméstico, y la manufactura de piezas se realiza en contextos ocasionales y principalmente para el autoconsumo, caracterizándose por una tecnología sencilla”* (Latorre E. et al. 2006). Las evidencias para el periodo prehispánico indican que la alfarería se desarrolló dentro de espacios residenciales, siendo numerosos los núcleos de producción dentro de la zona, posiblemente promovidos por la abundancia de materia prima de calidad en todos los puntos de la cuenca; la diversidad de focos se observa en la multiplicidad de sitios y en la presencia de pastas cerámicas de diferente origen mineral.

Herramientas: a pesar de la escasez de evidencias que se encuentran sobre ellas, dado que la alfarería *“no requiere realmente, además de la materia prima, de muchos artefactos especializados”* (ibíd.), existe en la zona *“evidencia de instrumental posiblemente relacionado con distintas etapas de la manufactura, aunque sólo de material lítico: dos piedras planas que pueden haber funcionado como base o soporte para la formatización de las vasijas o para la preparación de las materias primas (molienda de arcilla, antiplásticos o pigmentos), un micromortero y dos pulidores”* (ibíd.). Esto se vería respaldado por estudios etnográficos sobre alfareros de sociedades tradicionales actuales, donde se hace uso de herramientas similares, entre otras, que por ser de material orgánico

(madera, hueso, cuero, calabaza), tiene menos posibilidades de conservación (ibíd.)

En resumen, la cerámica de Chile Central para el periodo prehispánico es definida por su *“gran calidad y destreza. Es indudable que las formas complejas, las paredes delgadas, el aditamiento de las asas y los perfiles discontinuos y modelados significan dificultades en la elaboración y requieren de un nivel técnico desarrollado”* (Falabella y Planella 1989:56).

2. La Alfarería Tradicional

A partir de los antecedentes recopilados en terreno, pudimos obtener una caracterización de los estilos observados en la alfarería local, como así también una descripción de los procesos que involucra la confección de piezas cerámicas; lo que inicialmente mostraríamos por cada comuna como casos diferentes a comparar, pero dada la gran similitud que manifiestan tanto las técnicas como los estilos de la alfarería de las 4 comunas estudiadas, hemos decidido presentarlas en una sola caracterización, para una posterior descripción en función de sus elementos más significativos y su relación con la Alfarería Prehispánica.

Cabe recordar que los casos estudiados corresponden exclusivamente a desarrollos locales, lugares donde se comprobó que existía una tradición de producción cerámica autóctona, sea heredada de generación en generación, o aprendida por otros –vecinos en la mayoría de los casos- a partir del trabajo realizado por alfareros locales tradicionales; por lo que pueden existir dentro del mismo territorio alfareros trabajando con otras técnicas, sólo que aprendidas en contextos no tradicionales -cursos de capacitación por ejemplo-, por lo cual escapan a la definición de alfarería característica de las localidades estudiadas. A su vez, es probable que dentro de la cuenca hayan existido más alfareros tradicionales, sólo que nuestros sondeos no pudieron acceder a ellos, por lo cual esta caracterización no es en modo alguno definitiva, pues puede complementarse con futuras investigaciones.

2.1 Aspectos Estilísticos

Abordaremos este aspecto mediante una serie de cuadros-resumen, por lo cual los nombres de los alfareros que produjeron las piezas sólo serán mencionados cuando éstas sobresalgan por algún motivo del común de la producción cerámica analizada²⁹. Las tipologías y cuadros buscan presentar los antecedentes en base a los cuales caracterizaremos la alfarería de la zona estudiada, lo que no significa que cada alfarero produzca todos esos tipos de piezas, ni tampoco que todas ellas se puedan considerar como características de la alfarería local.

Las piezas que fueron reseñadas verbalmente por nuestros entrevistados -de las cuales sólo unas pocas se conservan hasta ahora-, fueron descritas en función de su forma, decoración y función, dando como resultado una lista de artefactos ordenados en tipologías, las que detallaremos a continuación:

Tipología según Forma. Corresponden a Vasijas de perfil simple y compuesto, Formas Escultóricas y Placas:

a. **Vasijas de perfil simple:** son las de más abundante producción, en su mayoría de paredes abiertas: fuentes, librillos, budineras, azafates, maceteros, monederos, jardineras, platos para pastel, pailas, platos para pintar y tazas. Una forma simple cerrada son las callanas.

b. **Vasijas de perfil compuesto:** la mayoría de las piezas son cerradas: cántaros, jarrones, ollas, tinajas, lámparas, teteras y mates.

c. **Formas escultóricas:** son vasijas o figurillas que poseen una función decorativa o utilitaria-decorativa, exceptuando las bolitas de greda (María Garay, Coinco) que se hacían con finalidades lúdicas para el núcleo familiar. La producción de figurillas es escasa al lado de la diversidad que poseen las vasijas utilitarias, destacándose la producción de piezas de carácter decorativo en las alfareras de Pueblo de Indios, lo cual está asociado a su contexto de comercialización (ver cap. IV. Los Alfareros: Distribución):

²⁹ Para saber más de los autores de las piezas, ver capítulo II, sección Los últimos alfareros: 1866-2007, o cap. IV: Los Alfareros.

Tipo de Figura	Descripción	Referencia
Antropomorfas	obra "El Renacimiento del Ser Humano" (figurilla de familia), Cristo crucificado, y "bustos", figuras de rostros humanos, "monitas" jardineras medianas con forma de mujer, con sombrero y trenzas	José Vidal (Pueblo de Indios); los bustos y rostros humanos por alfareros de Doñihue (sin especificar, fuente Aquiles Carrasco) y la "monita" de Tránsito Silva y José Devia (Machalí)
Fitomorfas	botella con forma de calabaza	Beatriz Moreno y Amelia Cerda Moreno (Machalí)
Zoomorfas	Figurillas de pollos, gallos, patos, perros, caballos, cerdos, vacas, corriendo, saltando, echados. Jarro con forma de pato, con alas, cola y pico, pintado con colo blanco y rojo en Cónico	María Carrera, Dominga Díaz (Doñihue); María Garay, María Padilla, Adela González (Coinco); Adriana Rojas (Pueblo de Indios). Matilde (Machalí) y María Garay (Coinco).
Figurillas de utensilios domésticos	"Cocina Moderna" en miniatura, cántaros y ollas en miniatura, zapatos	María Carrera (Rinconada de Doñihue), Rosa Palominos (Pueblo de Indios) y María Padilla (Coinco)
Palmatoria	formada por un plato más un asa y receptáculo para vela	Pueblo de Indios
Pantalla	plato hondo invertido del que penden cuentas de greda	Pastoriza Jofré y José Vidal (Pueblo de Indios)
Pila	placa para colgar de la pared, con receptáculo pequeño para cultivar plantas, en otros modelos para poner una vela	Pueblo de Indios

Tabla n° 7. Formas escultóricas y vasijas que poseen formas escultóricas.

d. **Placas:** son piezas de greda cocida y alisada, totalmente planas, con fines decorativos (para pintar), producidas por encargo sólo en Pueblo de Indios.

*Tipología según Función*³⁰. Los usos mencionados en el siguiente cuadro se asocian respectivamente a actividades de Almacenamiento de agua, chacolí y cosechas de granos; Aseo personal, de loza y ropa; Consumo de bebidas y comidas, Decoración, jardinería, Transformación de alimentos por cocción, fermentación (chicha y chacolí) o desaguado (aceitunas), y Transporte de comidas y bebidas.

³⁰ Basada en la tipología presentada por Yolanda Mora de Jaramillo en la monografía *Cerámica y Ceramistas de Ráquira* (en Bibliografía), basada a su vez en la tipología cerámica de Bernardo Valenzuela Rojas.

Nombre Común	Almacenamiento	Aseo	Consumo	Decorativo	Cultivo Plantas	Transformación	Transporte
Azáfates						x	
Botella-Calabaza			x				
Budineras						x	
Cáliz con bandeja				x			
Callanas						x	
Cántaros			x				x
Escabechera						x	
Floreros				x			
Fuente						x	
Jardinera					x		
Jarro con Lavatorio		x					
Jarro Pato			x				
Jarrones				x			
Lámparas				x			
Librillos		x				x	
Maceteros					x		
Mates			x				
Monederos	x			x			
Olla para agua	x						
Ollas poroterás	x					x	x
Ollas Grandes	x					x	
Olla con Patas						x	
Ollitas			x			x	
Pailas			x			x	
Plato para Pastel			x			x	
Plato para Pintar				x			
Tazas			x				
Teteras						x	
Tinajas	x					x	
Tinajas Pequeñas	x					x	

Tabla nº 8. Aquí se observa la predominancia de piezas de carácter Utilitario, con fines de Transformación de alimentos (cocción y fermentación) y Consumo, principalmente. Cabe destacar que a este tipo de piezas corresponden el mayor número de alusiones en entrevistas y de piezas conservadas dentro de todas las comunas.

Tipología según Decoración. Los únicos elementos usados en la alfarería de la zona son el Alisado, Pulido, Bruñido, Inciso, Ondulado,

Aplicaciones, Engobe y Ahumado, los que se clasifican en la siguiente tabla³¹:

Técnica		Descripción	Referencia	
En Verde (pieza sin secar)	Alisado	pieza color natural con superficie opaca	todos los alfareros	
	Pulido y Bruñido	pieza color natural con superficie brillante, en bruñido brilla más	todos los alfareros	
	Ondulado	ondulaciones en el borde o "blondas"	Tránsito Silva y José Devia (Machalí), María López (Coya), Rosa Jaña (Doñihue), María Garay (Coinco) y Ximena Molina (Pueblo de Indios)	
	Inciso	calados en el borde y líneas rasgadas con tenedor	Tránsito Silva y José Devia (Machalí), María López (Coya), Teresa cornejo (Pueblo de Indios)	
	Pastillaje	Flores, alas u otras partes de animal hechos en greda pegados a vasijas utilitarias	Rosa Palominos y Teresa Cornejo (Pueblo de Indios), María Garay (Coinco)	
En Seco	Engobe	Dibujos	dibujos sobre la pieza (caballos, flores, bordes, alas, "caritas de indio")	María Garay (Coinco)
		Total	pieza con tintura monocroma, de superficie lisa y brillante (puede ser blanco o rojo)	todas las comunas, menos Machalí
	Ahumado	ennegrecido total de la pieza	todas las comunas, práctica poco frecuente	

Tabla n° 9. Todos los tipos de decoración mencionados son alisados, y la mayoría mezcla el bruñido con otra técnica, por lo general el pulido con color rojo o Engobe Total como elemento decorativo de la mayoría de las piezas estudiadas, exceptuando la comuna de Machalí, donde no hubo alusiones al uso de este material.

En suma, destaca la predominancia –tanto en diversidad de formas como de alfareros que las producían– de vasijas de tipo utilitario, con fines de Consumo y Transformación de alimento principalmente; cuyos elementos decorativos se basan en el Alisado, Pulido, Bruñido y Engobe Total como técnicas con mayor frecuencia de uso.

Las piezas más reseñadas son el librito, la callana, las fuentes, los maceteros, los platos pasteleros, las pailas, los cántaros y las ollas; y en

³¹ Las técnicas señaladas aparecen explicadas más adelante, en Aspectos Técnicos.

menor medida las tinajas pequeñas o medianas, producidas por Luis Achurra (Lo Miranda), Ximena Molina (Pueblo de Indios), Carmen Pinto, Adela González, María Garay y Margarita Guaquiante (Coinco). Al parecer José Devia es el único con producción de tinajas grandes, de hasta 1,5 metros de alto (por encargo). La apariencia de estas piezas generalmente no varía de lo que conocemos por sentido común como alfarería utilitaria de la zona central, por lo cual **sus características a nivel de estilo no son exclusivas de la alfarería tradicional de la cuenca**; sin embargo tienen elementos compartidos. A nivel técnico, estos elementos comunes resultan peculiares a ciertos desarrollos tecnológicos americanos, tema a ver en las conclusiones de este capítulo. Veamos las piezas con mayor producción:

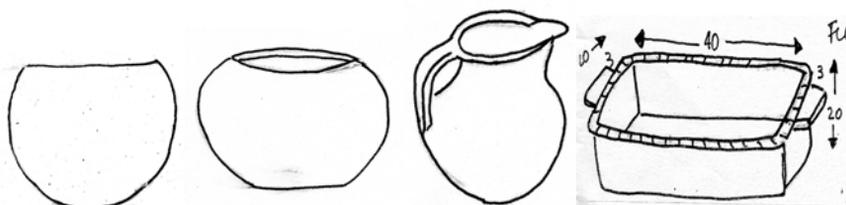


Fig. n° 18 y 19. Callana perteneciente a Elisa Soto (Rinconada de Doñihue), perfil y costado. Sólo va pulida. Su función era tostar harina o maíz para cabritas

Fig. n° 20. Cántaro o jarro hecho por Luis Achurra (Lo Miranda). Pulido y engobado con colo rojo.

Fig. n° 21. Budinera hecha por Tránsito Silva (Machali). Pulida y con decoración de líneas incisas en el labio.

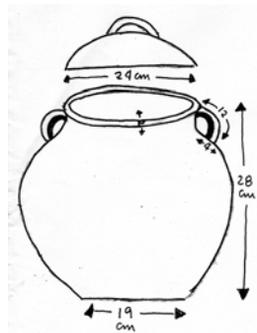


Fig. n° 22. Olla porotera de Tránsito Silva (Machali). 28 cm de alto x 19 cm de base (aprox.). Pulida color natural.



Fig n° 23. Olla porotera de María Garay Ruz (Coinco). Franjas en el cuello denotan punto de inflexión en el perfil. Pulida color natural.



Fig. n° 24. Olla porotera de Luis Achurra (Lo Miranda). Bruñida y engobada con colo rojo. Asas bajo el cuello.



Fig. n° 25. Olla globular baja de Teresa Cornejo (P. de Indios). Pulida y engobada con color rojo.



Fig. n° 26. Olla globular alta, de Teresa Cornejo. Pulida y engobada con color rojo.



Fig. n° 27. Ollita con ondulaciones en el labio, de Rosa Jaña (Rinconada, Doñihue). Pulida color natural.

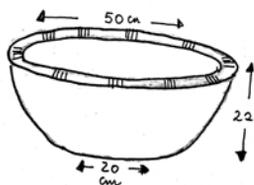


Fig. n° 28. Fuente con líneas incisas en el labio, de Tránsito Silva (Machali). Pulida color natural.

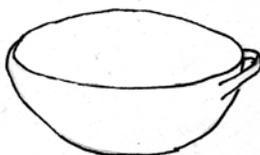


Fig n° 29. Paila para estofado de Luis Achurra (Lo Miranda).

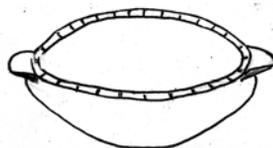


Fig. n° 30. Fuente pastelera con asas planas y líneas incisas en el labio. José Devia (Machali).

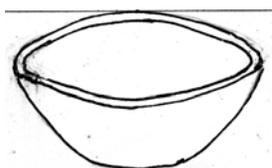


Fig. n° 31. Fuente sin asas (Coinco, Lo Miranda y Machali).



Fig. n° 32. Librillo, plato o paila (según tamaño) con asas tubulares y líneas incisas en el labio (Pastoriza J, P. de Indios)



Fig. n° 33. Fuente o librillo con asas tubulares, de Ximena Molina (P. de Indios).

Cabe destacar que la forma de fuentes, librillos, platos, fuentes individuales y pailas muchas veces se confunde, pues cada persona las denomina distinto, así que lo único que distingue a las dos primeras del resto es que son de mayor tamaño, lo demás está sujeto a las variaciones que cada alfarero haga. Estas piezas pueden ser alisadas, pulidas, bruñidas o engobadas con color rojo.

Otra pieza recurrente son los maceteros, vasijas de perfil simple, de variadas formas y dimensiones. Su decoración es alisada, incisa (calados), engobada total, y en un caso de engobe parcial (“caritas de indio” en color rojo y blanco, de María Garay, Coinco). Finalmente están las tinajas, vasijas de perfil compuesto, de forma globular, abultada hacia el centro, que posee un borde o gollete pequeño. Su decoración es sólo el alisado. Cabe destacar que las tinajas grandes fueron señaladas en varias entrevistas como vasijas de uso recurrente para la conservación de agua y la fermentación de bebidas (María Castro y Andrés Caviedes, Machalí; Aquiles Carrasco, Albina Soto y Regina Flores, Doñihue), sin embargo ninguna de ellas era parte de la producción de los alfareros estudiados, y no había claridad respecto a su lugar de origen, pues eran tinajas muy antiguas. Sin embargo, Machalí (José Devia) y Coinco son lugares donde se produce y produjo estas piezas.

2.2. Aspectos Técnicos

A grandes rasgos, se pueden dividir las etapas de producción cerámica en tres bloques: *Obtención de Materia Prima*, *Confección de Piezas* y *Cocción de Piezas*, a detallar a continuación. Sumado a esto, veremos aspectos relacionados a la infraestructura usada, herramientas y estacionalidad del trabajo. Cada etapa de producción posee una gran similitud en todos los casos estudiados, por lo que usaremos las referencias a autores para dar cuenta de detalles o situaciones especiales³².

a. Obtención de Materia Prima

La materia prima necesaria para la confección cerámica local es la greda, el antiplástico o aglutinante, el engobe y el combustible, todos ellos presentes en el territorio. Esta etapa se divide a su vez en *Extracción de Materia Prima* y *Preparación de la Pasta Cerámica*

Extracción de Materia Prima (arcillas, forma de diagnóstico, forma de extracción engobe, arcilla y arena, técnica de limpieza, mezcla, amasado, almacenamiento)

³² No obtuvimos información detallada sobre las técnicas para cada uno de los 72 alfareros en particular, pues los entrevistados muchas veces aludían a su trabajo mediante generalizaciones del tipo “todos trabajaban igual”, procediendo a describir en base a los alfareros más cercanos a ellos. Sin embargo, hay claridad respecto a que las técnicas usadas y las piezas elaboradas corresponden al mismo modo de producción.

Arcillas: se encuentran en los cerros aledaños a las viviendas de los alfareros, son “vetas” o “minas” situadas en las laderas inferiores o faldeos de cerros de baja altura, a una profundidad aproximada de 50cm. bajo la cubierta superficial del suelo, ricas en arcillas con óxido de fierro - que le dan la coloración rojiza a las pastas-, que pueden ser excavadas en distintos puntos de la ladera, siempre y cuando siga la línea de altura donde se encuentra la capa de greda. Exceptuando a María López (Hacienda Perales, Coya), quien tenía una veta en su propio cuarto de tierra y a Tránsito Silva, quien sacaba greda de la casa de una vecina cuando vivía en El Guindal; las vetas correspondían a terrenos de propiedad de los fundos aledaños. Cabe destacar que el acceso a ellas en el período en que más actividad alfarera se registra (1930-1970) era más expedito, dado que el complejo control de grandes extensiones de territorio -como los fundos- hacía difícil que sus propietarios tuvieran una especial preocupación por impedir la recolección de recursos en su interior, especialmente en el caso de la greda, que era un recurso poco usado; no así en el caso de la bosta de vaca, útil para la recuperación de la fertilidad en suelos agrícolas: *“si los futres se enojaban por que le hacíamos tira el terreno, ¡sí ese futre era muy remalo!, si antes se cocía con bosta, también se enojaban, porque decían que era bueno pal terreno”* (José Devia).

Forma de diagnóstico: la greda se detectaba por “manchas” en las laderas del cerro (Ester Valencia, Lo Miranda; Rosa Palominos, Pueblo de Indios), removiendo entonces la capa superficial hasta donde se encuentra la veta, la cual se reconoce por ser más sólida que la tierra (José Vidal, Pueblo de Indios), y por tener “guías” (formaciones minerales que asemejaban papas o raíces) al interior de la capa (Adriana Rojas, P. de Indios). En Machalí, José Devia recuerda que su madre Tránsito Silva reconocía a simple vista la greda por la presencia de “huilles” (*Leucocoryne ixioides*), flores silvestres de la familia Aliáceas, que solía recolectar; él tenía un método de prueba de la calidad de la greda, *“se hace un tiesto y se pone a secar, y ahí se prueba, si no se quiebra, es buena”*. Distinguían gredas de distintas tonalidades, tal como señala un comprador de loza de Doñihue, Aquiles Carrasco: *“eran gredas de diferentes colores, no todas las gredas eran como quien dice colorás, también habían unas rojas fuertes muy hermosas, lindas, había gris, de varios tonos también”*.

Forma de extracción: generalmente se efectuaba en grupos, sean de alfareros (Rosa Palominos, Adriana Rojas, P. de Indios; Sabina y Domitila Cavieres, Amelia Cerda Moreno y Beatriz Moreno, Machalí), núcleos familiares del alfarero (María Padilla, María Garay, Adela

González, Carmen Pinto, Coinco; Clara Pérez, Doñihue; María López, Coya; Ximena Molina, P. de Indios) o vecinos (Luis Achurra, Lo Miranda); dirigiéndose a pie a la veta localizada, procediendo a extraer con chuzos, palas, picotas o barretines la greda, poniéndola en sacos de cáñamo para cargar al hombro o llevándola en carretilla o carretela (Tránsito Silva, Machalí; Ximena Molina, P. de Indios). De preferencia seca (de Septiembre en adelante la greda pesa menos), se extraían las cantidades que se pudiera cargar, llevándolas a los patios de las casas, lugar en donde se procedía a preparar la pasta. José Devia ya no recolecta greda, solía encargar a niños del sector el trabajo, pero ahora modela piezas con una pasta preparada que le traen de Pomaire³³, pues resulta muy agotador el proceso de obtención y preparación de materia prima.

Antiplástico (o desgrasante): en todos los casos es arena del río Cachapoal, sea extraída directamente de su lecho, o transportada por sedimentación hacia los canales y acequias desde donde es obtenida (Coinco), también se podía comprar por carretonadas a areneros del mismo río, que pasaban puerta a puerta (Pueblo de indios). Es importante que la arena tenga un grosor intermedio y esté limpia de impurezas como tierra o piedrecillas, pues al cocerse las piezas, éstas pueden reventar o agujerarse; por lo cual es necesario aventar o harnear la arena, *“ibamos al río, al Cachapoal, a buscar arena, porque tiene que ir mezclada con arena, (...) la arena no tenía que llevar tierra, ella la harneara pa que no tuviera piedras”* (Delfina Zamorano López, hija de María López, Coya). Para el caso de Coinco, al ser extraída de acequias y canales, se debía dejar oreando para luego aventar y harnear, Adela González la extraía de un pozo con un tarro con perforaciones para estilar.

Destaca el caso de José Devia, quien originalmente usaba arena, pero actualmente usa “tierra blanca” como antiplástico, logrando con esto piezas más livianas que las que poseen arena, y de superficie con brillos de oropel. Este material se encuentra en abundancia por los costados de la carretera del Cobre en el sector del Cajón de Machalí.

Engobe: en las partes altas de algunos cerros se encontraban las vetas de “colo”, arcilla de un color más rojizo que la greda, o de un tipo de color

³³ En el contexto del proyecto FONDART 2005 ejecutado por Marcial del Real, titulado “La Tinaja Chilena”, donde se le encargó la confección de tinajas. En conjunto con Prodesal se efectuaron significativas innovaciones tecnológicas, como el modelado con pastas preparadas en Pomaire y la construcción de un horno especial para quemar tinajas, aminorando el esfuerzo físico demandado por el alfarero para tales labores.

blanco (caolín), la cual se usa como engobe en la cerámica de Doñihue, La Vega y Pueblo de Indios. Estas vetas son más difíciles de localizar, por lo cual su obtención pocas veces se hacía directamente, siendo más recurrente su compra. En Pueblo de Indios era usual la obtención directa, desde el cerro los Buitres o el sector Punta Alta, donde se dejaba localizado para posteriores extracciones:

“[S]e dejaba una señal, y si no salía donde mismo, había que irse por la misma línea hasta encontrarlo de nuevo, porque se va y se queda, se va y se queda (...) hay partes que sale, hay partes que no sale, este año puede estar en una parte, y este otro año puede estar más allá” (Ximena Molina, Pueblo de Indios).

Cuando no se obtenía directamente, era extraído por terceros desde cumbres de la zona de Doñihue, para ser vendido a los alfareros de Coinco, Pueblo de Indios y Doñihue. En Machalí, si bien hay colo en sus cerros, no hubo alusiones a este material ni se observó su uso en las piezas conservadas hasta ahora. Para limpiarlo, debía ponerse un poco sobre un pedazo de panty y colarlo con agua en un recipiente pequeño.

Combustible: para hacer la cochura de las piezas se utiliza bosta de vaca, leña pequeña, en la mayoría de los casos tallos de “cardones” o “hachones” (*Puya chilensis* Mol., planta de la familia de las Bromeliáceas), y algunas veces corontas de choclo secas, sarmientos y lampazos de álamos (Pastoriza Jofré, José Vidal, y Ximena Molina, Pueblo de Indios). La bosta se recolecta colectiva o individualmente por los cerros y potreros de los fundos donde pastaba el ganado vacuno, lo más usual era que el alfarero o alfarera fuera acompañado por varios niños –hijos o vecinos-, o enviar a los niños a hacer esta labor, echando en un saco la bosta, de preferencia seca, pues pesa menos y puede almacenarse sin tener que secarla en casa. Sólo una alfarera señaló que usualmente no salía a pie a recolectar la bosta, Adriana Rojas (Pueblo de Indios), quien antiguamente la iba a buscar por camionadas al fundo Las Pataguas, cuya producción bovina cambió por la de viñas, terminándose la fuente de material. Hoy existen problemas de acceso a este tipo de recursos, pues la masa ganadera bovina se ha reducido notoriamente en todos los fundos de la zona. Los demás combustibles son de uso secundario, se recolectaban igual que la bosta.

Preparación de la pasta cerámica:

Técnica de Limpieza: *“si viene limpia la greda, lo único que en parte que trae es algo de piedrecilla nomás, si es limpia la greda, es aparte la greda con la tierra”* (José Devia, Machalí). A pesar de que se considera que la greda es limpia, una vez recolectada, se procedía a quitarle las impurezas, dado que una pasta cerámica con tierra o piedrecillas era causal de la ruptura de la pieza en el momento de la cocción: *“si le quedaba tierra en la greda, porque había que componer bien la greda, se saltaba el medio pedazo y se perdía el trabajo nomás, a veces se rompía pa adentro, tremendo cascarón que se le salía, y cuando la estaba cocinando saltaba como una pólvora, reventaba”* (Rosa palominos, Pueblo de Indios).

La técnica de limpieza usada comienza con el remojo de los terrones de greda, y continúa durante el proceso de mezcla y amasado de la pasta. Sobre el remojo, se mencionaron dos métodos: uno es en tiestos a ras de suelo (Carmen Pinto, Coinco; María López, Coya) y el otro se hace en un hoyo (Pastoriza Jofré, José Vidal, Adriana Rojas, Ximena Molina, Rosa Palominos, Teresa Cornejo, de Pueblo de Indios; José Devia y Tránsito Silva, de Machalí). Este último consiste en echar la greda a remojar dentro de un hoyo de poca profundidad (20cm. de profundidad x 1,5 mts. de diámetro aprox.), con sus paredes recubiertas con sacos de cáñamo:

“Es más fácil picarla y echarla a remojar seca que recién sacada, porque recién sacada es muy latiguda, entonces no se puede machacar; entonces con un martillo uno ponía un saco abajo y la picaba, la picaba y hacía un pozito, y en ese pozito se ponían sacos, o pedazos de trapo que ya no sirvieran, se utilizaban ahí, y ahí se remojaba la greda, por 24 horas” (Ximena Molina).

Los terrones, machacados con martillos o combos, extrayendo las impurezas que salgan, se echan por capas al hoyo, alternándose con capas de arena (Pastoriza Jofré y José Vidal, Pueblo de Indios), cubriéndose por completo con agua para que se “pudriera” la greda, tapando el pozo con un paño. Luego de un tiempo de 24 horas o tres días, dependiendo del apuro por producir piezas, se quita la tierra o paja a mano y se extrae la greda mezclada para preparar la pasta cerámica.

Mezcla: el tipo de pasta cerámica era uno solo, no se hacían distintas pastas para diferentes formas o usos de la pieza a producir. Se hace con arena y arcilla en proporciones dictadas por el gusto y experiencia del

alfarero: “ahí veíamos nosotros la cantidad de arena, le pasábamos el dedo mojado y la veíamos, si negreaba la greda, estaba buena, en la greda, y si no, le faltaba todavía” (Rosa Palominos, Pueblo de Indios), no existiendo un instrumento dosificador, salvo la medida utilizada por Ximena Molina (Pueblo de Indios), quien usa un lavatorio como medida; pudiendo incorporarse nuevas porciones de arena a la mezcla hecha antes en el remojo, “se espolvoreaba igual que la masa de cuando usted va a hacer pan” (María Castro, vecina de Domitila y Sabina Cavieres, Machalí). Para el caso de la “tierra blanca”, la proporción es de un 30 o 40% del total de la mezcla.

Amasado: “[S]e iba pisando, con el pie, tenía que ir quedando la masa como masa para pan, mientras no tirara globitos la greda no estaba lista, cuando la greda tiraba los globitos, entonces la greda estaba preparada” (Ximena Molina, Pueblo de Indios). En todos los casos registrados se hacía con los pies, se “pisaba” bien la mezcla sobre sacos de cáñamo por un periodo no especificado de tiempo, en el cual se considera que la pasta cerámica está lista, lo que se determina a través de un examen al tacto, o del momento en que la greda “se tiraba peítos” al pisarla (Agustina Olguín, hija de María Garay, Coinco; Delfina Zamorano, hija de María López, Coya). Un buen amasado asegura la cohesión de la pieza a confeccionar, pues logra incorporar adecuadamente en su estructura las partículas de arcilla con las de antiplástico.

Almacenamiento: generalmente no se almacena la pasta cerámica, pues se prepara y se trabaja inmediatamente. Cuando se almacena, solía hacerse en sacos de cáñamo o chalecos viejos (Dominga Díaz, Lo Miranda), al interior de los cuartos-taller o en sectores frescos y sombríos del patio.

b. Confección Piezas

Esta se compone de 4 procesos: *Modelado*, *Callaneado*, *Alisado*, *Decoración* y *Secado*.

Modelado: en todos los casos estudiados la técnica es el adjudado (uso de bola o colombina y lulos o rodetes), tal como se describe a continuación:

1. De la greda preparada se extrae una porción o bola,
2. la cual se toma con una mano y es hendida en su centro por la otra mano mediante reiterados golpes de puño, resultando una especie de cuenco de paredes irregulares,

3. éste se pone sobre un “plato” o “molde” como base, al cual se le da la forma deseada subiéndolo y emparejando las paredes con una paleta de madera untada en agua (“cogotear” la pieza),
4. pudiendo subir las paredes –dependiendo del tamaño de la pieza–, mediante el uso de o rodetes, “lulos” de greda que se van superponiendo en forma de espiral al cuenco ya levantado y adelgazado, cuyo borde se humedece para que pegue mejor,
5. cuando ya se han pegado varios “lulos”, se hace desaparecer la juntura y se adelgazan un poco las paredes de la pieza, usando paletas de madera, cucharas y “mates”. Y así, hasta lograr el tamaño deseado.



Fig. nº 34. Técnica de Adujado. Extraída del Artículo “Introducción a la Cerámica Prehistórica y Protohistórica de Galicia” de Isabel Cobas y Ma Pilar Prieto. Universidad de Santiago de Compostela, 1999.

No debe confundirse el uso de los “moldes” aquí mencionados con la técnica de moldes en alfarería, asociados a la producción de piezas en serie, puesto que los “moldes” de los alfareros locales *“eran platitos de greda, pero sin pulir, los hacía nomás, los dejaba secar así nomás, y los cocía y después ya le servían para molde”* (Marta Dinamarca, nieta de Dominga Díaz, Lo Miranda), usados para dar base a las bolas de greda recién modelándose: *“las hacía en un molde, podía tener un plato abajo, algo para que la cuestión quedara con borde, igual las sentaba así cuando estaban blanditas, pa que se les hiciera el asiento, no las hacía lisas abajo, y ahí les iba pegando toda la cuestión hasta que terminaba”* (Delfina Zamorano, hija de María López, Coya). Sólo en un caso no se hace alusión al uso de molde, si no que a una tabla que la alfarera Ester Valencia (Lo Miranda) se ponía sobre las piernas para sentar las piezas que modelaba. Para evitar que la greda fresca se pegue al molde, se espolvoreaba un poco de ceniza o arena.

Las paletas son usadas para remover las irregularidades en el grosor de las paredes de la pieza, aplicándose con abundante agua. El grosor y uniformidad de las paredes es variable, yendo desde piezas de paredes muy gruesas e irregulares, con “cototos” (Tránsito Silva) hasta piezas de paredes delgadas y finas como las de Pastoriza Jofré, José Vidal (Pueblo de Indios) y Luis Achurra (Lo Miranda). Cuando se trata de piezas grandes, como las tinajas, la subida de paredes debe hacerse paulatinamente, dejando tiempo para que se seque un poco la pieza antes de seguir agregándole peso con el resto de la greda; para esto se debe cubrir el borde de la pared con nylon u otro material que impida que pierda humedad, y al proseguir con el levantado de la pieza tener el cuidado de hacer una buena juntura con el borde anterior.

En el caso de las figurillas, no hay muchas referencias (María Paz Rozas, nieta de María Padilla, Coinco; Adriana Rojas, Pueblo de Indios), pero se sabe que son piezas huecas por dentro. Se hacían de forma similar a la enunciada anteriormente, donde a partir de una bola ahuecada se hacía un cuenco que a través de la aplicación de rodetes se iba cerrando hasta dar la forma del cuerpo del animal, al que luego de secar un poco se le agregaban las extremidades y otras partes faltantes.

Callaneado: o “mateado”, consiste en emparejar la pieza “en verde” (poco después de modelarla, con un leve secado), quitando las irregularidades o excesos de grosor en sus paredes. Para ello se desliza la cara externa de un “mate” (fragmento de calabaza) por las paredes internas de la pieza, o bien cucharas viejas y fragmentos de vasijas cocidas quebradas (Rosa Palominos, Pastoriza Jofré, José Vidal, Adriana Rojas, de Pueblo de Indios); exceptuando a Ester Valencia (Lo Miranda), quien hacía el mateado con la suela de un zapato, y a Pastoriza Jofré (Pueblo de Indios) quien además usaba una concha de almeja. El callaneado también sirve para dar mayor cohesión a las paredes, evitando que tenga filtraciones, y para sacar piedrecillas o “cascajo” que quedase en la superficie, recubriendo con greda el agujero dejado (María Padilla y María Garay, Coinco).

Alisado: es un tratamiento de la superficie de la pieza que permite darle regularidad, por lo cual se considera un elemento decorativo, donde las paredes externas se lustran con un “cordobán” o lengua de zapato de cuero, la cual es humedecida en abundante agua y deslizada por la pieza en verde, logrando con esto una superficie pareja, de tonalidad opaca: *“manejaba ella una fuentes con agua, y unos, se hacía como unos cordobanes de pura lengua de zapato, y de las suelas sacaba de*

esto para matear la loza, de eso sacaba, los cueros eran para alisar, para hacerle borde, le quedaba parejita la loza, bonita” (Juana Díaz Valencia, hija de Ester Valencia, Lo Miranda). En muchos casos la confección de la pieza llegaba hasta esta etapa, dejándola en secado para su posterior cocción.

Decoración: estos elementos son en general escasos, limitándose al pulido, el bruñido, el “encolado” o incluso el alisado en la mayoría de las piezas, efectuándose con menor frecuencia la decoración incisa, ondulada, aplicaciones y el ahumado. Como ya mencionamos el alisado, describiremos las demás técnicas, divididas en Técnica “en verde” y Técnica en seco.

En Verde, con la pieza sin secar aún, se hace el pulido o bruñido, el ondulado, el inciso y las aplicaciones, Los primeros se hacían con “piedras especiales”, (Héctor, sobrino de Clara Pérez, Rinconada de Doñihue) piedras “medias azules” extraídas en su mayoría del cauce del río Cachapoal, cuando no traída por parientes o los alfareros mismos desde la costa o ríos de otras zonas (Teresa Cornejo, Pastoriza Jofré y José Vidal, Pueblo de Indios), que dada su suavidad resultan útiles para deslizarlas sobre la superficie de piezas cerámicas en proceso intermedio de secado, ejerciendo una leve presión que va compactando sus paredes externas. Esto tiene dos funcionalidades: una estética, relacionada con el mayor brillo que presenta la pieza al terminarse, y otra impermeabilizante, ya que las piezas adquieren una estructura más maciza, impidiendo que al ser usadas “se pasen”. La calidad del pulido es regular, pues en la mayoría de las vasijas son claramente visibles las huellas de cada deslizamiento de piedra que se efectuó al pulir. De todas las piezas observadas, destaca la calidad del pulido de las de Luis Achurra (Lo Miranda), en las cuales las huellas de la piedra no se perciben a simple vista, dando como resultado un brillo parejo, más bien un bruñido, muy similar al de la Alfarería Prehispánica. El ondulado consiste en hacer presión con un dedo en diferentes puntos del borde de la pieza (maceteros principalmente), dando la apariencia de que éste tuviera una “blonda”; el inciso consiste en hacer calados en el borde de la pieza al ejercer presión con el dedo, o hacer líneas al pasar las puntas de un tenedor sobre la superficie; y las aplicaciones consisten en adherir a la pieza figuras (flores o alas u otra parte distintiva del cuerpo de un animal), “blondas” o “trenzas” del mismo modo en que se adhieren las asas, esperando que la pieza se seque un poco para luego pegarlas, mojando un poco esa zona y borrando luego la juntura.

En seco, se usa el engobe con colo o “encolado” y el ahumado, que consisten respectivamente en: pasar un paño untado en colo por toda la

cara externa de la pieza (en fuentes, pailas y librillos también la cara interna), impregnando la capa de arcilla roja o blanca a su superficie (engobe total), luego pasando las piedras de pulir, para finalmente cocer la pieza, quedando incorporada a su pasta una coloración monocroma permanente; también puede llevar dibujos hechos en color rojo o blanco sobre la superficie ya encolada previamente con la tonalidad opuesta (dibujos en engobe, María Garay, Coinco). El ahumado consiste en ennegrecer la superficie de la pieza al ponerla a cocer con “pasto” (no se especificó cuál especie) o aserrín, donde el hollín se impregna a la pieza de manera indeleble: *“lo cocían en una fogata, con algún tipo de pasto que quedaba ennegrecido muchas veces, y la gente creía que esa loza era negra, (...) estaban hermosos, incluso a mí me llamaba la atención que cuando los sacaban de ahí estaba brillante la loza, era bonita como esa, pero conservaban el brillo, negras, negras, bien negras”* (Aquilés Carrasco, comprador mayorista de loza, Doñihue).

Secado: no hubo muchas referencias que detallaran las condiciones en las cuales se desarrolla este proceso, lo que evidencia la variabilidad de éste, pero sabemos que es un proceso lento, debido a que la pérdida de humedad en la pieza produce el encogimiento de la estructura de las partículas de arcilla que hay en la pasta cerámica, pudiendo producir agrietamientos si este encogimiento se da bruscamente. Se hace en lugares abiertos y cerrados o protegidos del sol, dependiendo de la estación y del grado de secado en que se encuentre la pieza; los únicos materiales reseñados corresponden a dos casos, uno en que se envuelve la pieza con galega (*Galega officinalis*, planta leguminosa) para que seque lento (María Garay, Coinco); y otro en que las piezas se envolvían en chalecos viejos y se dejaban bajo la sombra de una higuera (Dominga Díaz, Lo Miranda). El tiempo de secado es muy variable, yendo desde 2 meses para piezas grandes en invierno (Tránsito Silva y José Devia, Machalí), hasta 3 o 4 días para piezas más pequeñas en verano; periodo durante el cual se hacen las terminaciones y decoración en verde de la pieza, pudiendo iniciar las labores de pulido ya después del primer día de secado.

c. Cocción de las Piezas

En todos los casos la técnica es la de “hornillas”, que consiste en hacer una pila a ras de suelo con el combustible y las piezas confeccionadas, la cual se enciende sin tener paredes, techo, tapa o ningún otro elemento cobertor que permita la concentración de calor (elementos propios de los hornos); salvo en el caso de José Devia (Machalí), quien recientemente

hizo un horno a leña para cocer tinajas³⁴, pero la técnica de cochura que aprendió de su madre (Tránsito Silva), y que usó hasta la implementación del horno, fue la hornilla. Esta actividad se realiza en los exteriores de la vivienda³⁵, en un horario en que haya poco viento, iniciando la cochura desde las 16:00 o 19:00 hrs. aproximadamente (María Padilla, Coinco; Tránsito Silva, Domitila y Sabina Cavieres, Machalí; Ximena Molina, Pueblo de Indios), “*porque el viento quiebra la loza cuando está caliente, quiebra hasta el fierro el viento y no va a quebrar la loza, ¡chiring! y se quiebra*” (José Devia, Machalí), por lo cual además solía hacerse en un lugar resguardado del viento (bloqueado por alguna pared).

La cocción se realizaba a través de los siguientes pasos:

1. *Pre calentamiento de las piezas*: la loza terminada se sacaba todo el día o toda la tarde al sol para que se terminara de secar y estuviera “templada” al ponerla en la hornilla; en el caso de Ximena Molina (Pueblo de Indios), además se sacaban brasas y se iban poniendo sobre las piezas antes de ubicarlas en la pila.

2. *Cama de combustible*: a ras de suelo se ponía bosta de vaca abundantemente, cubriendo la superficie que ocupará la pila de loza. En dos casos se hizo referencia a hornillas hechas en hoyos (Luis Achurra, Lo Miranda y María López, Coya), pero esto ocurría por desgaste y hendidura del suelo debido a las continuas hornillas hechas sobre él.

3. *Armado de la pila*: sobre la cama de combustible se colocan las piezas ordenadas circularmente según tamaño, primero las piezas grandes puestas boca abajo, y el resto colocadas de forma oblicua, ocupando los espacios intermedios dejados por las vasijas grandes³⁶; luego se cubren con bosta de vaca y palitos (leña pequeña) en la superficie y espacios que quedan entre las piezas, pudiendo afirmarse la pila con troncos de “cardones”.

4. *Encendido del fuego*: este se prepara aparte y se pone en un orificio dejado en el centro de la parte superior de la pila, debiendo mantenerse echando bosta y palitos en las partes que quedaban al descubierto, sin

³⁴ Dentro del proyecto FONDART anteriormente enunciado, se adaptó el horno de José Devia para la quema de tinajas, mediante la transmisión de conocimientos de un alfarero de Pomaire.

³⁵ Sobre los participantes de la actividad, ver cap. IV, LOS ALFAREROS. División del Trabajo.

³⁶ Exceptuando a José Devia, quien coloca las piezas grandes boca arriba y en su interior va poniendo las pequeñas.

mover las piezas, por un lapso que va desde 45 minutos (Adriana Rojas, Pueblo de Indios) hasta un promedio de 2 o 3 horas para la mayoría de los alfareros, periodo durante el cual la loza debía ponerse al rojo vivo. A pesar de escoger un horario en que no había viento, cuando corría en esta etapa se perdía mucha loza: *“pero a veces cuando venía ese viento jay, no me diga ná!, un crujidero igual que cuando usted quiebra un vidrio, cuando no se partían, se hacían unos hoyos, joh, qué terrible oiga!”* (Agustina Olgúin, hija de María Garay, Coinco).

5. *Retiro de piezas y evaluación:* luego del tiempo estimado de cocción, dejaba de echarse combustible a la hornilla y se dejaba enfriar sola, generalmente durante toda la noche para sacar al día siguiente la loza, pues al removerla estando caliente se corría el riesgo de quebradura, *“porque se quema y la sacan, la pesca el viento y se quiebran”* (José Devia, Machalí). Retiradas las piezas, se sacudían con un paño y se evaluaba la calidad de la cocción: *“cuando estaban bien coloraditas y ellas las tocaba así, sonaban clarito, y cuando estaban, sonaban muy oscuro, era porque no estaban bien cocidas”* (Delfina Zamorano, hija de María López, Coya). Las piezas mal cocidas solían quemarse en otra oportunidad, exceptuando a María Padilla (Coinco), quien las dejaba aparte de las piezas bien cocidas, pero las vendía igual. Fue habitual durante esta investigación recibir comentarios sobre loza con mala calidad de cocción proveniente de Pomaire, *“jamás a ella le dijeron que nosotros le echamos agua, y se deshizo”, como allá en Pomaire, que mi hermana compró una olla y le echó agua y al otro día amaneció así (gesto de desparramada)”* (Delfina Zamorano), tema que resulta de especial interés para los alfareros, que se esmeran por sobre los demás aspectos de producción en hacer piezas con una buena cocción, incluso teniendo métodos de prueba para los clientes más escépticos: *“nosotros le probábamos el trabajo, nosotros sacábamos un plato al rojo vivo del fuego y lo echábamos a un tiesto con agua, para que la gente los viera”* (Ximena Molina, Pueblo de Indios).

Como resultado de la técnica de cocción, las piezas pueden tener una apariencia de tonalidades irregulares, con “manchas” ennegrecidas producidas por humo, las cuales no afectan la calidad ni el valor comercial de éstas, pudiendo eliminarse -si así se desea- echándolas a cocer de nuevo.

Al terminar todo este proceso, las piezas estaban listas para su comercialización, que en muchos casos se hacía inmediatamente, con clientes que las llevaban apenas se entibiaran en la hornilla. Para que las piezas destinadas al consumo y transformación de alimentos fueran

aptas para su uso debía hacerse un último proceso: el “curado” de las piezas, evitando que su contenido “se pase” al sellar sus poros; lo que se lograba generalmente al poner leche de vaca sobre la pieza al rojo vivo, la cual “se subía”, dejándola cubierta; pudiendo también llenarse la vasija con agua hirviendo proveniente de la cocción de porotos, o pasando grasa de pollo por sus paredes internas y luego calentándola. Este proceso generalmente lo hacía el comprador, pues afectaba la presentación de las piezas, a menos que fuera solicitado a los alfareros, caso en el cual se aplicaba leche a las piezas al rojo vivo, recién sacadas de la hornilla.

d. Taller

Emplazamiento: todos los talleres son parte del espacio habitacional de los alfareros. Exceptuando la etapa de recolección de materia prima, ninguna otra etapa de la producción cerámica se desarrolla fuera de este lugar. Destaca el caso de Teresa Cornejo (Pueblo de Indios), quien tiene un taller en otro lugar, ya que se cambió de vivienda y utiliza el antiguo taller situado en la casa de su difunta madre, Edelmira Molina. Los espacios habitacionales corresponden a “cuartos de tierra” concedidos por inquilinaje en los fundos (María López, Coya; Tránsito Silva, Machalí); terrenos propios dentro de los pueblos (la mayoría)³⁷ o terrenos arrendados dentro de pueblos (Tránsito Silva, Machalí), en los cuales se emplazaba la vivienda-taller.

Secciones: de manera general los talleres disponen de espacios que cumplen las siguientes funciones:

1. Almacenamiento de Materias Primas (greda, arena y combustible)
2. Un hoyo o continente para mojar la greda a preparar
3. Para modelar y pulir piezas
4. Para secado al sol y secado en sombra
5. Para hacer la hornilla
6. Para almacenar la loza ya lista para su comercialización. Puede hacer la función de tienda también.

Respecto a las 2 primeras funciones, estas se efectúan en el patio de la vivienda, o haciendo uso de “ranchos” o cuartos-bodega para guardar materia prima, y de espacios sombríos para mezclarla sin que se “arrebate”.

³⁷ Hay datos sobre alfareros donde sólo se dieron vagas referencias, pues los informantes eran niños cuando los conocieron.

El sector de modelado y pulido generalmente se ubica en el exterior de la vivienda, en corredores techados (Tránsito Silva, Machalí; María Padilla Miranda, Coinco), “ramaditas” (Sabina y Domitila Caviedes, Machalí; María Carrera, Rosa Jaña y Clara Pérez, Rinconada de Doñihue; Rosa Palominos y Adriana Rojas, Pueblo de Indios), o completamente al descubierto en el patio (Margarita y Jesús Guaquiante, María Padilla, Adela González y María Garay, de Coinco; Filomena Fuentes, Luis Achurra y Ester Valencia, de Lo Miranda; María López, Coya; Pastoriza Jofré, José Vidal y Ximena Molina, de Pueblo de Indios). Junto a éstos, también se podía hacer uso de espacios del interior de la vivienda, siendo más bien estacional (de invierno), ocupando el cuarto de cocina-fogón (María López, Coya; Tránsito Silva, Machalí; Ester Valencia y Luis Achurra, de Lo Miranda; Olga Abarca y Rosa Palominos, de Pueblo de Indios).

En menor medida se usan los cuartos destinados exclusivamente como taller, como es el caso de José Enrique Devia (Machalí), quien posee 4 habitaciones destinadas a la producción cerámica: una de confección, una de secado y dos de almacenamiento-tienda, sumado a los espacios externos destinados a cochura y almacenamiento de materia prima; correspondiendo el resto de los casos a cuartos de secado y almacenamiento de loza terminada (María Padilla, Coinco; Ximena Molina, Adriana Rojas y Rosa Palominos, de Pueblo de Indios).

La cocción de piezas se hacía en los patios de las casas, los requerimientos de dicho espacio sólo se relacionaban con reducir la acción del viento sobre las piezas calientes. Destaca el caso de Sabina y Domitila Cavieres (El Pantano, Machalí), quienes efectuaban la cocción de sus piezas en la calle:

“[T]odos los días sábado, como a las cuatro, a esa hora sacaba su bosta de las vacas, seca, y hacían su fuego ahí, ponían sus ollas, sus fuentes, todo lo que hacían, y le iban poniendo... cociendo, y les iban poniendo bosta (...) una hermana cocía aquí, la otra cocía en la otra esquina (...) y el día en que sabían que iban a cocer, las sacaban, toda su loza, y como te digo las preparaban en la calle” (María Inés Castro).

El almacenamiento de loza terminada es la única función que de manera general hacía uso del espacio de vivienda, al poder efectuarse en cualquier rincón de ella. En el caso de Adela González (Coinco), Luis Achurra (Lo Miranda), José Devia (Machalí), Teresa Cornejo y Adriana Rojas (Pueblo de Indios) existía la “tienda”, espacio destinado a exhibir las piezas terminadas, pudiendo ser a la vez alguna otra área de la

vivienda. La tienda de Teresa Cornejo corresponde a un pasillo que da al patio, con muebles y repisas donde muestra la loza, con un listado de precios anotado en una cartulina sobre la pared; no obstante, su producción es tanta que el almacenamiento ocupa indistintamente las áreas de circulación, de estar o de dormir. La vivienda de Luis Achurra (Lo Miranda) también fue reseñada como un espacio donde indistintamente de sus áreas se guardaba loza.

Tipo Construcción: como ya se mencionó anteriormente, el espacio del taller corresponde más al exterior de la vivienda, por lo cual sus materiales constructivos son casi inexistentes (ramas de culén, coligües). En el caso de los cuartos-taller, son de adobe y poseen ventanas.

Equipamiento: es escaso, existiendo pocas referencias del mobiliario usado por los alfareros, lo que nos da cuenta de lo rudimentario que era. La alusión más frecuente fue el uso de un cajón de frutas o verduras o un piso bajo para sentarse y como mesita de trabajo (Tránsito Silva, El Guindal; Adela González y María Padilla, La Vega) también se mencionó el uso de mesones (María Padilla, Coinco; Dominga Díaz y Luis Achurra, de Lo Miranda; Ximena Molina, Pastoriza Jofré, José Vidal, Teresa Cornejo y Adriana Rojas, de Pueblo de Indios), bandejas de madera que servían de repisa para almacenar loza (Luis Achurra) y palos tendidos horizontalmente para limpiar y revisar la loza recién sacada de la hornilla (María Padilla). En el taller de José Devia, el equipamiento consiste en un piso bajo y dos mesones largos arrinconados junto a dos de las paredes del cuarto de modelado, que poseen una superficie de 1mt. de ancho por 2,5 mts. de largo (aprox.), más unos 80 cm. de altura. En los cuartos de almacenamiento no hay repisas, pues las piezas que produce son de gran tamaño.

Las escasas referencias respecto al equipamiento nos dejan una vaga noción sobre la postura corporal usada para trabajar, “en el suelo nomás”, es la alusión más recurrente, pero también puede ser sentado en un piso bajo (Tránsito Silva y José Devia, Machalí; Adela González y María Padilla, Coinco), o en sillas y bancas (María Inés Cornejo y Ximena Molina, Pueblo de Indios); pero al parecer era en una posición muy baja, dejando a fácil alcance de la mano el saco con greda preparada.

Estacionalidad: es de preferencia un trabajo estacional de verano, al tratarse de una materia prima muy húmeda y fría para trabajar, de difícil recolección en invierno (pesa más), y ser ocupados como taller los exteriores de la vivienda. Sin embargo, se señala que “los antiguos” trabajaban también en invierno, y había varios alfareros que trabajaban

tanto en invierno como en verano: Dominga Díaz, Ester Valencia y Luis Achurra (Lo Miranda); María Carrera y Rosa Jaña (Rinconada); María Padilla, Carmen Pinto y Adela Rosa González (Coinco); Domitila y Sabina Cavieres, Tránsito Silva, José Devia (Machalí), Rosa Palominos y Olga Abarca (Pueblo de Indios). Y alfareros que trabajaban de preferencia en verano: Clara Pérez, Filomena Fuentes (Lo Miranda); Juana Garay Ruz (La Vega), Ximena Molina, Pastoriza Jofré, José Vidal, Adriana Rojas (Pueblo de Indios). También está el caso de Amelia Cerda (Machalí), quien practicaba la alfarería todo el año, pero más en invierno, pues además trabajaba cocinando en un hotel, sobretodo durante el verano.

Algunos tenían una clara rutina de trabajo, parcelando los días de la semana según labor, como María Padilla con su esposo Raúl Marchant (Coinco), quienes ocupaban los días lunes y martes en obtención de materia prima y modelado, jueves y viernes para cocción, sábado y domingo para comercialización; o Tránsito Silva, Domitila y Sabina Cavieres (El Pantano, Machalí), quienes ocupaban los días sábado en la tarde para cocer sus piezas. Otros se dedicaban a trabajar en la loza los fines de semana solamente, pues trabajaban en otras cosas fuera también (María Garay, Coinco; Amelia Cerda, Machalí).

Herramientas: las herramientas especializadas que se usan para la confección de las piezas cerámicas (exclusivas para esa labor, no como los sacos, palas o picotas) son de factura casera, de carácter tosco y poco duradero (en relación a herramientas especializadas del trabajo de los ceramistas profesionales, por ejemplo). Son en tal grado rudimentarias, que muchos entrevistados señalaron que en ciertos procesos no se usaban herramientas, *“la iban formando a pura mano nomás”* (Héctor, sobrino de Clara Pérez, Doñihue); y al preguntar a familiares de alfareros si conservaban algunas de ellas, la respuesta unánime era que no, *“es que eran cosas rústicas”* (Luciana Gutiérrez, sobrina nieta de Tránsito Silva, Machalí). Presentaremos las herramientas según etapa de producción en el siguiente cuadro:

Etapas de producción	Herramienta	Material	Referencia
<i>Obtención de materia prima</i>	chuzos, palas, picotas, barretines, sacos, carretillas y carretelas	de procedencia fabril; fibra de cáñamo (antiguo "saco papero")	todas las comunas
<i>Limpieza y preparación de la pasta cerámica</i>	sacos, tiestos, combos, martillos colador de colo y harneros	fibra de cáñamo; de procedencia fabril; panty y recipiente; palos y malla	todas las comunas no hay colador de colo en Machalí
<i>Modelado</i>	moldes o tablas, paletas, tiestos para agua y mesitas	greda cocida o palo; palo de álamo o tabla y fragmentos de calabazas; cajones de verdura viejos	todas las comunas
<i>Callaneado (mateado)</i>	raspadores	fragmentos de calabaza, cucharas viejas, cuchillos viejos, concha de almeja y suela de zapato	todas las comunas almeja, Pastoriza Jofré (Pueblo de Indios) y suela, Ester Valencia (Lo Miranda)
<i>Alisado</i>	cordobán	lengua de zapato de cuero	todas las comunas
<i>Decoración</i>	marcadores, tiestos para encolar y pulidor	tenedores viejos y piedras lisas de río	todas las comunas, menos tiesto en Machalí tenedor, Ximena Molina (Pueblo de Indios)
<i>Secado</i>	envoltorios	galega y chalecos viejos	María Garay (Coinco) y Dominga Díaz (Doñihue)
<i>Cocción</i>	horqueta	de procedencia fabril	todas las comunas

Tabla N° 10. Herramientas. Destacan por su escasa perdurabilidad, o por su uso en múltiples funciones.

3. Conclusiones del capítulo

A la luz de los antecedentes presentados, podemos definir la alfarería de la cuenca del río Cachapoal como una **alfarería campesina de origen indígena**, con claros rasgos técnicos de la alfarería tradicional-indígena que hasta estos días se produce en Chile y el continente, tales como el uso de "molde"³⁸ para hacer la base, el uso de la técnica de adujado, o bola ("bonete" o colombina) y rodetes ("lulos") para subir las paredes de

³⁸ Yolanda Mora (1974), consigna el uso del "molde" o *unpivoted turntable* (George Foster, 1959) como un elemento presente en la cerámica de origen indígena de lugares como Colombia ("platico para bailar loza" de Ráquira), México ("kabal" de Acatlán, Puebla, Campeche y Yucatán, o el "molde" de Coyotepec) y Norteamérica ("puki" del suroeste), por lo cual este elemento posee una extensión mucho mayor que el territorio donde se disemina la cerámica de la cuenca.

la pieza, las herramientas de calabaza y el uso de “hornillas” para la cocción; elementos propios de la alfarería indígena registrada etnográficamente en América, que no corresponden a las técnicas de la cerámica denominada “hispanica”, caracterizada por el uso del torno, el horno cubierto y elementos decorativos como el enlozado; por lo tanto, originada en un contexto anterior a la llegada de los conquistadores a América, evidenciado por los análisis cerámicos de diversos sitios arqueológicos del continente, con piezas de hasta 5200 años de antigüedad (Sánchez E., 1988).

Las similitudes presentes entre la alfarería tradicional y la cerámica prehispánica registrada en la cuenca del Cachapoal se dan primero en un nivel más básico: el hecho de que todos ellos comparten un mismo marco ambiental, el cual ofreció a través del curso del río y las depositaciones de minerales en cerros que poseen un mismo origen geológico, todos los elementos necesarios para la producción cerámica (arcilla, antiplástico, combustible y agua); por lo que podríamos decir entonces que es el río Cachapoal el que posibilita la alfarería en todos los sectores de la cuenca, desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad.

Las similitudes en el aspecto técnico se refieren al comprobado uso en la cerámica prehispánica de rodetes, la decoración con engobe en “colo”, la preferencia por los antiplásticos de origen mineral (áridos); y el posible uso de un rasgo encontrado en el sitio Chuchunco como pozo de limpieza o almacenaje de pastas (Latorre et al. 2006), similar al uso de un hoyo para remojar arcilla en etapa de limpieza que fue detectado en algunos alfareros tradicionales. A nivel estilístico, si bien no resulta un buen parámetro de comparación, dado que las formas de las piezas cerámicas están sujetas a una dinámica de innovación mucho mayor que las técnicas, resalta la gran similitud entre la denominada “olla porotera” y las ollas características de la cerámica utilitaria de los grupos Lolleo; entre las “fuentes individuales” y los “pucos” presentes tanto en el ajuar funerario como en la cerámica utilitaria de los grupos Aconcagua de la zona; y entre los “jarros pato” y el *ketru metawe* de la cerámica mapuche actual, con antecedentes en los grupos Lolleo de la zona.

En los talleres, se observa un relativo parecido del modo de producción tradicional con el registrado en el PAT, donde no existían grandes centros de producción cerámica ni infraestructura destinada exclusivamente como taller, sino que el taller conformaba parte del espacio habitacional, lo que lleva implícito la organización del trabajo a nivel familiar, como núcleo en el caso actual, probablemente a nivel de

familia extendida (*lof* o conjunto de familias nucleares emparentadas entre sí) para el caso prehispánico, si nos ceñimos al patrón de asentamiento y producción que postula la prehistoria regional. Destaca también la presencia de diferentes focos de producción alfarera dispersos por el territorio, que comparten patrones de producción y categorías estilísticas acordes a su contexto cultural, donde a pesar de la dispersión de los grupos prehispánicos, se reproducían ciertos símbolos comunes a grupos de la zona central según cada periodo; mientras que en la alfarería tradicional se observa –mas allá de las variaciones que cada alfarero aporta- la reproducción de las mismas formas básicas, vinculadas a similares usos; formas claramente propias de una cerámica utilitaria.

Donde se presentan diferencias considerables con la alfarería tradicional es en el manejo de las técnicas decorativas prehispánicas del hierro oligisto, el reticulado inciso y formas pictóricas como el Trinacrio y los campos geométricos, la pérdida de tipos cerámicos como los jarros asimétricos –excepto el jarro pato-, lo que sumado a una menor prolijidad en la confección de las piezas tradicionales, visibles en el grosor e irregularidad de sus paredes, falta de simetría en formas “simétricas” y pulido tosco; nos da cuenta de la pérdida de un elemento importantísimo de la cerámica prehispánica: su función social-ritual y como marcador de identidades.

Como podemos suponer, la irrupción del dominio hispánico en el territorio local transfiguró todo el panorama social que se desenvolvía en la cuenca, donde los circuitos de intercambio material y cultural entre los distintos grupos humanos de éste y otros territorios fueron desestructurados, al enajenárseles sus recursos y su forma de organización, haciendo que perdieran sentido los elementos que simbolizaban las identidades del mundo indígena, símbolos que plasmaban su *cosmovisión*, en la cual la cerámica tenía una funcionalidad especial. Las técnicas decorativas de la cerámica social-ritual, más diversas y complejas que las de la cerámica utilitaria, dejaron de practicarse al destruirse el mundo que les daba sentido, quedando sólo los elementos que el mundo hispano requería de la alfarería aborigen: piezas utilitarias de factura simple (poca prolijidad y decoración), donde predominan las formas abiertas y las finalidades de uso para transformación y consumo de alimento³⁹. Posteriormente se

³⁹ Además, la cerámica traída por los españoles hacía uso de técnicas como el torno, el enlozado y el uso de hornos cubiertos.

incorporaron a sus formas las tazas y los platos bajos, manteniendo, a pesar del paso de los años, un carácter innegablemente indígena.

El *sincretismo*⁴⁰ entre lo indígena y lo hispano se hace evidente en la alfarería tradicional estudiada, pues las diferencias estilísticas observadas, especialmente entre la abundancia de formas asimétricas con figuras modeladas o pintadas en las vasijas prehispánicas, y las formas simétricas, abiertas y de escasa decoración en las vasijas tradicionales, nos dan cuenta de una limitación técnica que poseía la alfarería hispana, la dificultad para modelar formas discontinuas en un torno, que sólo permite modelar formas básicamente redondeadas y simétricas; produciendo entonces un estilo cerámico que se impuso a los productores de loza locales, los cuales, a pesar de manejar una técnica de modelado que permitía hacer piezas más complejas, reprodujeron sólo formas simples, legando a futuras generaciones de alfareros la dualidad entre las formas requeridas por el mundo hispano y la técnica indígena; lo simple y utilitario modelado con una técnica compleja. En las manos de los alfareros tradicionales está la misma destreza con la cual antaño se hicieron las vasijas del mundo prehispánico, sólo que su contexto histórico dispuso que las piezas producidas fueran diferentes.

⁴⁰ *Mezcla de elementos culturales tradicionales con otros ajenos* (Massimo y D'Emilio 1993:191). Da origen a una nueva expresión cultural.

IV. Los Alfareros

En la presentación argumentamos que la alfarería tradicional de la cuenca se encuentra casi extinta en la actualidad, dado que no existe una generación de recambio que tome el saber tradicional y le dé vigencia al oficio; este capítulo busca dar algunas claves para entender el porqué.

Para que se transmita un determinado tipo de conocimiento, no basta con que exista la disposición a enseñar, también debe existir un contexto social que haga necesario que ese conocimiento mantenga vigencia. Son los distintos grupos humanos que habitaron la cuenca quienes demandaron que este tipo de tecnología siguiera produciéndose, haciendo deseable por tanto el aprendizaje de sus complicados procedimientos. Así, una tecnología originada en el mundo prehispánico para satisfacer necesidades y expectativas propias de su forma de vivir, siguió transmitiéndose a pesar de las múltiples transformaciones sociales, culturales y étnicas dadas en el territorio, sufriendo modificaciones (decorativo-estilísticas) que la hicieron apta para el mundo de la hacienda posteriormente, y para el cotidiano vivir en los fundos, pueblos e incipientes ciudades del siglo XX. Hoy, viviendo ya en pleno siglo XXI, vemos cómo la extensa trayectoria del saber tradicional de la alfarería en la cuenca se está viendo mermada por el reemplazo de su loza por otras tecnologías, que apuntan a responder a las mismas necesidades que satisfacía la producción cerámica local; haciendo con esto menos deseable que los hijos de los loceros, la generación que conoce los procedimientos para la producción cerámica, siga practicando el oficio, causando la ruptura en la cadena de transmisión del conocimiento, perdiéndose en este punto el acceso al saber tradicional.

Por esto, para comprender la situación actual de la alfarería de la cuenca, debemos adentrarnos en el aspecto social de la producción cerámica, dilucidando el contexto en el cual los últimos alfareros distribuían su producción en la zona; la manera en que la práctica de la alfarería incidía en la economía doméstica y organización del trabajo de los loceros y sus familias; y las formas en que se producía la transmisión del conocimiento tradicional. Este primer ámbito lo denominaremos *Aspectos sociales vinculados a la producción cerámica*.

En la sección denominada *Tradición y Cambio Social*, indagaremos los factores que influyen en la ruptura de la cadena de transmisión del conocimiento tradicional, mediante el análisis de los argumentos que los

propios loceros o su entorno directo consignan como determinantes de la situación actual, y sobre percepciones y prejuicios asociados a la alfarería y sus cultores.

Como se pudo observar, la cantidad de alfareros con vida es muy reducida, más aún la cantidad de alfareros que actualmente se desempeñan como tales –esporádicamente-, pues son sólo Teresa Cornejo Molina (Pueblo de Indios), José Devia Silva (Machalí) y Pastoriza Jofré (Pueblo de Indios, sólo por encargo). En el siguiente gráfico vemos claramente la proporción entre alfareros fallecidos y con vida a la fecha:

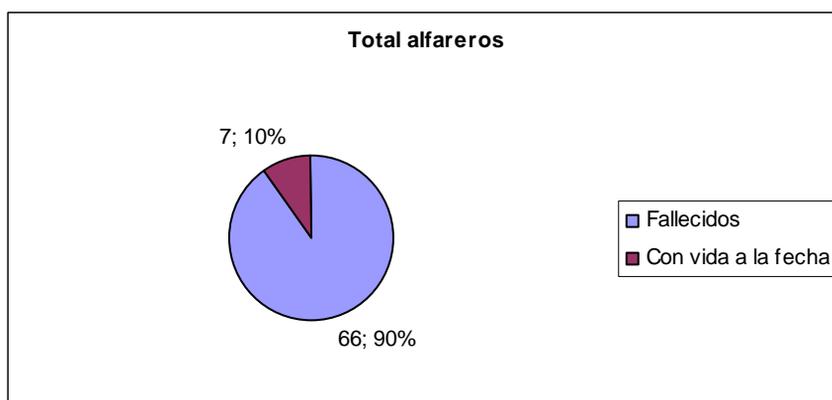


Fig. n° 35. De los 7 alfareros con vida a la fecha, sólo 3 se desempeñan laboralmente como alfareros.

1. Aspectos sociales vinculados a la producción cerámica

1.1. Distribución

Radio de distribución: si bien hay casos donde la clientela proviene de lugares muy distantes, como Osorno y La Serena (Pastoriza Jofré y José Vidal) o Valparaíso (Adriana Rojas), incluso habiendo clientes de la zona que encargaron loza para llevarla a Alemania (Carmen Pinto, Coinco); de manera general la alfarería producida en la cuenca tiene un radio de distribución que va desde ciudades como Santiago y Rancagua por el norte, hasta San Fernando por el sur, tanto en el campo como en los pueblos y ciudades, por efecto de las múltiples distribuciones que cada revendedor de loza hacía más allá de los territorios donde distribuían los alfareros: Machalí, Coya, Sewell, Doñihue, Lo Miranda, Coltauco,

Requínoa, Coinco, Rengo, Malloa, San Vicente de Tagua Tagua, Rancagua, Santiago, etc.

Formas de distribución: la que predomina es la comercialización (venta), por sobre el intercambio (trueque o “conchaveo”). Este último se hacía en algunos casos cuando se comercializaba la loza en el campo, basándose el avalúo de las especies a intercambiar en los precios monetarios de los productos: *“por ejemplo, un azafate, si la persona no tenía cómo pagar, le podía dar una gallina, o le daba unos dos kilos de porotos, o papas, o cualquier alimento no perecible se lo daban (...), a veces en la panadería también conchaveaban pan para los perros, ñejeo, y pan para comer, se lo conchaveaban”* (María Paz Rosas, nieta de María Padilla, Coinco). Menos frecuente era dar fiada la loza (María López, Hacienda Perales, Coya), pudiendo cancelarse el día de pago en el fundo *“la gente iba allá y a veces no llevaba plata y las traían así, y después en el día que se pagaban, ellos venían acá al pago y ahí le pagaban todo”* (Delfina Zamorano, hija). En suma, la distribución se refiere a la comercialización directa de la producción (obteniendo un pago monetario inmediato), y sólo a nivel secundario se daban otras formas de pago.

Respecto a la manera en que se efectúa esta comercialización, no existe una común a todos los alfareros, pues algunos se localizaban en pueblos con alta afluencia de visitantes (Doñihue, Machalí), otros en sectores históricamente reconocidos como zona de productores de loza (La Vega de Copequén en Coinco y Pueblo de Indios), y otros en medio de los fundos (María López, Hacienda Perales de Coya, Matilde, Hacienda Sanfuentes de Machalí); lo cual junto a la tenencia de medios de transporte (camiones, carretas, carretelas, etc.) o una clientela estable asegurada (comerciantes mayoristas), y la eficiencia de la división del trabajo al interior de los núcleos familiares, va delimitando las posibilidades de distribución a siete formas básicas, ordenadas desde las que demandan más esfuerzo y tiempo del alfarero hasta las relativamente más simples:

a. Venta puerta a puerta por pueblos y ciudades: generalmente era la alfarera sola quien cargaba la producción en un canasto y salía a pie a ofrecerla: *“ella salía a Rancagua de puerta a puerta, pero con puras cosas chicas por el peso (...) en micro, con canastitos grandes ella los trasladaba”* (Alberto Vergara, sobrino de Filomena Fuentes, Lo Miranda). Dominga Díaz, otra alfarera de Lo Miranda, no sólo vendía loza en estos viajes, sino toda clase de productos del campo: *“era una viejita, era comerciante, y nosotros le guardábamos los asientos, los primeros*

asientos a ella, porque viajaba todos los días, llevaba huevos, pollos, alfarería, de estas frutas, de todo llevaba la señora Dominga. Ella tenía unos canastos así largos y les ponían unos paños, le amarraban unos paños de harina, unos paños harineros blancos, y tomaban los canastos” (Regina Flores, vecina del sector Lo Miranda). También podían ir acompañadas por alguno de sus hijos, Ester Valencia (Lo Miranda), iba acompañada por su hija Juana Díaz; Sabina y Domitila Cavieres salían juntas a vender por las calles, y Tránsito Silva (Machalí) iba en carretela acompañada por alguno de sus hijos.

b. Venta por los campos: se acudía a sectores donde recurrentemente tenía clientela el locero, sea a pie o en carreta (esposos María Padilla y Raúl Marchant, Coinco; Ester Valencia, Lo Miranda). Es aquí donde además de la venta se daba el cambio de loza por cosechas.

c. Mercadeo: la alfarera acudía a los mercados o ferias periódicas de las ciudades para instalarse a vender (Tránsito Silva, Machalí; Lugarda Morales, Pueblo de Indios; Adela González, Coinco). No tenía un espacio asignado en esos lugares, era más bien un puesto informal, Adela González conseguía un espacio definido para instalarse gracias a una comerciante del mercado de Rancagua (“Luchita”) que la dejaba vender su loza ahí. Lugarda Morales además iba periódicamente al mercado de Rancagua a vender en las marisquerías las pailas con que se servían las comidas.

d. Puestos en ferias costumbristas: en el contexto de ferias realizadas durante la celebración de aniversarios de las comunas de Coinco o de Rancagua, los municipios invitaban a una serie de artesanos a instalarse con un puesto para vender sus productos, por lo cual esta era una actividad de tipo extraordinario, a la cual no accedían todos los alfareros, donde incluso se podían quedar alojando en las ciudades anfitrionas, compartiendo con otros artesanos. Ahí Carmen Pinto -alfarera de Coinco que participó por más de treinta años en dichas actividades-, conoció a Luis Achurra, alfarero de Lo Miranda; y a “la chepicana”, alfarera de otra zona, quienes acudían a estas ferias como una excelente oportunidad para comercializar su loza, llegando a venderse 150 piezas por cada día (Carmen Pinto). José Devia con su esposa Olga (Machalí) y María Padilla con su esposo Raúl Marchant (Coinco) también asisten y asistían a este tipo de ferias, en diversas comunas de la región.

e. Venta a puestos comerciales: la alfarera se dirigía hasta tiendas de abarrotes donde vender su producción, aprovechando en algunas ocasiones de comprar en el mismo recinto víveres para su hogar (Amelia

Cerda, Domitila y Sabina Cavieres, Machalí; María Carrera, Rinconada; Dominga Díaz, Elena Padilla y Ester Valencia, de Lo Miranda; María Garay, Coinco; y Lugarda Morales, Pueblo de Indios). Los principales negocios aludidos como puntos de comercialización de la loza de la zona se encontraban en Rancagua, en Machalí (“Casa Lila” de Enrique Aguilera) y en Doñihue (“Almacén Carrasco”, de la familia de Don Aquiles Carrasco). Este último era el principal comprador mayorista de loza de la cuenca, pues absorbía prácticamente toda la producción de Doñihue y Lo Miranda, incluso alfareras de Coinco llevaban su producción a este polo de intercambio comercial:

“Yo vendía mucho, de Pomaire a veces si no era suficiente para los floreros, me ponía afuera haciendo un títere de lo que había, y como pasaba obligadamente toda la gente de los fundos, que para allá hay muchos fundos, para el sector de Camarico, que somos vecinos con Coltauco -que nosotros no tenemos fundos, chacras y parcelas solamente, pero los fundos estaban allá-, Quimávida, Lo de Cuevas, Los Bronces, todos esos, así que ¡uuf!, se llevaban no de a uno, de a veinte, de a treinta, para las casas, y toda la gente que venía a comprar, a caballo, en carretela, se llevaban su locita, para la mamá, para regalo, que tenía un arbolito, una planta herbosa, se llevaban, así que vendía una camionada de loza, a veces no me duraba un mes; y bueno, y no solamente venían de Doñihue a comprar, de la comuna vecina, Coinco, de Olivar, Quinta de Tilcoco, y para este otro lado al poniente, Peumo, que está cerquita ahí también, así que el movimiento era hartó, y no había competencia” (Aquiles Carrasco, comerciante de Doñihue).

f. Venta desde domicilio: cuando los alfareros no llevaban sus productos a las tiendas, eran los mismos comerciantes quienes en camiones, camionetas o carretas iban a buscarlos directamente a sus casas, donde compraban la producción que tuvieran en el momento (Tránsito Silva, Machalí; María Carrera, Rinconada; Luis Achurra y Ester Valencia, de Lo Miranda; Adela González, Coinco; Ximena Molina, Lugarda Morales, Adriana Rojas y Rosa Palominos, de Pueblo de Indios). También era común la concurrencia de clientes esporádicos, que iban a comprar pocas unidades de loza, sólo para el consumo familiar; dirigiéndose hacia los sectores donde habitaban los alfareros, quienes en algunos casos disponían de “tiendas” (Adela González, Coinco; Luis Achurra, Lo Miranda; José Devia, Machalí; Teresa Cornejo y Adriana Rojas, de Pueblo de Indios), y el resto disponía del espacio habitacional (interior y exterior) para exhibir las piezas. Cabe destacar que esta actividad era vista como un “paseo” por los clientes, teniendo un carácter recreativo adquirir las piezas en los mismos lugares donde las producían, pudiendo conocer así el proceso de trabajo: *“las íbamos a comprar a las*

mismas fábricas (...) la señora Clara siempre hacía ollitas, cantaritos y nos daba de yapa, así que era el interés de nosotros” (Albina Soto, vecina de Rinconada de Doñihue).

g. Venta desde domicilio por encargo: habían alfareros que tenían la venta de su producción asegurada, porque periódicamente llegaban comerciantes a sus casas a pedir que hicieran determinados tipos de piezas, dándoles un plazo para que tuvieran lista la producción, donde finalmente las pagaban y se las llevaban: *“venía un caballero que se llamaba Guillermo, él venía a comprar la loza, toda; y él las veía y las vendía en Rancagua, para allá las llevaba (...) él tenía entrega, y cuando no, la señora -gente decente- le pedían jarrones, o le pedían maceteros más chicos, más grandes, (...) y el caballero ese venía en una carretela a buscar toda la loza”* (Agustina Olguín, hija de María Garay, Coinco). Estos comerciantes podían tener almacenes de abarrotes (Aquiles Carrasco), tiendas de decoración (tiendas de figuras para pintar), o ser revendedores de loza, quienes actuaban como intermediarios que distribuían las piezas por diferentes pueblos y campos, como la señora Blanca, quien compraba loza a Pastoriza Jofré y José Vidal (Pueblo de Indios) para revender en Rancagua; o Don Catalino, de San Vicente, quien revendía loza comprada a Lugarda Morales (Pueblo de Indios) por los fundos del sector Las Pataguas y Rinconada. También existían los particulares que de vez en cuando iban hasta sus casas a hacer encargos.

La mayoría de los alfareros que trabajaban por encargo pertenecen a Pueblo de Indios y Coinco (Luis Achurra, de Lo Miranda; María Carrera, Rinconada; María Garay, Adela González, Carmen Pinto, de Coinco; Lugarda Morales, Pastoriza Jofré y José Vidal, Ximena Molina, Rosa Palominos y Adriana Rojas, de Pueblo de Indios), destacando el hecho de que ambas localidades son reconocidas como productoras de loza desde tiempos coloniales.

En suma, de todas las formas de comercialización descritas, la más recurrente es la combinación de venta desde el domicilio con alguna de las demás, definida según la ubicación de su vivienda respecto a polos de desarrollo comercial urbanos (venta puerta a puerta, mercadeo y venta a puestos comerciales), o de lugares reconocidos como productores de loza (venta desde domicilio por encargo), de la tenencia de medios de transporte (venta por los campos, venta a puestos comerciales), y la fama que posea la calidad de su loza (ferias costumbristas, venta desde domicilio por encargo); lo cual denota una

fuerte dependencia de los alfareros hacia sus intermediarios, los revendedores de loza.

1.2 División del Trabajo

Si bien la alfarería es un oficio comúnmente asociado al trabajo femenino, a partir de los antecedentes recopilados podemos afirmar que en la zona estudiada es más bien un **trabajo desarrollado por los núcleos familiares, donde predomina el trabajo femenino en algunas de sus etapas**. Esta afirmación apunta a denotar que la alfarería se asienta fuertemente en un sustrato familiar, no es la alfarera sola quien maneja los conocimientos necesarios y desarrolla el trabajo, sino que en su núcleo familiar, indistintamente de si son hombres o mujeres, también se manejan conocimientos propios del oficio, lo cual los hace partícipes de él. Además, contamos con tres casos de hombres que trabajaban y trabajan como alfareros: Luis Achurra (Lo Miranda), José Vidal (Pueblo de Indios) y José Enrique Devia (Machalí); que si bien son casos excepcionales, debemos entenderlos en el contexto del mercado laboral de la zona, que no fomentó el trabajo en alfarería para los hombres, pues suele ofrecer otras alternativas de subsistencia (ver en este cap. sección Situación Socioeconómica).

Como vimos anteriormente en Aspectos Técnicos, la alfarería no sólo se remite a la acción de modelar las piezas, sino que desenvuelve un conjunto de procedimientos o etapas, las cuales implican un conocimiento especializado, adquirido por socialización (“enseñanza”) y experiencia directa; etapas en las que la persona reconocida por sus pares y la comunidad local como “alfarera” no necesariamente participa, como veremos a continuación.

Recordando que las etapas de producción cerámica son:

Obtención de Materia Prima: extracción de materia prima (arcilla, antiplástico, engobe y combustible); y preparación de la pasta cerámica (limpieza, mezcla y amasado);

Confeción de las Piezas: modelado, callaneado, alisado y decoración; y *Consolidación de las Piezas:* secado y cocción; podemos revisar la forma en que se organizaba el trabajo en alfarería.

Primero que nada, la unidad de producción o “taller” corresponde al núcleo familiar, es decir, la alfarera, su cónyuge y sus hijos (María López, Coya; Carmen Pinto, María Padilla y Raúl Marchant, de Coinco; Amelia Cerda, Machalí; Teresa Cornejo y Ximena Molina, Pueblo de Indios); o la alfarera y sus hijos en el caso de no tener cónyuge o que éste no

colaborara en ninguna etapa de la producción (Ester Valencia y Dominga Díaz, de Lo Miranda; Clara Pérez, Rinconada; María Garay y Adela González; de Coinco; Tránsito Silva, Machalí; Pastoriza Jofré, Adriana Rojas y Lugarda Morales, Pueblo de Indios). En algunos casos el cónyuge acompañaba sólo para la comercialización (Olga, esposa de José Devia). Menos usual era contar únicamente con la colaboración de vecinos y parientes que no pertenecieran a su núcleo familiar (Luis Achurra, Domitila y Sabina Cavieres), siendo más bien un apoyo al trabajo desarrollado familiarmente.

No existía la mano de obra asalariada dentro del taller, trabajar era un deber familiar y no una labor remunerada, contándose sólo dos casos donde se menciona algo similar a un “pago”: en uno la alfarera Amelia Cerda (Machalí) regalaba pequeños cántaros y monederos de greda a sus hijos a cambio de ayuda, y en otro una nieta de Dominga Díaz (Lo Miranda) salía a comercializar parte de su producción, guardando la ganancia para ella. Otro tema es la compra de materia prima que describimos en el capítulo anterior, donde los proveedores (vendedores o niños mandados a buscar materia prima) no pertenecen al taller. Destaca también el hecho de que habiendo varias alfareras en viviendas colindantes (excepto María López, Coya), estas no se organizaban para hacer sus labores en conjunto, cada una trabajaba dentro de su núcleo, recibiendo colaboraciones esporádicas de otras al visitarse: *“cada uno en su casa, ellas viven acá, las otras vendían más allá, las otras del rincón, mi mamá vivía en esa casa; y así, toda la cocían, cada una hacía su loza”* (Agustina Olgúin, hija de María Garay, Coinco). La única instancia de labores colectivas aludida es en Pueblo de Indios, donde antiguamente se organizaban grupos de alfareras con sus hijos para recolectar materia prima (Rosa Palominos).

En todos los casos donde existía colaboración con los alfareros, esta se daba en primera instancia en la etapa de extracción de materia prima, donde se enviaba a los niños a recolectar combustible, y en varios casos a buscar greda y antiplástico también; cabe recordar que la detección de yacimientos no se logra fácilmente, ya que se necesita experiencia para hacer una adecuada inspección del terreno, por lo cual esta actividad solían hacerla los niños junto al cónyuge o la alfarera misma. La preparación de la pasta cerámica también era una labor recurrente para los niños, a quienes se les encomendaba pisar la greda y limpiarla. En esta etapa es donde menos participación de los alfareros se requiere.

El modelado, callaneado y alisado era una labor donde todas las alfareras trabajaban, dándose sólo algunos casos donde los niños

modelaban piezas para la venta (sólo se trataba de unas pocas piezas pequeñas); los cónyuges no participaban en esta etapa, salvo el esposo de Ximena Molina, quien sólo en una temporada trabajó en el modelado para contribuir con el ingreso familiar. El pulido con piedras solía ser realizado por los niños también, al ser una labor liviana. El resto de los elementos decorativos eran hechos por las alfareras.

En la cocción de las piezas, se daba la participación familiar, donde el conocimiento de los horarios, ordenamiento de las piezas, y mantención del fuego era patrimonio de la alfarera, en algunos casos su cónyuge y de algunos hijos; dándose casos donde era el hombre el encargado de hacer la hornilla (Raúl Marchant, Coinco).

Sobre la participación masculina, destaca el caso de Raúl Eliseo Marchant González, esposo de María Padilla (Coinco) de quien nos relatan que hacía todas las etapas de la producción cerámica, excepto la confección misma; participando activa y permanentemente de la producción, como una suerte de facilitador de la alfarera, pues era la fuente de ingresos familiar; manejando un vasto conocimiento en los procesos de extracción y preparación de materia prima, bruñido, cocción y comercialización, por lo cual su hijo "Memo" Marchant Padilla afirma que *"trabajaban los dos igual"*. Esto deja abierta la interrogante respecto a qué estamos denominando como "alfarero", si sólo a quien modela las piezas, o a quienes manejan conocimientos especializados en otras etapas también. El trabajo de los tres alfareros hombres mencionados anteriormente se organizaba de diferentes maneras: Luis Achurra (Lo Miranda) vivía solo, por lo cual su taller no tenía más colaboradores, salvo vecinos que de niños visitaban su vivienda-taller para verlo trabajar, acompañándolo a buscar greda: *"nosotros siempre mirábamos de cuando él iba a buscar la greda, no era mucho lo que traíamos nosotros, porque era pesá, pero éramos varios, nos gustaba andar con él, y de todo lo que traíamos nosotros traíamos como un viaje de él casi"* (Alberto Vergara, vecino de Lo Miranda). José Vidal (Pueblo de Indios), cuando se desempeñó de alfarero no fue como alternativa laboral, dado que el trabajo se daba por encargo y por temporadas; pero cuando trabajó en la loza lo hizo en compañía de su madre Pastoriza Jofré, alfarera con quien vive, contando de niño con la colaboración del resto de sus hermanos. José Devia (Machalí), cuenta con la ayuda de su esposa Olga, especialmente para asistir a las ferias costumbristas como comercializadora de loza, y aparte de ella, no tiene más ayuda dentro del taller, pues su hija –fallecida el 2005- vivía fuera de la región.

En resumen, la alfarería se desarrollaba dentro de unidades productivas domésticas, las cuales básicamente se componían de la alfarera y sus hijos, más algunos casos de colaboración del cónyuge, generalmente para las fases de obtención de materia prima y comercialización. De los alfareros varones sólo José Devia tuvo descendencia, una hija que no siguió en el oficio, así que la conformación del taller para alfareros hombres se reducía a ellos más una colaboradora, exceptuando a Luis Achurra, quien trabajaba solo. No existía el trabajo cooperativo entre las loceras para producir, así como no existía ninguna instancia que aunara en torno a alguna actividad a todas las loceras de un determinado sector.

1.3 Transmisión del conocimiento

Si no existían actividades comunitarias entre las loceras, ¿cómo se lograba entonces transmitir un mismo modo de producción?. Respecto a la gran similitud tanto en aspectos técnicos como estilísticos (sólo para la alfarería campesina característica de la zona), sólo podemos inferir que se debe a un sustrato común de origen indígena, a la permanencia de los modos de hacer alfarería propios del mundo prehispánico, cuyos rasgos se pudieron transmitir en la medida que respondieran a las necesidades alimentarias del mundo campesino-tradicional. Sobre la manera en que este conocimiento de sustrato común se transmitió, podemos señalar que se daba en **focos simultáneos de producción cerámica**, sectores donde sin existir elementos históricos ni etnográficos (relatos de sus habitantes) que vinculen la producción cerámica de cada zona entre sí, se producía y enseñaba por generaciones el oficio, teniendo según el caso mayor o menor profundidad histórica la memoria social respecto al tiempo que lleva transmitiéndose el conocimiento en cada foco. Éstos son: Hacienda Perales de Coya y El Pantano (comuna de Machalí⁴¹); Paradero 1 de Lo Miranda y Rinconada (comuna de Doñihue), La Vega de Copequén (comuna de Coinco) y Pueblo de Indios (comuna de San Vicente de Tagua Tagua⁴²). En todos ellos se señaló que las alfareras y sus antecesores siempre vivieron en la zona, exceptuando a María López (Coya) quien aprendió el oficio al llegar a vivir a la Hacienda Perales, donde una locera -de nombre desconocido- le enseñó a trabajar.

⁴¹ Si bien en esta comuna se hace alusión a los sectores Barros Negros, El Guindal e incluso Chacayes y Manzanar de Coya (referencia incompleta, sin nombres de alfareras), no se consideran como focos de transmisión de conocimientos, pues su origen en los primeros dos lugares se encuentra en El Pantano; desconociéndose el origen de los demás.

⁴² Se desconoce el origen del conocimiento de la alfarería del sector La Puntilla de esta comuna.

Las formas de aprendizaje son dos: *socialización primaria* o aprendizaje desde niños dentro del núcleo familiar, y por *socialización secundaria*, o procesos de aprendizaje desarrollados ya siendo adultos, por observación e imitación de terceros (ajenos al núcleo familiar, vecinos del sector y parientes indirectos):

Respecto a la primera, ésta se daba a través de la participación de los hijos en la división del trabajo, que como vimos anteriormente, era activa y sin distinción de género. Al crecer los niños en continuo contacto con este oficio, muchos de ellos lo adoptaban al crecer como alternativa laboral; habiendo otros tantos a quienes nunca les gustó ese trabajo y buscaron otros, sin interiorizarse mayormente en los procedimientos necesarios: "*a mi no me gustó nunca, era mucho el trabajo, y era poco lo que ganaban, era mal pagada la loza*" (Agustina Olguín, hija de María Garay, Coinco). Distinto es el caso del hijo adoptivo de Dominga Díaz, el señor Luis Achurra, quien a pesar de existir otros trabajos para hombres (fundos aldeaños), heredó el oficio de su madre, convirtiéndolo en su única fuente de ingresos.

El incentivo que las alfareras daban a sus hijos para otorgar continuidad al oficio era muy variable, yendo desde la enseñanza y recomendación de seguir practicándolo, hasta el rechazo a que aprendieran:

"[M]i mamá me decía "aprende niña, aprende –me decía- para que ganes algo", "ah, mamá -le decía yo- si yo me voy a ir de aquí, me voy a ir a trabajar" (Silvia Nuñez, hija de Amelia Cerda).

"A mi misma no me gustó que mis hijas trabajaran en esto, porque es muy aperreo, a veces uno se plantaba el saco con bostas al hombro, y estaban húmedas las bostas, y el saco pesado, a veces me caía con saco y todo, hartó sacrificio; así que mis hijas, todas se iban jovencitas a trabajar" (Rosa Palominos, Pueblo de Indios).

"[L]es aguaitaba, porque mi mamá no quería que yo aprendiera, decía "este trabajo es muy cochino, no quiero que aprendai vos, te voy a pegar si te venís a meter a la greda", y yo, mi abuelita era más, "aprenda nomás" –decía- "aprenda"; yo les robaba un pedazo de greda, me echaba en los rincones y ahí me ponía a hacer, y ahí ellas me aguaitaban, y veían, sacaban las cosas, todas esas cosas chiquititas que yo hacía, las sacaban y ellas las componían, porque yo las dejaba hechas, tirás nomás" (Carmen Pinto, alfarera hija de Magdalena Pinto).

Otra forma común de aprendizaje en los distintos focos de producción era la *socialización secundaria*, dada usualmente por observación e

imitación de terceros, pues la actividad desarrollada por los alfareros llamaba la atención de muchos de sus vecinos, quienes iban a sus hogares a verlos trabajar, algunos de los cuales se aventuraban en la producción cerámica como práctica laboral. En Lo Miranda, fue Dominga Díaz la principal impulsora de la difusión del oficio entre sus vecinas (Filomena Fuentes, Ester Valencia, Elena Padilla): *“a veces andaban pidiendo, pa no trabajar, y las retaba, porqué no aprendían a hacer loza, y esa Ester Valencia, aprendió con ella, después estaba contenta porque había aprendido a hacer loza”* (Eugenia Dinamarca, hija de Dominga Díaz); en Rinconada de Doñihue se consigna a María Carrera como la principal formadora de nuevos alfareros *“en el sector de Rinconada había muchas personas del sector de la María Carrera que ella les enseñaba a los niños y ellos seguían en eso”* (Aguiles Carrasco); en El Pantano de Machalí Beatriz Moreno enseñó a muchas de sus vecinas:

“[S]i casi todas las viejitas de por ahí iban para allá a aprender, si mi abuela les decía “si quieren aprender, vengan poh, vengan a mirar, que mirando se aprende”, y ahí empezaban a hacer cositas con la greda ya, les pasaba mi abuela, y ahí la gente aprendía” (Silvia Núñez, nieta de Beatriz Moreno).

Mientras que las hermanas Domitila y Sabina Cavieres enseñaron a su vecina Consolatriz Silva, quien enseñó ya de adulta a su hija Tránsito Silva, y ésta a su vez enseñó siendo adulto a su hijo José Devia:

“Yo le arreglaba la greda, le arreglaba bien la greda para que trabajara, y después ella me dijo a mí poh “siéntate aquí” -me dijo- “pa que aprendai, si quedai sin pega, te la ganai en ésta”, ya, me costó un poco, aprendí (...) yo estaba viejo ya poh, tenía unos cuarenta años, bueno, yo trabajo en esto de fines de... más o menos, casi unos treinta y cinco años más o menos” (José Devia, alfarero hijo de Tránsito Silva, Machalí).

En Pueblo de Indios hubo un caso en que el aprendizaje de terceros fue más bien experimental, basado en recomendaciones dadas por los mismos comercializadores (Pastoriza Jofré y José Vidal)⁴³. Más usual era que una persona sin ser hija de una alfarera aprendiera el oficio al estar emparentada en algún grado a ella, como Ximena Molina, quien aprendió de su cuñada María Inés Cornejo Molina, alfarera que había heredado el oficio por línea materna, de Edelmira Molina Tobar.

⁴³ Cabe señalar que también hubo instancias para enseñar alfarería en el colegio, donde la alfarera Ximena Molina tuvo una alta participación, pero estas no decantaron en la generación de nuevos alfareros que siguieran con el oficio, así que la modalidad de talleres para escolares no está contemplada en esta descripción de la forma en que se transmitió efectivamente el conocimiento.

Así, el conocimiento se transmitía principalmente de manera matrilineal (de madres a hijos), estableciéndose “linajes” de alfareros cuya data se pierde en el tiempo, al no contar con registros adecuados, ya que en nuestra cultura –de carácter patriarcal- el primer apellido se hereda por línea paterna, perdiéndose entonces el apellido de las mujeres que desde más temprana fecha comenzaron a transmitir el conocimiento a sus descendientes; por esto, las fuentes de transmisión reseñadas sólo llegan hasta las dos generaciones que preceden al informante, esto es, sus abuelas. A su vez, existió el aprendizaje por parte de parientes y vecinos, quienes en algunos casos transmitieron a sus hijos el oficio (Consolatriz Silva a Tránsito Silva, y ésta a José Devia; y Pastoriza Jofré a José Vidal).

Las más antiguas fuentes de transmisión de conocimiento por sector corresponden a Domitila y Sabina Cavieres (que enseñaron a su vecina Consolatriz Silva) y Beatriz Moreno (madre de Amelia Cerda, Raquel y Elvira Moreno) del sector El Pantano de Machalí; Jesús Lobos, madre de Dominga Díaz Lobos, ambas nacidas y criadas en el sector Paradero 1 de Lo Miranda; María Carrera y “Cruz” (madre de Clara Pérez) en el sector de Rinconada de Doñihue. En el caso de Coinco y Pueblo de Indios las fuentes reseñables son difusas, al existir varios linajes donde se practicó la alfarería, transmitiéndose paralelamente al interior de ellos sin extenderse a terceros, exceptuando el caso de Ximena Molina. Las más antiguas fuentes reseñadas para Coinco serían Eloísa Pardo, quien enseñó al linaje de Carmen Pinto; Juana Ruz, quien enseñó a su hija María del Carmen Garay y ésta a Juana Olgún Garay; también Primitiva González y Agustina Costel. En Pueblo de Indios se distinguen los linajes de Leuteria González, abuela de Rosa Palominos y madre de Felicita, Corina y Elcira Jofré; Edelmira Molina, madre de María Inés y Teresa Cornejo; y Tránsito Rojas, quien heredó el oficio a Adriana Rojas y Lugarda Morales.

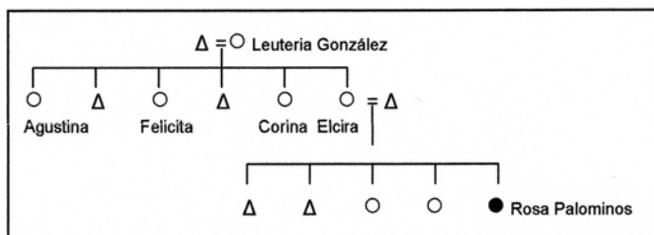


Fig. n° 34. Esquema del Linaje de Rosa Palominos, quien desciende de la alfarera Leuteria González. Los círculos representan mujeres y los triángulos hombres; los que se encuentran unidos por el signo = son los matrimonios de sus antecesores.

De manera general existía una buena disponibilidad de los alfareros a enseñar, visible tanto en su apertura a ser consultados, como en la alusión directa de ellos a instancias donde colaboraron en talleres o enseñando el trabajo a vecinos u otras personas que sentían curiosidad por el oficio: *“quien quisiera venir a aprender, yo no ponía ningún obstáculo para que aprendiera, porque usted sabe que cuando llueve, todos nos mojamos”* (Ximena Molina, Pueblo de Indios). Se relata que Luis Achurra (Lo Miranda) se manifestaba reacio a dar lecciones, sin embargo no tenía problemas en recibir visitas que quisieran aprender por observación e imitación: *“él a nadie le enseñaba, nunca le gustó a él enseñarle a nadie, que miraran sí, porque no le daba nada que estuvieran hartos mirando, le gustaba que miraran y que aprendieran solos”* (Alberto Vergara, vecino de Lo Miranda). Por esto, la generalizada visión sobre el “celo”⁴⁴ en la alfarería no parece incurrir en los casos estudiados, ni siquiera en el caso de la localización de vetas de colo, que eran consideradas verdaderos tesoros para los alfareros.

En resumen, los espacios de la socialización mayoritariamente estaban dados por las mismas unidades de producción domésticas, donde al interior del núcleo familiar se transmitían los conocimientos relativos al oficio, pudiendo darse además socializaciones tardías a terceros, como vecinos y parientes. Si bien existieron instancias de enseñanza de alfarería en colegios por parte de sus cultoras tradicionales, de ellas no surgieron nuevos alfareros.

2. Tradición y Cambio Social

Los factores con que los propios alfareros o su entorno cercano explican el fin del oficio se orientan por diferentes ámbitos: el surgimiento de nuevas tecnologías (plástico); la muerte de sus cultores sin que los más jóvenes se interesen en continuarlo; el esfuerzo físico, humedad y humo que producen enfermedades; la relación poco equitativa entre la cantidad de trabajo demandado y el valor final del producto; la competencia con Pomaire; dificultades de acceso a los recursos; la presencia de oferta laboral femenina en otros lugares; los mayores índices de escolaridad; la escasa valoración que muestra la sociedad por el oficio; la falta de apoyo gubernamental para sortear las dificultades; los problemas tributarios derivados de la informalidad del oficio y la consideración de que es un

⁴⁴ Según Lévi-Strauss, existiría en las sociedades indígenas americanas un *“pensamiento que otorgará a ciertas fuerzas naturales (dotadas de un temperamento exigente) la tutela de una creación que hace de aquello sin forma algo contorneado”* (Montecinos 1995:16). Por eso sería común que las alfareras guarden con celo el conocimiento relativo a la producción cerámica, siendo usual a su vez pensar que “la greda es mañosa”.

trabajo “sucio”, “matador” y de “gente pobre”. Nos extenderemos aquí en los que no hayan quedado explicados durante el resto del texto.

El primer argumento no necesita mayor explicación, lo vemos en nuestras casas diariamente: cuando requerimos utensilios de cocina, lo último que se nos viene a la mente es la necesidad de que éstos sean de greda, pues ya no forma parte de nuestra experiencia cotidiana, igualmente cuando necesitamos maceteros u otros. Pero cuando los buscamos, los lugares donde adquirirlos ya no se aprovisionan en estas localidades, producto de un largo proceso de socavamiento de las formas económicas de éstas; en las cuales la pérdida de capacidad de las alfareras para comercializar su loza juega un rol crucial.

En los casos de Doñihue y Machalí se observa una fuerte dependencia de la prosperidad económica del entorno –vinculado al turismo- para vender su producción, a pesar de existir también loceras que salían a distribuirla a otros puntos, por lo que al pasar el periodo de bonanza en los pueblos, se pierden los focos hacia donde se orientaba la producción, no encontrado otros espacios vacantes para seguir en el oficio. Por otra parte, el caso de la Hacienda Perales, perteneciente a una zona de numerosas alfareras dispersas por distintas haciendas, se encuentra marcado por el fin de dicho sistema agropecuario, generando movimientos migratorios que dejan sin recambio generacional al oficio.

Para el caso de La Vega de Copequén y Pueblo de Indios, la producción estaba orientada a compradores mayoristas principalmente, que conformaban una clientela demandando por innovaciones que hicieran sus lozas más acordes a las preferencias de los compradores; en este sentido es destacable la competitividad demostrada por estas loceras, quienes se adaptaron a nuevas técnicas y diseños, haciendo de su saber tradicional un saber dinámico, capaz de dar respuestas ante los cambiantes gustos y preferencias del mercado, sin por ello dejar sus rasgos técnicos de origen indígena:

“[N]osotros no tenemos máquinas, no tenemos nada, las únicas que son las máquinas son las manos, las que la pulen, las que la levantan, y con un mate y con una paleta uno alisa, con una piedra empareja, y con el colo encola” (Carmen Pinto, Coinco).

Sin embargo, no pudieron competir con la pujante alfarería de Pomaire, quienes valiéndose de procesos semi-industrializados para la preparación de materias primas, modelado y terminaciones, impulsados por una serie de programas de desarrollo local, lograron disminuir los

costos de producción, haciendo con esto más baratos sus precios, lo cual a su vez atrajo al mercado de los revendedores de loza, una de las principales fuentes de ingresos de los alfareros locales. Una vez perdido el umbral mínimo de rentabilidad para competir y seguir siendo un oficio atractivo, surgen otras dificultades propias del quehacer y del contexto actual, que hacen prácticamente obligatoria la opción de dejar la alfarería.

La aseveración sobre lo sacrificado del trabajo fue generalizada entre nuestros entrevistados; sus numerosas etapas, y las condiciones de humedad, frío, exposición al humo y carga de materiales pesados hacen de éste un trabajo que implica un gran desgaste físico, que a la postre provoca enfermedades articulares, pulmonares, urinarias y hasta coronarias: *“se descoyunta una persona, ya entrándole artritis, ya está jodido, y yo he tenido suerte, pero ya, siento que ya de repente quedo enfermo, muy helado el trabajo”* (José Devia, Machalí). Al sopesar el esfuerzo aplicado en la producción cerámica con los precios que el mercado ofrece, la respuesta es evidente: *“era mucho el trabajo, y era poco lo que ganaban, era mal pagada la loza”* (Agustina Olguín, La Vega), *“no es rentable eso, es muy sacrificado y no es rentable, con todas las importaciones que hay, entonces uno busca la novedad, y como uno se ha criado viendo esas cosas, no le llama la atención”* (Regina Flores, Lo Miranda).

Resalta la escasez de instancias de reconocimiento social de la labor de los alfareros, pudiendo comprobarse a lo largo de la investigación que eran exiguas⁴⁵: *“no hubo un incentivo, no sé, nadie quiso seguir, o sea, se murieron ellos y como que se quiso enterrar la artesanía con ellos (...) se dedicaron a otras cosas (los jóvenes), por ejemplo a los estudios, a nadie le llamó la atención”* (María Paz Rosas Marchant, La Vega). Comparado a otras artesanías, fue visible la escasa valoración que posee el trabajo del alfarero en tanto creador, donde el carácter utilitario de las piezas producidas (de escasos elementos decorativos), la visión sobre la “suciedad” del trabajo (producto del trabajo con barro y bostas), y la percepción de pobreza que se genera a partir de la imagen de

⁴⁵ Principalmente de parte de las municipalidades, quienes invitaban a los alfareros a ferias costumbristas (Machalí, Coinco, Rancagua), a hacer cursos o a recibir distinciones como “personaje típico” (Coinco), también exponiendo en Santiago durante el gobierno de Frei Montalva (Ester Valencia). En colegios fueron invitadas a hacer clases (comunales de San Vicente, Rengo y Doñihue); fueron visitadas por investigadores y se les hizo reportajes; incluso se pintó un mural en su honor (Pueblo de Indios). José Devia participó de un Fondart, pero aún así el reconocimiento es escaso, pues no abarcaba a todos los alfareros, y se trata de instancias especiales, que no han dado origen a acciones o actitudes permanentes de reconocimiento, que generen cambios efectivos en sus condiciones de trabajo y de vida.

suciedad, estigmatiza el oficio, siendo considerado como uno de los más bajos de la sociedad rural, el cual sería desarrollado –en los registros más antiguos principalmente- por su segmento más marginal, mujeres pobres y analfabetas:

“[E]ra gente que generalmente, no sé porqué, gente casi analfabeta, la gente que sabía leer y escribir no se dedicaba a eso, no hacían, no sé, trabajaba en madera, hacían licores; en cambio ahora las chamanteras son todas cultísimas, leen mucho, aprenden, ven revistas, películas, viajan, tienen hijos profesionales, pero ellas sienten como un orgullo de poder ser chamanteras, se sienten artesanas” (Aquiles Carrasco, Doñihue).

Mas allá de las condiciones objetivas (visibles) del oficio, esta imagen de la alfarera es un prejuicio que se fue construyendo socialmente, siendo reproducida de manera inconsciente dentro de sus propias localidades; alcanzando el prejuicio hasta a los objetos que producían, al considerarse los utensilios de greda como “platos de pobre” al lado de los enlozados comprados en tienda: *“es que antes estábamos muy atrasados a tiempos coloniales, había loza guardada, pero se sacaba sólo cuando habían visitas, mire qué torpeza no, lo mejor era para el dueño de casa”* (Albina Soto, Rinconada). A pesar de esto, son muchos los alfareros o cercanos a ellos que sienten orgullo y admiración por el oficio, que lamentablemente no han bastado para levantar una actitud de reconocimiento hacia el alfarero como creador, manteniendo una situación de olvido y anonimato en comparación a otros artesanos.

También se nota la falta de políticas gubernamentales en favor de este reconocimiento, que implica un apoyo sostenido en el tiempo a quienes prosigan en el oficio, no sólo la realización de ferias costumbristas:

“[I]magínese mi hija, que sabe trabajar, si él (alcalde actual) hubiera tomado el que le llaman el Puente en su debido tiempo, si le hubieran pasado a ella una plata, para que ella hubiera dicho “yo compro la greda”, “yo voy a traer un viaje de leña”, pero no hizo nada, no hace nada, entonces, qué es lo que pasa, que si a ella le van a pagar ciento ochenta mil pesos por estar trabajando afuera, allá está poh” (Carmen Pinto).

En este sentido, los gobiernos no sólo no han sabido articular adecuadamente redes de apoyo y fomento productivo a los alfareros, sino que por el contrario, los han desmotivado al fortalecer un modelo económico que genera la situación de Nueva Ruralidad, y al ejercer presión sobre la economía informal del alfarero, a través de los agentes del Servicio de Impuestos Internos, que en reiteradas ocasiones, desde los años 80´ en adelante, merodean los barrios de alfareros. Es

necesario señalar que la actividad alfarera obtiene insumos de manera informal, pues la recolección de arcilla, antiplástico y combustible no está regulada por el estado, y la compra de estos insumos en establecimientos que rindan factura hace totalmente inviable este oficio tradicional, por lo que se hace difícil generar una estructura que formalice el oficio, al no existir medidas ni valores claros de insumos ni precios de piezas ya hechas, que se modifican por factores cualitativos (calidades de las pastas, tamaño pieza, complejidad pieza, etc.); haciendo que la cancelación de impuestos por parte del alfarero sólo agudice más la precaria condición con que sitúan sus productos en el mercado.

Finalmente, se observa la falta de organización gremial por parte de los alfareros, que por lo menos permita defender en conjunto su oficio, proponiendo y ejerciendo medidas concretas para seguir existiendo, ya que los problemas que los aquejan son problemas compartidos en las distintas localidades y dentro de los mismos barrios; es más, muchos de sus problemas son compartidos con el gremio de los artesanos en general. La demanda por espacios dignos para la comercialización de sus productos, mejores condiciones previsionales, articulación de redes comerciales, de innovación, capacitación y rescate patrimonial son parte de iniciativas que hoy en día se están trabajando a nivel gremial y en diálogo con entidades gubernamentales y empresariales, frente a las cuales los alfareros estudiados no se encuentran participando.

Actualmente, el “boom” por el consumo de productos “artesanales” en el país beneficia a empresas transnacionales o comercializadores de artesanía foránea, viéndose los artesanos nacionales desprotegidos ante productos extranjeros. Si queremos que artesanías como la alfarería siga existiendo, es desde múltiples sectores y acciones que es necesario actuar, partiendo por conocer el legado alfarero de la zona, haciéndonos capaces de percibir este oficio con todo su espesor humano e histórico, heredero de las artes prehispánicas, sorteando innumerables dificultades para seguir existiendo hoy entre nosotros.

V. Nuevas Experiencias

El año 2004, en el contexto de los talleres de cerámica efectuados por María Eugenia Vergara en la comuna de Machalí, en el sector El Guindal, La Vinilla, Villa los Cipreses y Bellavista en Coya (proyecto FONDART 2004, “*El legado alfarero olvidado de El Guindal de Machalí*”), y en la Escuela de Arte de Prodemu en Coya, se dio paso a una iniciativa que buscaba enseñar alfarería con las técnicas tradicionales de la zona, las cuales habían sido “redescubiertas” a partir de relatos de alumnas de talleres de cerámica (con técnicas convencionales modernas) de la Villa El Guindal de Machalí, quienes rememoraron la existencia de antiguas alfareras que se encontraban prácticamente olvidadas para la comunidad local, María de la Cruz López y Tránsito Silva:

“[H]abía una señora acá en El Guindal que por muchos años ella hizo alfarería... vivía en la calle Vista Hermosa, se llamaba Tránsito Silva. Siempre la veía cómo trabajaba, como ella hacía sus maceteros grandes, hacía fuentes grandes también, para pasteles; ella siempre amasaba, eh – yo le digo amasar- la greda, porque ella la preparaba con la tierra” (Rosa Fernandoi, vecina de Tránsito Silva y alumna en el taller de alfarería 2004).

Los cursos contaron con la concurrencia de mujeres provenientes de diferentes centros de madres vinculados con Prodemu, pertenecientes a familias con variadas situaciones socioeconómicas. Los talleres dieron como resultado la revalorización del oficio por parte de las alumnas que tomaron el curso, de las cuales continuaron practicando esporádicamente las que aparecen en el siguiente cuadro:

Nombre	Sector	Proyecto
Bernales Celinda	Coya	PRODEMU
Castro Adriana	Lo Miranda ⁴⁶	FONDART
Cataldo Miriam	Coya	FONDART, PRODEMU
Contreras Leontina	Coya	FONDART
Contreras Marta	El Guindal	FONDART
Fernandoi Rosa	El Guindal	FONDART
Gutiérrez Luciana	El Guindal	FONDART
López Victoria	Coya	FONDART
Macías Gladys	El Guindal	PRODEMU
Muñoz Lidia	Coya	PRODEMU
Pulgar Lidia	Coya	PRODEMU
Saavedra Clotilde	La Vinilla	FONDART
Vera Ana	Coya	FONDART

⁴⁶ Participó en los talleres de El Guindal y La Vinilla, viajaba y se quedaba en casa de su madre.

Exceptuando a Luciana Gutiérrez (El Guindal), quien era sobrina nieta de Tránsito Silva, no descienden de familias de alfareros, pero algunas de ellas los conocieron: las alumnas de El Guindal conocieron a Tránsito Silva y a José Devia, Celinda Bernales conoció a María López, y Victoria López es comadre de su hija. Sin embargo, no aprendieron el oficio por parte de ellos, al ser muy jóvenes o niñas en los tiempos en que los alfareros estaban vivos (exceptuando a José Devia), por lo que la transmisión de este conocimiento se encontraba cortada: *“yo me iba a jugar con barro a la casa de ella, mi mamá le decía barro, pero yo metía las manos en él, y siempre me gustó y no había tenido la oportunidad de trabajar, porque para eso había que tener técnica también”* (Luciana Gutiérrez). Al consultar si les interesaría conocer la historia de los alfareros de la cuenca del río Cachapoal, la respuesta fue positiva, atendiendo a motivos que van desde el interés por conocer su forma de trabajo y las piezas que hacían, hasta mejorar el posicionamiento de su producción en el mercado, al tener una historia que lo respalde:

“[Y]o creo que al saber uno la historia de cómo empezaron las alfareras acá, uno se abriría a más partes, o sea, yo pienso que al yo saber cómo empezaron las alfareras, estas señoras que fueron las primeras acá, nosotras tendríamos una oportunidad para seguir, por último ya que no somos familiares, nada, seguir en lo que ellas empezaron acá, y que este pueblo tenga algo que decir, por último “en tal parte se juntaron unas señoras y siguieron la alfarería de greda”, porque sería bonito, porque como yo te digo, aquí uno se encierra en esto, no tiene a nadie; así que haya una leyenda” (Celinda Bernales).

En la alfarería encontraron una serie de elementos significativos, tales como la posibilidad de desarrollar una actividad artesanal que no resulte tan costosa en materiales (pues ellas mismas los van a recolectar al cerro), diversificar sus fuentes de ingresos, poder trabajar en un ambiente agradable (en casa o grupalmente); llegando hasta apreciaciones de índole existencial, como mantener un contacto directo con la tierra y desarrollarse como personas creadoras, descubriendo nuevas habilidades en sí mismas: *“me gusta la tierra, me gusta el barro, me encanta, y el crear cosas con mis manos, entonces, no sabía la técnica, pero tenía las ganas y las ideas”* (Gladys Macías).

“[E]s bonito, es como... no sé, da la impresión de estar copiando a Dios, porque Dios fue el primero, el primer artesano en greda que hubo, el primer alfarero fue Dios, porque fue el primero que moldeó al ser humano con barro, y uno no puede darle vida a las cosas, pero yo pienso que sí tienen vida, porque si las hizo uno es porque tienen vida” (Adriana Castro).

En cuanto a los tipos de piezas producidas, cada una de ellas tiene sus preferencias: por un lado están las que modelan figurillas de animales y escenas campestres (carretas con bueyes, caballos con jinete, chimeneas y cocinas a leña), la mayoría de Coya, como Miriam Cataldo, Lidia Muñoz, Lidia Pulgar, Victoria López, Ana Vera, Celinda Bernal y Clotilde Saavedra; mientras que por otro lado están las que modelan vasijas, desde azucareros hasta fuentes y ollas poroterías, como Luciana Gutiérrez, Rosa Fernandoi, Gladys Masías, Adriana Castro y Marta Contreras; incluso aventurándose a hacer réplicas de vasijas precolombinas, como Adriana Castro; todas ellas piezas basadas en la tradicional técnica del adujado, que permite la creación de una variedad de formas mucho mayor que la técnica del torno, o la técnica de moldes de yeso, que produce piezas en serie. Por esto, además del uso de hornillas para cocción, que suele dar tonalidades grisáceas o negruzcas sobre una tonalidad preexistente en las piezas, esta artesanía posee un carácter único e irrepetible, donde cada pieza ha sido modelada a mano, y donde la tonalidad de las pastas puede variar según el lugar donde haya sido recolectada la greda, dando origen a un sinnúmero de matices que las convierten en piezas con un valor agregado: *“el problema es que allá lo hacen con torno, y no me gusta a mí ese tipo de trabajos, quedan súper bien hechos, pero no me gustan, aquí nosotras hacemos piezas únicas”* (Rosa Fernandoi).

Lamentablemente, así como los alfareros tradicionales vieron mermado el desempeño de su oficio, ellas han enfrentado una serie de problemas, relacionados con la falta de recursos (combustible), de espacios apropiados para talleres, pero especialmente de instancias de distribución y comercialización, por lo cual ninguna de ellas ha podido desarrollarse como alfarera laboralmente, teniendo que emplearse finalmente en otros trabajos o como dueñas de casa. Un problema importante es la falta de valoración por parte de la clientela hacia su oficio, al exigirles pautas estéticas y precios por debajo del umbral de rentabilidad, al pretender que su loza tenga similar aspecto y precio a la producida en Pomaire, donde el uso de procesos semiindustrializados garantizan precios más bajos y un aspecto más regular, pero sin la cualidad de ser piezas únicas; *“yo creo que no aprecian mucho lo artesanal, ahora está todo elaborado, adquieren una fuente o qué se yo, una figura a la vuelta de la esquina, más económico”* (Gladys Macías). Los problemas que aquejan hoy a las nuevas alfareras son los mismos que en su momento hicieron que la generación de recambio de la alfarería tradicional de la cuenca abandonara este oficio para desempeñarse en otras labores, lo cual nos habla de un problema estructural que está llevando a la alfarería a su fin, ¿hay esperanza?

VI. El Futuro de la Alfarería de la cuenca del río Cachapoal

Hemos efectuado un recorrido a través de distintas localidades situadas bajo la influencia del río Cachapoal, caracterizadas todas ellas por haber acogido en su seno el desarrollo de una de las más antiguas artesanías que ha creado el ser humano, convertida por los pueblos indígenas de América en una expresión artística de excelencia: la alfarería. Conocimos sus múltiples formas y las técnicas con las que desde remotos orígenes se comenzó a transformar el barro en bellas y delicadas piezas que acompañaron los ajuares funerarios y rituales de nuestros antepasados, y también las piezas utilitarias que protagonizaron la preparación de alimentos en el mundo prehispánico y en la mesa campesina y popular, con toda la carga de festividad, trabajo y vicisitudes que pueden darse entre sus innumerables comensales a través de todos sus años de existencia. Pero también vimos la complicada situación por la que pasa en la actualidad, donde los alfareros están falleciendo sin dejar nuevos cultores que continúen transmitiendo los saberes tradicionales asociados al oficio; que debemos recordar no se limitan solamente a la confección de las piezas, sino que involucran una serie de conocimientos sobre el medio ambiente y sus recursos, dando un testimonio sobre otras formas de conocer y relacionarse con la naturaleza.

El futuro de la alfarería de la cuenca del río Cachapoal es incierto, a pesar del anhelo de los alfareros por que este oficio no muera, pues se ven superados por una serie de factores que imposibilitan que sigan trabajando y que sus descendientes quieran seguir desempeñándose en el oficio; panorama ante el cual sólo un trabajo de intervención social adecuado puede ayudar a cambiar. Sería esperable que la respuesta surgiera desde los propios alfareros organizados y de la ciudadanía en general, revalorizando el oficio; sin embargo, considerando su histórica falta de organización gremial, el abandono en que encuentra este quehacer artesanal, y la escasa valoración que ante la sociedad en general posee en comparación a otras artesanías; la salida que queda para evitar la extinción de esta actividad ya no está sólo en las manos de los alfareros, está en manos del Gobierno, dado que es el único ente con las facultades suficientes para hacer un trabajo de articulación de sectores para efectuar una intervención pronta, eficaz y continua en el tiempo, que apunte a superar los principales escollos por los cuales pasa el desarrollo de la alfarería tradicional: el acceso a los recursos, los problemas tributarios, de distribución y de subvaloración de sus

productos en el mercado; todos ellos problemas solucionables en la medida que se implementen medidas pertinentes a la manera en que se produce y se distribuye la loza en las localidades presentadas. Resulta urgente y necesario el desarrollo de estas medidas, pues de ellas depende la respuesta final a la interrogante sobre el futuro de la alfarería de la cuenca, que según la voluntad política de los gobiernos de turno podrán revertir o no la hasta ahora irrefrenable extinción del oficio.

Dichas medidas deben trabajarse en conjunto con los alfareros interesados, de manera que a partir de la acción conjunta se busquen soluciones adecuadas a las inquietudes que presenten. No es nuestro ánimo efectuar una propuesta de intervención social, la cual de hacerse tendría que ser en primera instancia con los propios alfareros, sin embargo, a partir de la investigación realizada podemos ofrecer algunas recomendaciones para hacer una intervención en el tema con *pertinencia cultural local*⁴⁷. Estas se focalizan en 4 ámbitos: *Obtención de insumos, Articulación de redes, Capacitación y Certificación*, los cuales se entrecruzan en las siguientes propuestas:

1. *Dar empleo a las alfareras tradicionales como monitoras en cursos de capacitación y talleres*: sean acogidos a entidades de desarrollo vinculadas al Gobierno o privados. Dado que muchas de ellas pertenecen a la tercera edad, su salud se vería comprometida al retomar la práctica de la alfarería a un nivel de producción suficiente como para comercializar, por lo que una manera de reconocer su experiencia es integrándolas como monitoras, actividad para la cual poseen gran aptitud.
2. *Solucionar los problemas tributarios y de acceso a los recursos*: gestionando en los casos que sea necesario los permisos para la extracción de arcilla, y garantizando la distribución de combustible adecuado, buscando la manera de regularizar la adquisición de insumos por parte del alfarero, con un sistema tributario especial, parte de un marco regulatorio que fomente el quehacer artesanal.
3. *Implementación de sistemas de modernización de los procesos productivos*: que permitan disminuir el esfuerzo demandado por los alfareros, estos pueden darse para la fase de obtención y preparación de la pasta cerámica, siempre y cuando el desarrollo de estas tecnologías

⁴⁷ Entendiendo por esto el diseño de medidas basadas en las necesidades planteadas por los mismos alfareros, atendiendo al desarrollo histórico, económico, cultural y social particular de la localidad a intervenir; no aplicando diseños efectuados en otros contextos, que fracasan al imponerse sin lograr asidero en la forma en que se hacen las cosas y se toman las decisiones a nivel local.

consideren la opinión de los alfareros locales como guía, pues trabajar con un tipo de pasta que no es la acostumbrada mermaría el trabajo del alfarero, sería como aprender a trabajar de nuevo. Otro aspecto en el cual se podrían incorporar innovaciones es en la cochura, pudiendo incorporarse hornos cubiertos, para prescindir del uso de bosta de vaca, recurso de difícil acceso en la actualidad; esta innovación requiere obligadamente de un proceso de capacitación, pues la técnica tradicional de cochura se hace en base al conocimiento por experiencia, debiendo aprender de nuevo entonces el proceso según nuevos factores. Lo que debieran definir los alfareros es si quieren enfocar su producción a piezas de carácter tradicional, o desarrollar procesos de innovación de diseños y técnicas para adaptarse a otros mercados. De permanecer en lo tradicional, no debiera sufrir modificaciones el proceso de confección de piezas cerámicas, pues es un condicionante de las características formales de las piezas, además de ser un proceso de aprendizaje largo y complejo, que resulta difícil de readecuar bajo otras técnicas.

4. *Articulación de redes de intercambio y comercialización:* vincular a las alfareras a redes ya existentes entre artesanos, el sector privado y entidades gubernamentales ligadas al turismo patrimonial y el desarrollo rural, cultural y regional (Sercotec, Sernatur, Fosis, Sernam, Consejo de la Cultura y de las Artes, Dibam, etc.), en la medida que su artesanía representa un importante elemento de la historia de la zona y que las alfareras mismas representan el último eslabón de una larga cadena de saber tradicional. Para ello es necesario desarrollar nuevos sistemas de distribución de la loza, impidiendo que quede sólo en las manos del mercado, que privilegia una producción con precios por debajo del umbral de rentabilidad del oficio; por lo cual es crucial que su producción sea comercializada dentro de un público objetivo adecuado.

5. *Certificación de Origen:* otorgar a las alfareras un documento que certifique que su artesanía efectivamente proviene de la región y las localidades a las que pertenecen, y que efectivamente la alfarería de estos lugares es de carácter tradicional; documento que puede mejorar el posicionamiento de sus piezas en el mercado, al apuntar a un público más selectivo, que esté dispuesto a pagar un precio justo por una pieza de carácter tradicional de la zona.

6. *Implementar innovaciones en el área de publicidad y presentación de los productos:* etiquetar la producción según su denominación de origen, diseñar nuevos modos de presentación, tanto de empaque como de material informativo relevante, de manera que cuando se comercialice la loza se haga resaltando el valor agregado que posee. Así mismo, para la

comercialización y exhibición de piezas en ferias u otras instancias promocionales, contar con paneles de material informativo.

Estas recomendaciones podrían ayudar a mejorar la situación de los alfareros tradicionales, incentivando a nuevas generaciones u otros a seguir, pero implica un trabajo sostenido en el tiempo, que incluya **marcos legales de protección al artesanado chileno**, para que de una vez por todas el llamado Patrimonio Cultural se valore y proteja en plenitud, partiendo por el ser humano que se encuentra detrás de los objetos.

El tan en boga concepto de Patrimonio Cultural se ha convertido en el pilar sobre el cual se llevan a cabo iniciativas de rescate de Memoria Histórica y Saberes tradicionales locales, pero mientras su promoción no sea capaz de abarcar la dimensión social que tiene toda práctica humana, este Patrimonio no será más que otro fetiche de la cultura chatarra moderna, que más allá de una imagen pintoresca de “lo chileno”, no tiene el espesor histórico ni social que se encuentra en el germen de las tradiciones y objetos “patrimoniales”.

Si entendemos que las tradiciones no sólo mantienen algo anquilosado en el tiempo, sino que permiten que se creen cosas nuevas a partir de conocimientos y modos de hacer que ya existen, de buscar soluciones y generar modelos de desarrollo humano de manera colectiva y con pertinencia cultural local, podemos ver que es imprescindible reconocer cómo estas tradiciones se van gestando y evolucionando en un contexto social cambiante, y de qué manera expresan también la forma en que vemos, trabajamos, nos relacionamos y nos proyectamos hoy. Las tradiciones son como un espejo de agua, en cuyo reflejo podemos vernos y compararnos con las diferentes realidades sociales que vivimos. La Memoria y los Saberes Populares nos hablan de un mundo propio y vivencial, no el que se nos impone desde todas partes hoy, borrando la historia popular y colectiva, enajenándonos y haciéndonos dependientes de otros modelos de vida.

Cuando dejamos de conocer la historia social de los objetos, dejamos de conocer también a sus creadores, incapacitándonos para valorar al ser humano en tanto sujeto imaginativo, que a partir de sus limitaciones y necesidades crea objetos y realidades colectivamente definidas, no objetos independientes de cómo es y vive quien los crea; quedándonos rodeados entonces de puras cosas inanimadas.

Cerramos la presente investigación con las palabras de Adriana Castro, alfarera nueva que desde su particular sensibilidad grafica estos planteamientos:

“[E]s bonito, es como... no sé, da la impresión de estar copiando a Dios, porque Dios fue el primero, el primer artesano en greda que hubo, el primer alfarero fue Dios, porque fue el primero que moldeó al ser humano con barro, y uno no puede darle vida a las cosas, pero yo pienso que sí tienen vida, porque si las hizo uno es porque tienen vida (...) uno pone más creatividad, en todo pone creatividad, pero hay algo como de concentración, uno para hacer una pieza tiene que estudiar de dónde viene esa pieza; por ejemplo, una copia precolombina, uno lo que haga tiene que estudiar primero de dónde viene, de qué cultura viene, tiene que estudiar historia, porque si uno no sabe de dónde viene esa pieza, qué vida le va a dar, uno no le puede dar vida, porque uno no se imagina, no sabe cómo vivió la gente que la hizo” (Adriana Castro).

Bibliografía

ARÁNGUIZ, Sergio, CID, Gustavo, CELPA, Gloria, DRAGO, Guillermo, JIMÉNEZ, Ignacio, PEREIRA, Eduardo, LEIVA, René, SOTO, Justino, ZURITA, Pedro. 1991. *Machalí: ensayo para su Historia*. Edición de la Municipalidad de Machalí.

BAUDET C., Daniela. **Una revalorización del tipo Aconcagua Pardo Alisado**. *Chungará (Arica)*. [online]. sep. 2004, vol.36 supl. [citado 16 Noviembre 2007], p.711-722. Disponible en la World Wide Web: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-73562004000400015&lng=es&nrm=iso>. ISSN 0717-7356.

BÖRGEL, R. 1983. Morfología. En *Geografía de Chile*. Tomo II. Ediciones del Instituto Geográfico Militar, Santiago.

CERPA, Daniel, LABBÉ, Denis, QUILAQUEO, Víctor, QUINTEROS, Alen y ROBLES, Cristián. *Estudios promaucaes. Chile Central (siglos XVII-XIX)*. Informe de Seminario de Grado para Licenciatura en Humanidades con mención en Historia, Universidad de Chile. [on line]. 2004 [citado en Marzo 2005]. Disponible en la World Wide Web: http://www.cybertesis.cl/sdx/uchile/notice.xsp?id=uchile.2004.cerpa_d2principal&qid=pcdq&base=documents&id_doc=uchile.2004.cerpa_d2&dn=1

CONTRERAS, Catalina. *Trabajo informal en una zona rural: la producción clandestina de aguardiente en Doñihue, 1950 – 1980*. [on line]. 2004 [citado en Marzo 2005]. Disponible en la World Wide Web: http://www.cybertesis.cl:8080/sdx/uchile/notice.xsp?id=uchile.2004.codelia_c|TH.3&qid=pcdq&base=documents&id_doc=uchile.2004.codelia_c|TH.3&query=&isid=uchile.2004.codelia_c|TH.3&dn=1

CORNEJO, Luis. *El país de los grandes valles, Prehistoria de Chile Central*. Museo de Arte Precolombino [on line] [citado en sep. 2007]. Disponible en la World Wide Web: <http://www.precolombino.cl/es/investigacion/fichas/pais.php>.

CORREA, Itací. 2006. La tradición alfarera Pitrén y su relación con la tradición Llolleo: un estudio comparativo de piezas cerámicas completas. Ponencia presentada en el *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia*. Manuscrito.

DEL RIO, Carmen y TAGLE, Blanca. 2001. *Región de O'higgins. Breve relación del patrimonio natural y cultural*. Ediciones Corporación de Desarrollo Pro O'higgins, Rancagua.

ESPINOZA, Joel. 2005. *San Vicente de Tagua Tagua: 12.000 años de Historia*. Lom ediciones, Santiago.

FALABELLA, Fernanda y SANHUEZA, Lorena. 2006. Prehistoria de Chile: Zona Centro-Sur. Apuntes de curso dictado para la carrera de Arqueología en la Universidad de Chile. Manuscrito.

FALABELLA, Fernanda, PLANELLA Ma. Teresa. 1989. *Alfarería Temprana en Chile Central, un modelo de interpretación*. Separata Paleoeotnológica. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires.

FALABELLA, Fernanda, PLANELLA Ma. Teresa y TAGLE, Blanca. 2001. Las pipas y la tradición de fumar en las sociedades prehispanas del período agroalfarero temprano en la región central de Chile. Apuntes del curso Prehistoria de Chile: Zona Centro-sur.

FERNÁNDEZ C. Jorge. 1986. *Diagnóstico de materiales cerámicos*. Instituto de Ceramología Condorhuasi. Ediciones Condorhuasi, Buenos Aires.

GODOY, E. 2002. **Remoción en Masa de aspecto cuaternario en el Frente Tectónico Cordillerano de Chile Central, los Depósitos de Colón Coya y Gualtatas, Chile**. En *Simposio Internacional de Geología Ambiental para la Planificación del Uso del Territorio*. Puerto Varas, Noviembre de 2002. [om line] [citado 05 de Septiembre 2007]. Disponible en la World Wide Web: http://www.Sernageomin.cl/pto_varas/Biblioteca/articulospdf/Godoy.pdf+Formación+farellones&hl=es&c=clnk&gl=cl.

HERNÁNDEZ, Roberto. 2005. Antropología del Desarrollo. Apuntes de curso dictado para la carrera de Antropología Social en la Universidad de Chile. Manuscrito.

KESSEL van, Juan. 1996. Cosmovisión Aymara. Los aymaras contemporáneos en Chile. En *Etnografía*, editado por Jorge Hidalgo. Editorial Andrés Bello, Santiago

LATCHAM, Ricardo. 1928. *La alfarería indígena chilena*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Santiago.

LATORRE, Elvira, CORREA, Itaci, SANHUEZA, Lorena y FONSECA, Eugenia. Chuchunco: evidencias de un taller alfarero del Período Alfarero Temprano en Chile Central. Proyecto Fondecyt N° 1030667. Ponencia presentada en el *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Valdivia, 2006. Manuscrito.

MASSIMO, Amadio y D'EMILIO Anna Lucía (editores). 1993 [1988]. *Cultura*. Materiales de apoyo para la formación docente en educación intercultural bilingüe, UNICEF, La Paz.

MINISTERIO DE OBRAS PUBLICAS. 2006. Catastro sitios arqueológicos VI región. MOP, Chile.

MONTECINOS, Sonia. 1995. *Voces de la tierra, modelando el barro. Mitos, sueños y celos de la Alfarería*. SERNAM, Chile.

MORA, de Jaramillo Yolanda. 1974. *Cerámica y Ceramistas de Ráquira*. Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge, Bogotá-Colombia. Editora Arco, Bogotá.

MORAGA, Joel. 2002. *Copequén 500 años, crónicas para su historia*. Ediciones Offset Bellavista, Santiago.

MUSEO DE ARTE PRECOLOMBINO. 1988. *Los Primeros Americanos y sus descendientes*. Editorial Antártica, Santiago.

RUZ, Rafael. *Alfareras de Pueblo de Indios*. Proyecto Fondart 2004. Folleto informativo, Consejo de la Cultura y de las Artes, VI región.

SÁNCHEZ M., Emma. 1998. *La Cerámica Precolombina, el barro que los indios hicieron arte*. Editorial ANAYA, Biblioteca Iberoamericana, Madrid.

SANHUEZA, Lorena, FALABELLA, Fernanda, CORNEJO, Luis y VÁSQUEZ, Mario. 2006. Período Alfarero Temprano en Chile Central: nuevas perspectivas a partir de estudios en la cuenca de Rancagua. Ponencia presentada en el *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Valdivia, 2006. Manuscrito.

SANHUEZA R, Lorena, CORNEJO B, Luis y FALABELLA G, Fernanda. **Patrones de asentamiento en el Período Alfarero Temprano de Chile**

Central. *Chungará (Arica)*. [online]. jun. 2007, vol.39, no.1 [citado 30 Noviembre 2007], p.103-115. Disponible en la World Wide Web: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-73562007000100007&lng=es&nrm=iso>. ISSN 0717-7356.

SELLÉS, D. **La Relación entre las Formaciones Abanico y Las Chilcas en la Localidad de Angostura: Implicancias Regionales.** En *IX Congreso Geológico Chileno*. Págs. 555-558. Puerto Varas, Chile. [on line]. Agosto 2000 [citado 01 Agosto 2007]. Disponible en la World Wide Web: <http://64.233.167.104/Search?q=cache:v5XgEsDajcJ:Sigeo.sernageomin.cl/website/sigeo/Documentos/productos/resumenes/BSNo17085.pdf+Formación+las+Chilcas&hl=clnk>.

URÍZAR, Gabriela. *Animales en el arte precolombino*. [on line] [citado noviembre 2007]. Disponible en la World Wide Web: http://www.educarchile.cl/web_wizzard/ver_home.asp?id_proyecto=1.

VITTEL, Claudel. 1986. *Cerámica (Pastas y Vidriados)*. Editorial Paraninfos, Madrid.

WALL, R. y LARA, L.E. **Lavas de Las Pataguas: Volcanismo Alcalino en el Ante Arco Andino del Mioceno Inferior, Chile Central.** En *Revista Geológica* [on line]. 2001, vol. 28 no. 2. p. 243-258. [citado 05 Septiembre 2007]. Disponible en la World Wide Web: http://www.Scielo.php?.pid=50716-0208001000200006&strip=sci_arttext. ISSN0716-0208.